

UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO

UMSNH

Facultad de Historia

**RICARDO FLORES MAGÓN: HISTORIADORES E
HISTORIOGRAFÍA**

Tesis

Para obtener grado de:

Licenciado en Historia

Presenta:

Jorge Manuel Caracosa Maldonado

Asesora:

Dra. Karina Vázquez Bernal



Morelia, Michoacán. Noviembre de 2023

Agradecimientos

Gracias a mi asesora y mis demás lectores por sus sugerencias y aportaciones, con lo que me ayudaron a llenar muchos de los huecos de esta investigación; los vacíos que aún quedan, serán ya responsabilidad del lector. Gracias también a mi familia por el apoyo a mis estudios.

De igual manera, agradezco y extiendo mi reconocimiento, admiración y respeto al periodismo de izquierdas y a las organizaciones políticas y sociales anticapitalistas, en el lugar que se encuentren, quienes con su trabajo mantienen vivos el legado y la memoria de Ricardo Flores Magón.

RESUMEN

En vida, Magón tuvo que hacer frente a los ataques de los anarquistas europeos, quienes lo consideraban un reformista y no un anarquista auténtico; al mismo tiempo, luchaba contra los revolucionarios mexicanos, quienes lo acusaban de ser un irreductible anarquista, pues parecía negarse a la implementación de reformas que fueran llevadas a cabo de manera gradual. La ya vieja incompreensión del proyecto político magonista no ha sido superada al día de hoy, y ha sido llevada a la historiografía, pues los estudios históricos continúan sin poder responder a la pregunta: ¿por qué exactamente luchó el magonismo?

Sectarismo, utopismo, idealismo, son algunos de los términos que la investigación histórica ha asociado al magonismo, tomándolos de los opositores contemporáneos a Magón de manera acrítica, sin darse a la tarea de explicar por qué lo hace, ni si, al hacerlo, están siendo justos o no, y esto lo han hecho aparentemente de manera involuntaria, pero prolongando con ello la censura y la incompreensión de la que han sido objeto la vida y obra escrita de Ricardo Flores Magón.

Este trabajo propone realizar una lectura del magonismo, en la que el historiador se mantenga crítico respecto de los prejuicios que han rodeado a la investigación histórica sobre el tema, para que todo aquel que en adelante muestre interés por conocer el magonismo, acuda a las fuentes que permitan valorarlo más cabalmente.

ABSTRACT

Since the very beginning of his political activity, the revolutionist Ricardo Flores Magón has been systematically misunderstood, historians have been unable to offer a fair depiction of his thinking and actions. Utopism, sectarianism and idealism are just some of the ways in which historians have adressed the topic, usually by putting aside the objections of Ricardo Flores Magón himself. What did magonistas fight

for? As historians, we should not try to answer this question without bearing in mind Magón's own written work.

Through the comparative analysis of the historiography around Magón, we aim to show the reader why is it important to read Ricardo's testimony of his own practice and theory, rather than believing what has been written by his historians, who frequently expose Magón's political opponents' opinions rather than Magón's own testimony, which is definitely an act of censorship.

Palabras clave: Anarquismo, Censura, Utopismo, Idealismo, Sectarismo.

Key words: Censorship, Utopism, Mexican Liberal Party, Sectarianism, Anarchism.

ÍNDICE

	PÁGINAS
INTRODUCCIÓN	6
CAPÍTULO 1	
A) EL SECTARISMO	39
B) EL RADICALISMO	56
C) EL IDEALISMO Y EL UTOPISMO	64
CAPÍTULO 2	
D) LAS ALIANZAS	75
E) ANARQUISMO	87
F) LA PERMANENCIA DE RFM EN SUELO ESTADUNIDENSE DURANTE EL DESARROLLO DE LA CONTIENDA ARMADA	100
G) LOS LEVANTAMIENTOS ARMADOS	107
CAPÍTULO 3	

H) SIGNIFICADO HISTÓRICO DEL MAGONISMO: UNA OBSERVACIÓN DE OBSERVACIONES	119
CONCLUSIÓN	139
BIBLIOGRAFÍA	145

INTRODUCCIÓN

Historiar el papel de Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano durante la Revolución plantea a los historiadores un problema que hasta hoy parece no haber sido resuelto satisfactoriamente; la prueba está en el hecho de que ni la Historia oficial lo reconoce como uno de sus fundadores (puesto que el anarquismo no figura en ninguna parte de su discurso (Samaniego, 2019)), ni la Historia crítica ha podido dar un veredicto más o menos consensuado sobre el tema; no solamente no se tiene una opinión aceptada por la mayoría de los historiadores del magonismo, sino que sus interpretaciones son de tal modo divergentes, que llegan incluso a ser contradictorias.

Esto ocurre, en parte, debido a que el magonismo fue un movimiento político antisistémico (es decir, contrario al orden que estamos habituados a aceptar como *normal*), por lo que su análisis requiere de una formación política previa para poder abordarlo debidamente, para poder alejarse de los estigmas políticos e historiográficos que han caracterizado a la mayor parte de las investigaciones históricas, pues en el México de principios del siglo XX, en medio de la lucha por el poder y por “dirigir los destinos de la nación”, la lucha anticapitalista aparece ante los ojos de los historiadores, por decirlo de alguna manera, ajena al escenario general.

La obra del Partido Liberal Mexicano (PLM) no puede ser evaluada únicamente en su dimensión histórica, sin tomar en cuenta su dimensión política: el magonismo no vale exclusivamente por el número de combatientes que aportó a la Revolución, sino por la naturaleza y la pertinencia de sus ideas; y no sólo por sus aportaciones a la Revolución Mexicana, sino por su potencial anticapitalista actual.

Esbozemos parte del problema; en su obra *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Louis Althusser señala lo siguiente: “lo que parece suceder fuera de la ideología pasa en realidad en la ideología [...] la ideología no dice nunca ‘soy

ideológica'. Es necesario estar fuera de la ideología para poder decir: yo estoy en la ideología o yo estaba en la ideología" (Althusser, 1970, p. 70).

Algunos historiadores ya han estudiado el tema de la(s) ideología(s) y cómo es imposible escapar de ella(s) (Pagés, 1983, pp. 59-65), y esta cita de Althusser nos ayuda a entender que si bien siempre se está dentro de una ideología, falsa o auténtica, no siempre se es consciente de ello, y esto conduce, en el más inocente de los casos, a los problemas de interpretación que queremos señalar.

Como es sabido, desde hace ya algún tiempo la extracción social y cultural de los historiadores se ha diversificado: ya no escribe Historia únicamente el hombre *blanco, letrado, propietario, protestante y heterosexual*; sin embargo, no obstante este importante cambio cualitativo, cuyo mayor mérito estriba en haber prestado atención al papel histórico de las clases subalternas, no siempre implica que el historiador subalterno imprima a su obra la ideología propia de su clase.

Casi invariablemente, el historiador burgués nutre su obra histórica con la ideología propia de su clase; pero esto no siempre sucede (mejor dicho, casi nunca sucede) con los historiadores de otras clases, tanto porque generalmente nos encontramos constreñidos a abordar el pasado con base en fuentes creadas, manipuladas y/o seleccionadas por los opresores (Guja, 2002, p. 46), como porque la labor del historiador proletario no es enteramente libre, pues se halla dentro de un marco socioprofesional preestablecido, que por medio del otorgamiento o la denegación de aprobación por parte de la jerarquía académica, lo limita seriamente (Pagés, 1983, p. 53).

Esto explicaría por qué los historiadores del magonismo, si bien no pertenecen a la clase dominante, su conciencia, sus aspiraciones, o su marco de desarrollo profesional, puede sí llegar a pertenecer a la clase dominante; y aunque muchos de ellos intentan con cierto éxito mantenerse dentro de la ideología propia de su clase, conforme avanzan en su investigación, se inclinan de manera gradual hacia conclusiones que en nada envidiarían a las que podría producir una investigación hecha por historiadores al servicio del Estado.

Esto puede observarse de manera muy puntual en los abundantes textos históricos sobre la Revolución Mexicana que, a la hora de establecer una comparación entre las distintas fuerzas revolucionarias, terminan por rescatar al maderismo (movimiento de carácter innegablemente burgués), en detrimento del magonismo (representante de los intereses históricos de la clase trabajadora), esto no es ningún secreto para cualquiera que haya hecho una revisión superficial sobre la manera en que ha sido narrada la Revolución: en términos de producción histórica y del protagonismo dentro de esa producción, RFM queda muy alejado de los lugares que ocupan sus contemporáneos.

Esto significa que aunque muchos de los historiadores del magonismo logran evadir la ideología burguesa *en general*, no pueden (y tal vez no saben que no pueden) evadir la ideología burguesa propia de la Revolución mexicana *en particular*, esto es visible especialmente en las obras de los historiadores de mediados del siglo XX, quienes no pueden desprenderse de la idea de que la pasada revolución ha sido verdaderamente hecha en contra de la Burguesía, y que el país se dirige hacia la construcción de un mejor futuro para los trabajadores del campo y la ciudad; parecen no querer tomar en cuenta que en el derrocamiento de Porfirio Díaz tomaron parte importantes sectores de la Burguesía nacional e internacional, mismos que en ese momento estaban al pendiente de que se vieran respetados sus intereses de clase.

Tomemos por ejemplo a José Valadés (1985), en su obra con motivo del 75 aniversario de la Revolución mexicana, escribe en general destacando el carácter progresista del maderismo respecto del porfirismo y de otras fuerzas políticas católicas y conservadoras, pero al mismo tiempo aprovecha la pluma para despotricar contra la corriente popular de la Revolución representada por Zapata y por Flores Magón (Valadés, 1985); es decir, no hablamos de historiadores reaccionarios que anhelan la restauración del porfirismo (de hecho la mitad de ellos participaron directamente en la Revolución), sino de historiadores progresistas; no están en contra de la mejora en las condiciones de vida del trabajador, sino de los

medios que plantea el magonismo (y de la forma en que esos medios nos han sido contados).

Este no es un problema cuya importancia estemos sobredimensionando, pues una y otra vez, asistimos al trágico espectáculo del historiador que, eligiendo un tema de estudio situado a la izquierda política, termina arrastrándolo gradual y definitivamente hacia la derecha, quizá por ser incapaz de comprenderlo; más aún, este desplazamiento se realiza muchas veces sin tener consciencia de ello, y con efectos a largo plazo, que seguirán influyendo las obras históricas y la imagen que del magonismo se formen los que después se acerquen al tema.

En el caso de los historiadores del magonismo, esto se hace especialmente notorio desde el momento en que el historiador niega la palabra al propio Ricardo Flores Magón, permitiendo, por el contrario, total libertad de expresión a sus detractores, dejando con ello en claro cuál es la opinión que mejor le ha convencido, detractores entre los que muchas veces termina encontrándose el historiador mismo.

Digámoslo con otras palabras, en su introducción a *Pedagogía do oprimido*, Paulo Freire escribe sobre el miedo que les genera a algunos la posibilidad de que la conciencia crítica conduzca al desorden social, lo que les hace dudar de la pertinencia de la concientización: “El miedo a la libertad, del que *necesariamente* no tiene conciencia su portador, le hace ver lo que no existe”¹; Freire, incluso va más allá cuando afirma que “la pedagogía del oprimido, implica una tarea radical [...] y la propia lectura de este texto no pueden ser realizadas por sectarios” (Freire, 2017, pp. 31-37).

Si pensáramos en aplicar esta reflexión al tema del que ahora nos ocupamos, tendríamos que decir que el estudio del magonismo *no puede ser hecho* por historiadores que no se identifican a sí mismos con el programa magonista, con las tareas que este plantea; así como Freire le exige a su lector que sea “radical” y no “sectario”, el magonismo requiere de su historiador, que se identifique con su programa, lo cual es necesario en función de que, el rescate del magonismo implica

¹ La traducción y el subrayado son míos.

forzosamente su (re)distribución entre el proletariado, de manera que este llegue a ser consciente de la desventajosa situación en que se encuentra dentro de la sociedad capitalista y pueda educarse y organizarse si así lo decide; es decir, contribuir al rescate del magonismo implica poner en práctica una especie de “pedagogía del oprimido”, en el sentido en que Freire la concibe.

Los objetivos planteados por Ricardo Flores Magón no componen un objeto de estudio “neutral” (*objetivo*), como el que podría significar la investigación en áreas del conocimiento como la química o la física; el programa del PLM del 23 de septiembre de 1911 (incluso el de 1906, mucho menos ambicioso) exige la toma de partido: si de entrada esto no se entiende, no estaremos más adelante en condiciones de comprender el magonismo.

No importa qué tan versados seamos en la investigación histórica, poco importa si estudiamos en alguna de las mejores universidades del mundo o si tenemos acceso a documentos inéditos; la pretensión de neutralidad en el estudio de temas que involucran la lucha de clases, no puede interpretarse sino como una confesión de ignorancia, en el mejor de los casos, y como complicidad con la clase dominante, en el peor de ellos.

¿En qué medida, nuestra conciencia de clase, falsa o adecuada, determina o influye la manera en que, particularmente los historiadores, percibimos los fenómenos sociales de los que nos ocupamos? ¿Es posible que existan acontecimientos históricos que los historiadores (condicionados por alguna ideología) *no podamos* entender? En caso de ser así, ¿es posible superar esta condición?

Si leyéramos una obra sobre, por ejemplo, la historia del arte gótico en Europa, escrita por un historiador que, aunque maneja la terminología que dicho estudio requiere, no se siente personalmente atraído por el arte; después de esta lectura, ¿no nos sentiríamos, por decir lo menos, defraudados? ¿No consideraríamos absurdo el argumento del historiador que, en su defensa, alega ser objetivo y que por tanto, su estudio, al no inclinarse por ninguna obra o ninguno de los estilos artísticos en particular, ofrece una visión *más profesional*? Entonces, ¿por qué nos

parecería exagerado juzgar la actitud de un historiador que, tratando el tema de la lucha de clases, no conoce los objetivos de la lucha de clases? ¿Si al historiador del arte gótico no le permitimos la neutralidad, por qué permitirla (y además, exaltarla) al historiador de la lucha de clases?

No se trata esto de un asunto superficial, las consecuencias están a la vista; por años, los historiadores han estudiado a Magón y al PLM, se han escrito decenas de libros sobre ambos, se les ha lanzado elogios, y sin embargo, los historiadores parecen no haberle traído plenamente al presente, aun cuando muchas veces es esta la intención explícita de la investigación histórica.

El historiador del arte debe ser un *militante* de la apreciación del arte: debe haber visitado esta y aquella muestra, debe haber intentado y quizá fracasado en el intento de crear algo parecido a aquello que admira, debe apasionarse por el arte, debe sentirlo y aprender a transmitir lo que el arte le hace sentir, debe saber explicar su importancia; de acuerdo estamos en que no permitiríamos a un historiador del arte escribir sobre la puerta de Ishtar sin haberla visto con sus propios ojos, ¿por qué entonces, es permitido a un historiador de la lucha de clases, hablar de ella sin participar de la misma? Entendemos que para desarrollar sus tareas, a un historiador no se le puede “exigir” nada que no sea lo que le exija la Academia, pero eso no nos exime de señalar los malentendidos que resultan de analizar un fenómeno para el cual no se está debidamente preparado.

Si a este razonamiento se argumentara que el historiador de la Revolución Mexicana estudia una época y unos personajes ya desaparecidos, y por tanto no puede experimentar de primera mano lo que el historiador del arte sí puede, diríamos entonces que una cosa es el historiador de la Revolución Mexicana, y otra distinta es el historiador del magonismo: el primero estudia un momento de la lucha de clases, el segundo estudia la lucha de clases en sí: para Magón, el Porfiriato es apenas uno de los síntomas de la enfermedad (la sociedad de clases), y no la enfermedad tal cual; es decir, la sociedad que creó al magonismo, está aún presente, si esto no se entiende, entonces no se estará en condiciones de comprender el magonismo.

En el artículo ya citado, Pagés señala cómo “la adscripción ideológica, la militancia política y la situación de clase actúan como condicionamientos inevitables sobre el historiador” (Pagés, 1983, p. 50), y cuando se trata de abordar el tema del magonismo, esto resulta particularmente acertado: el historiador burgués va a nuestra Historia en busca de Porfirio Díaz, de Francisco I. Madero, de Venustiano Carranza; pero, ¿qué tipo de historiador va en busca de Ricardo Flores Magón?

La adscripción ideológica puede constituir el punto de partida de las investigaciones sobre el magonismo (puesto que se hace presente desde el instante mismo en que el historiador decide ocuparse de los magonistas), el problema consiste, como señala Althusser, en que cuando se está dentro de cierta ideología, uno puede no saber que lo está, y puede incluso, llegar a estar fuertemente convencido de que no lo está.

Así como en los *sectarios*, como señala Freire, se hace presente el miedo a que “la conciencia crítica conduzca al desorden”, también en los historiadores del magonismo se manifiesta esa especie de miedo al “desorden”, por lo que (no sin antes llenar de elogios la actitud inquebrantable de sus dirigentes) optan por declararlo utópico, a diferencia del maderismo, al cual declaran sensato; ese “miedo a la libertad” -señalado por Freire- que “hace ver lo que no existe”, es el mismo miedo que hace ver en el magonismo -señalado por nosotros- algo que no necesariamente existe (sectarismo, idealismo, utopismo).

Intentemos ser aún más claros: si un historiador confiesa, a la hora de iniciar su investigación sobre el magonismo, que su intención es rescatar la memoria y la importancia de los liberales (de lo cual posee ya varios indicios) para, de alguna manera, hacerles justicia, pero al final de la investigación, concluye que no, que *para ser honestos*, el magonismo en realidad no pasa de ser un conjunto de ideas utopistas y acciones dispersas, aisladas y de poca relevancia, o si por otro lado, concluye que las motivaciones de la lucha magonista están de hecho ya recogidas en la Constitución Política, como sostiene el oficialismo: ¿qué deberíamos pensar al respecto?

¿A qué se debe esta variación entre lo que se persigue y lo que se alcanza con la investigación histórica? ¿Será acaso que en realidad el historiador, debido a su objetividad y honestidad, es capaz de aceptar conclusiones que contradicen radicalmente lo que inicialmente se propuso demostrar? ¿O será que, como sostenemos nosotros, dicho historiador fue víctima, en algún momento de la investigación y sin darse cuenta, de una ideología hegemónica, tanto ajena a sí mismo, como inadecuada para abordar el tema?

Si analizamos la historiografía en torno del magonismo, parece que sucede esto último. El magonismo comenzó a ser estudiado de manera sistemática hacia mediados del siglo XX: fue a mediados del siglo pasado, cuando varios historiadores (Martínez, 1958 y 1960; Duffy Turner, 1960; González Monroy, 1962; Cockcroft, 1968; Gómez-Quiñones, 1973 y 1977), seguros de que no había sido únicamente la demanda de no reelección la que había llevado al pueblo mexicano a las armas, sino que hubo causas sociales más profundas, comenzaron a descubrir en figuras como la de Ricardo Flores Magón, expositores de dichas causas.

En esto, se encontraron con que muchas de las ideas que el PLM había intentado imprimir a la Revolución mexicana habían permanecido ocultas, debido a las acusaciones que se hacían contra ellas; en efecto, cinco décadas después del inicio del movimiento revolucionario, pesaba aún sobre el magonismo la acusación de haber sido un movimiento filibustero (es decir, que tenía por único objetivo arrebatar por las armas la península de Baja California para lograr su anexión a los Estados Unidos de América).

Detectado por los historiadores este mito, muchos de ellos (Martínez, 1958 y 1960; Duffy Turner, 1960; González Monroy, 1962; Cockcroft, 1968; Gómez-Quiñones, 1973, Carrillo, 1945) dedicaron diversos esfuerzos a combatirlo, con la expresa intención de reivindicar el carácter social de la lucha del PLM; sin embargo, y pese a que surgieron varias investigaciones que probaron el carácter revolucionario y no filibustero del magonismo, los intentos por rescatar del mito a Ricardo Flores Magón y demás miembros del PLM, tuvieron un efecto casi contraproducente para el futuro.

Irónicamente y, al parecer de manera no intencional, los esfuerzos por ayudar en la recuperación de la memoria histórica del PLM terminaron por crear otros mitos, de distinta naturaleza pero de consecuencias igualmente graves para el rescate del magonismo; el mito del filibusterismo fue sustituido en la historiografía por los mitos del radicalismo, el sectarismo y el idealismo, y al día de hoy prácticamente no se escribe investigación histórica alguna sobre la vida y obra de Magón, que no comience y termine en calificativos de este tipo.

Hoy, a más de 50 años del inicio de la lucha contra el mito del filibusterismo, observamos con notoriedad que estos primeros intentos por rescatar el magonismo apenas lograron su objetivo, desataron efectos secundarios que resultaron incluso peores, pues ahora, demostrar que las acciones armadas del PLM no correspondieron a una acción filibustera, resulta más sencillo que contrarrestar las consecuencias derivadas de la creación de los otros mitos que se han asociado al PLM; ¿cómo explicar ahora que, el magonismo no constituye un proyecto idealista, utópico y sectario, si prácticamente todos sus historiadores lo consideran así?

Magón, por supuesto, no tenía problema con ser tachado de radical, él mismo se reconocía como tal en sus escritos; pero un vocablo, al ser sacado de su contexto y ser introducido en uno ajeno, puede perder su significado, nos da una idea deformada, incompleta del fenómeno que pretende señalar (hoy por ejemplo, el término “filibusterismo” prácticamente no le dice nada a nadie, ningún partido político usa esta palabra para desacreditar a sus opositores): la acusación de “radical” y/o “sectario” contra Magón, le sitúa *fuera*, e incluso, *en contra* del movimiento revolucionario *legítimo*; la acusación de “idealista” transforma todas sus aportaciones en buenas intenciones, pero irrealizables.

Así es como, después de un “riguroso” análisis de fuentes y de una “sana” comparación entre el PLM por un lado, y el maderismo-constitucionalismo por otro, la historiografía sobre el tema conduce a una sentencia que, por mayoría de votos, lo declara “culpable”: el Partido Liberal Mexicano, pese a sus virtudes éticas, fue derrotado a causa de su sectarismo, de su radicalidad, de su idealismo; su destino no podría haber sido otro que la derrota.

Uno de los mejores ejemplos de esta sentencia lo encontramos a todo lo largo y ancho de la *Historia general de la Revolución Mexicana* de José C. Valadés (1985), quien es uno de los autores que señala como una de las causas fundamentales del posterior triunfo del maderismo, la falta de precauciones tomadas por el gobierno federal ante los preparativos del revolucionario coahuilense (Valadés, 1985; Hernández Padilla, 1984); no había sucedido lo mismo con el PLM, perseguido desde 1900, llevando incluso a muchos de sus miembros a tener que exiliarse en los Estados Unidos y a Ricardo mismo a refugiarse temporalmente en Canadá. No es casual que Magón haya pasado más tiempo en prisión que en libertad, desde la realización del primer Congreso Liberal en 1901, hasta su muerte en 1922; Madero por su parte, pudo escapar de prisión apenas unas semanas después de su detención en San Luis Potosí.

Entre 1906 y 1910, el Partido Liberal, entre asesinatos, persecuciones y prisiones, había perdido a sus más importantes militantes; desde 1905 y, hasta la muerte de su dirigente histórico en 1922, todas las fuerzas burguesas de México y una buena parte de las de Estados Unidos se cebaron sobre el PLM; a su debilidad numérica se sumaba la persecución encarnizada y el desprestigio de su causa en la prensa nacional e internacional, en resumen, un escenario poco favorecedor. Dicho con otras palabras, no podemos extraer una conclusión justa del PLM y sus militantes si nuestra forma de evaluarlo pasa por compararlo con el éxito del movimiento maderista, ambas fuerzas sometidas a condiciones de persecución y existencia diferentes, así como portadoras de diferentes ideologías.

Si bien como señala Rubén Trejo, hay que rechazar toda explicación que atribuya la derrota de un movimiento revolucionario exclusivamente a la acción de sus enemigos (Trejo, 2005, p. 218), esto no quiere decir que debemos pasarla por alto, sobre todo en un momento en el que la postura del gobierno de los Estados Unidos impactaba de manera tan importante en los acontecimientos políticos de nuestro país, pues no olvidemos que las órdenes de ejecución de Madero y Carranza por nombrar sólo algunos, llevaron de algún modo la venia del gobierno norteamericano.

No decimos por supuesto que el resto de la oposición política, no agrupada bajo la bandera del PLM, haya gozado de ciertas consideraciones; decimos sí, que las condiciones en las cuales nació y se desarrolló el PLM, no fueron lo que podríamos llamar *tiempos de paz*, y que por tanto, muchas de sus decisiones resultaron de situaciones marcadas por la adversidad, mismas que, si bien no siempre justifican, sí pueden ayudar a explicarlas. A esto se suma el hecho de que, no sólo las fuerzas estatales, sino las del propio Madero, como veremos más adelante, se ensañaron de forma particularmente violenta contra quienes militaban bajo la bandera del magonismo.

Dicho esto, vemos que el problema que representa abordar el papel jugado por el PLM en la Revolución, es producto, más que de un asunto procedimental-metodológico, del abismo que separa al historiador “objetivo” del historiador crítico, militante, de izquierdas; es consecuencia de una inconfesable incapacidad para dimensionar un movimiento de tal naturaleza, por eso, no faltan los historiadores que se sienten con el derecho de juzgar a los liberales sobre lo que hicieron y lo que *debieron* hacer, más todavía, se pronuncian respecto a la dimensión del castigo que ameritaron sus errores.

El problema que enfrentamos al acercarnos al estudio del PLM, no es pues de carácter metodológico (pues no es raro observar que algunos de los estudios mejor documentados concluyen en las posiciones más desafortunadas), sino de tipo hermenéutico; de un proceso de interpretación que debe ser realizado a la luz de la conciencia de clase anticapitalista; de una conciencia que, antes que todo, busque en la Historia respuestas a problemas actuales, y no la mera satisfacción de una curiosidad.

Así pues, sostenemos que referirnos a los miembros del PLM como radicales, sectarios e idealistas, es resultado de nuestro sometimiento inconsciente a la ideología dominante; el uso de los términos “radical” o “idealista”, aplicados a los revolucionarios, es propio de la clase propietaria y de sus sostenedores; el historiador que no cabe dentro de esta clasificación y que aun así insiste en utilizarlos, está cometiendo no sólo un error de interpretación, sino un atentado

contra su clase, contra las posibilidades de liberación de su clase, y en cuanto tal, su trabajo amerita ser revisado y cuestionado.

Como mostraremos en la presente investigación, los historiadores del magonismo, pese a que uno detrás de otro mejoran en el tema de la investigación documental, sus relatos no dejan de parecer copias de lo que ya otros han dicho antes, mostrando dificultades, unos y otros, para ofrecer una interpretación positiva del PLM, ofreciéndonos una y otra vez, discursos que van y vienen del elogio al rechazo; que comienzan con los actos precursores de Magón y finalizan con su *natural* aislamiento y desaparición del escenario político hacia mediados de 1911; la historia del PLM requiere de historiadores decididos a tomar partido, que se atrevan a mostrarse favorables, o bien, abiertamente contrarios a la sociedad que Magón imaginó; requiere que sus postulados sean retomados y puestos en práctica, o descalificados y desechados; hay pues que decidirse: ¿es necesario divulgar de nuevo la obra escrita de RFM; o por el contrario, es imperativo multiplicar los esfuerzos para que nunca más vuelva a publicarse?

Y aunque esta parezca una exigencia mayor, la sostenemos debido al hecho de que, inexplicablemente, el historiador del magonismo ha sabido dar voz a todos y cada uno de los detractores del PLM, al tiempo que mutila, en ocasiones tal vez sin intención, la posible respuesta de Ricardo Flores Magón; por ejemplo, Claudio Lomnitz (2016) señala cómo fue “normal” que el PLM sufriera una desertión en masa luego de que Ricardo se confrontara públicamente con Madero en febrero de 1911, en un momento en que el triunfo aún no estaba asegurado, poniendo en riesgo todo lo que hasta entonces se había logrado; pero no deja de resultarnos “extraño” que en una obra de 700 páginas no aparezca la réplica de Magón, su justificación para romper el frente antiporfirista; este es un fenómeno presente en casi todas las obras históricas sobre el magonismo escritas durante los últimos años: incluyen la crítica a Magón, pero no la argumentación de este.

El otro fenómeno derivado de este problema (el de querer comprender un proceso que no se está en plenas condiciones de comprender) es el uso indiscriminado de calificativos despectivos; pues como se verá, los historiadores que analizaremos no

tienen reparo en acusar de idealistas, sectarios y radicales a los magonistas. Esto es algo que como historiadores críticos también debemos condenar; someter a reflexión nuestras acusaciones es algo que se debe y que se puede hacer. Un ejemplo de esto nos lo da de nuevo Paulo Freire en su introducción a *Pedagogía...*, cuando explica por qué dicha obra, es un trabajo “para hombres radicales”:

“el sectarismo siempre es castrante, por el fanatismo de que se nutre. El radicalismo, por el contrario, siempre es creador, por la criticidad que lo alimenta. Mientras el sectarismo es mítico, por tanto, alienante, el radicalismo es crítico, por tanto, liberador [...] De ahí que sea doloroso observar que no siempre el sectarismo de derecha provoque su contrario, es decir, el radicalismo del revolucionario.

El sectario [...] no percibe o no puede percibir la dinámica de la realidad.

El sectarismo, en ambos casos, es reaccionario, porque, uno y otro [el de derecha, que espera el mantenimiento del presente; y el de izquierda, que espera la instalación irremediable de un futuro ‘ya conocido’] apropiándose del tiempo, de cuyo saber se sienten igualmente propietarios, terminan sin el pueblo, una forma de estar contra el pueblo mismo” (Freire, 2017, pp. 34-36).

En un par de párrafos y sin un riguroso y complicado sistema de citas textuales, Freire explica con claridad lo que para él significa ser “radical” y ser “sectario”; sin embargo, ninguno de los historiadores del magonismo considera necesario este tipo de disertaciones, pues pasan directamente a las acusaciones, sin algún tipo de cuestionamiento de las mismas. Nótese además que, para Freire, el ser *radical*, implica una concepción diferente a la que proyectan los historiadores del magonismo; para estos últimos, el radicalismo es el error que le costaron la vida y el triunfo al PLM y a sus miembros; para Freire, en cambio, el radicalismo es el punto de partida del revolucionario, no su ocaso.

Incomprensible resulta que, pese a que los historiadores del magonismo forzosamente se encuentran en algún momento de su investigación compelidos a disertar sobre sus acusaciones, sobre cómo y de dónde las obtuvieron, por qué las están utilizando, la historiografía sobre el magonismo decide no problematizarlo. La repetición mecánica de las acusaciones hechas en contra de los revolucionarios del PLM, es indicio no sólo de que se está satisfaciendo a una ideología hegemónica, sino que es también prueba de anacronismo: los mismos adjetivos utilizados hace más de medio siglo se siguen empleando para explicar el fenómeno en la

actualidad, esto no es de facto erróneo (un concepto puede mantener su validez por tiempo indefinido), pero existen pruebas suficientes para sostener que los historiadores del PLM simplemente deciden no rendir cuentas sobre el origen o el significado de sus calificativos.

Todo esto dicho, lo que proponemos es intentar una valoración del magonismo hecha desde *dentro* de él, o lo que es lo mismo, desde *fuera* de la ideología dominante (y las ramificaciones que esta logra extender hasta los espacios donde se produce la investigación histórica); una reinterpretación del magonismo basada no únicamente en nuestra opinión, sino contando con la opinión del propio Ricardo Flores Magón, a quien durante mucho tiempo se le ha negado la palabra a la hora de explicar su propio actuar.

JUSTIFICACIÓN DEL TEMA

Estando, como sin lugar a dudas estamos, en la urgente necesidad de transformar el mundo, se vuelve apremiante la búsqueda de referencias que nos sirvan de guía para la acción anticapitalista. En el trayecto de esta búsqueda, continuamente nos encontramos con nuestras derrotas y tropiezos, mismos que son hábilmente utilizados por la clase propietaria como propaganda para convencernos de que el mundo es *como es* y no es posible cambiarlo; por eso la humanidad debe rescatar la memoria de su tradición de lucha, debe recuperar la historia que le demuestre que puede vencer, y tomar de ella todo lo que le resulte útil, aprendiendo de sus errores, y no simplemente desechándola al percatarse de que presenta fallas.

Una de estas historias es la del Partido Liberal Mexicano. Irónicamente, quien mejor logra despojarnos de ella, no es la clase burguesa (hasta ahora), sino la “objetividad” de los historiadores *sin clase*; han sido los historiadores quienes han provocado este hueco en nuestra memoria; debido a su expresa incapacidad para comprender el

proceso revolucionario antisistémico representado por Magón, reproducen en esencia el discurso de los explotadores: es Madero el realizador consciente de la Revolución Mexicana; los magonistas, debido a su desesperación, radicalismo e idealismo, boicotearon y pusieron en riesgo la posibilidad de transformar el país. Y esto, no sólo es incorrecto, es injusto; una injusticia que no puede permitirse, ni siquiera en nombre de la “objetividad”.

Esta historia oficial, la de Madero como jefe de la revolución, Villa y Zapata como sus ayudantes, y Magón como el radical ausente, no ha sido modificada sustancialmente por las investigaciones históricas “objetivas” sobre el magonismo, que han redundado en descalificaciones para los revolucionarios del PLM, a quienes ningún historiador ha logrado dejar de estigmatizar, sin percibir que al repetir los mismos adjetivos empleados por la clase burguesa, estamos siendo cómplices de esta guerra propagandística que busca desarmarnos ideológicamente para seguir expropiando nuestro trabajo día con día.

Si decimos todo esto, no es por una mera sutileza de términos, se trata de una cuestión de primer orden: continuar tachando de “sectarios”, “idealistas”, “utopistas” o “radicales” a los revolucionarios del PLM implica la posibilidad de perderlos definitivamente, y de perder con ellos una de las más importantes experiencias de lucha de la humanidad; una lucha que aún mantiene tal potencial revolucionario, que la clase gobernante surgida de la Revolución Mexicana se ha deshecho completamente de ella, no pudiendo, al día de hoy, permitirse siquiera la más mínima referencia al programa del 23 de septiembre de 1911.

La humanidad tiene en la historia del PLM una de las experiencias de lucha revolucionaria más significativas, una importante escuela de formación política que, pese a su inmenso valor, se mantiene acordonada, casi inaccesible, cercada por los mitos que dificultan su comprensión y recuperación.

Estudiar la obra del Partido Liberal desde otra forma de ver el mundo, posibilitará hacer una revaloración de sus aportaciones, además de demostrar la vigencia del pensamiento magonista; una valoración que no sólo nos ayude a superar los mitos

que se han creado en torno a su actuación durante el proceso revolucionario, sino que podría permitir el rescate del programa del Partido para su aplicación práctica en la actualidad, en la actual necesidad de fortalecer la lucha por lo que Magón llamaba la “libertad económica”, el derecho de los trabajadores a apropiarse de lo que producen.

Comprobados los efectos que sobre las investigaciones presentes ocasionan los mitos creados en torno al PLM, y sobre todo, el efecto que tiene sobre la apreciación actual del potencial revolucionario de la experiencia de lucha de dicho partido, evidenciamos la necesidad de llevar a cabo una reinterpretación de la teoría y la praxis del Partido Liberal Mexicano, mismas que fueron muchas veces acertadas, y no estuvieron lejos de verse realizadas, en cierto grado, pero de las cuales se ha creado una visión distorsionada, eclipsada por la necesidad de la Historia burguesa de crear –artificialmente- una única *familia revolucionaria*.

Sabemos por ejemplo, que los métodos de lucha, las formas de organización, la idea de Democracia, la concepción de la prensa revolucionaria, entre muchos otros tópicos que fueron considerados por el Partido Liberal, guardan una semejanza importante con las concepciones del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POS DR); y aunque al final de su vida Magón va a manifestar sus diferencias con el régimen soviético, el desarrollo del POS DR y la Revolución en Rusia, nos otorgan un excelente referente para medir el potencial revolucionario que tuvo, y que aún guarda, la experiencia de lucha del PLM.

Desde el primer Congreso Liberal, llevado a cabo el 5 de febrero de 1901 en San Luis Potosí, hasta el encarcelamiento definitivo de su dirigente histórico en Estados Unidos quince años después, los liberales mexicanos (de filiación anarquista pero sostenedores de una práctica más cercana del marxismo de lo que los historiadores han podido dar cuenta), se entregaron a un ejercicio continuo de reflexión sobre los medios necesarios para construir una sociedad nueva y, a diferencia de los procedimientos tradicionales puestos en práctica por los anarquistas de otras naciones, los liberales mexicanos coincidieron en la necesidad de construir un Partido, el Partido Liberal Mexicano que, aunque con sus características

particulares, guarda grandes similitudes con los partidos marxistas de principios del siglo XX.

Es decir, siendo anarquistas, los liberales mexicanos comparten con los marxistas muchas de sus formas de actuar, además de aferrarse al materialismo como modo de interpretar el mundo, despreciando el pacifismo y el individualismo, los dos principales pilares sobre los que se yergue el idealismo; como señala Gómez-Quiñones en su introducción a *Las ideas políticas de Ricardo Flores Magón*: “los anarquistas mexicanos y los españoles, son los únicos que se esfuerzan de verdad por la Revolución” (Gómez-Quiñones, 1973, p. 17); y un esfuerzo de tal magnitud, no puede ser desechado por causa de prejuicios que, por no haber sido exhibidos, aún pretenden ser ciertos.

Durante los años decisivos de la Revolución Mexicana, los magonistas se vieron obligados a cometer lo que para ellos significaba una franca traición a sus ideales: escondieron de la vista del público su credo anarquista, asumiéndose en cambio como liberales, esto para no provocar desconfianza hacia su programa por parte de los revolucionarios, con tal de acercar el proletariado al día de su liberación; al día de hoy, ya que no hay nada que ocultar, ni nada por qué malinterpretar su visión del anarquismo, vale decir que, descartar al magonismo excusándose ya sea en el oficialismo, ya fuere en el marxismo, no es menos que una equivocación y una injusticia, justificándose así una vez más la pertinencia de la presente investigación.

DELIMITACIÓN DEL TEMA

Aunque (por razón de cumplir nuestros objetivos), serán las obras de Lomnitz, Bartra, Revueltas y Hernández las más frecuentemente citadas, para nuestra investigación estamos considerando obras históricas que fueron escritas desde

1923 (apenas un año después de la muerte de Flores Magón) hasta el presente, siendo la última de ellas, la de Claudio Lomnitz, publicada en el año de 2016.

Puesto que las obras históricas más difundidas y mejor conocidas (es decir, las que son más recientes y/o las que tienen mayor número de reimpressiones) son algunas de las escritas a partir de 1950 y hasta el presente, son estas las que principalmente consideramos para demostrar cómo se han difundido los mitos que impiden la comprensión del magonismo, y cómo los distintos historiadores del PLM los manejan y transmiten; es decir, pondremos el énfasis sobre las obras más citadas por los historiadores y las más reproducidas, puesto que consideraremos que son las obras de mayor difusión también las de mayor impacto, las que instalan con mayor efectividad sus concepciones entre los lectores.

Por tanto, aunque nuestra delimitación histórica es amplísima (ya que abarca un periodo mayor a cien años), no debe pensarse ambiciosa para nuestro proyecto, pues como hemos estado señalando, la producción historiográfica sobre el magonismo, considerada dentro de aquella producida en torno de la Revolución, es particularmente escasa.

ESTADO DEL ARTE

Para tener una visión general del problema planteado, es necesario establecer la situación historiográfica del magonismo; así, a través de una revisión de la investigación histórica dedicada al PLM, descubriremos las distintas opiniones que los investigadores han difundido sobre los temas más controvertidos del magonismo, descubriendo con ello cómo se han mantenido los mitos que se han arraigado en los estudios y que impiden valorarlo adecuadamente.

La producción historiográfica dedicada al Partido Liberal es, con mucho, la menos amplia de la dedicada a los demás actores sobresalientes de la Revolución Mexicana, y si además consideramos que una parte importante de las obras existentes sobre el magonismo son únicamente compilaciones de correspondencia y/o publicaciones del Partido, antes que interpretaciones, el espectro de aportaciones al estudio del magonismo se reduce aún más.

Para guiar nuestra investigación, vamos a establecer lo que hemos caracterizado como los “tres momentos” en el desarrollo de la historiografía sobre RFM y el Partido: con el “primer momento”, se hace referencia a la generación y difusión del mito del filibusterismo, que va de la década de 1910 a la de 1950: estos años se caracterizan por la literal ausencia de obras relacionadas con la participación del PLM en la revolución, no obstante existen esfuerzos de simpatizantes que sobrevivieron a Ricardo y publicaron sus textos; el “segundo momento” de la historiografía abarca la lucha directa de los historiadores contra el mito del filibusterismo, desarrollada principalmente durante la década de los 50’s: en este momento se escriben varias obras que, o bien tienen el objetivo de acabar con ese mito, o bien se escriben bajo la presuposición de que tal mito ya ha sido superado; y el “tercer momento” es la etapa que va desde la década de los 60’s hasta el presente, caracterizada por la superación del mito del filibusterismo y por el desarrollo de los mitos del radicalismo, el sectarismo y el idealismo.

En 1922, se publicó en México el libro *¿Se apoderará Estados Unidos de América de Baja California? La invasión filibustera de 1911*, de la autoría de Rómulo Velasco Ceballos: la intención de este libro (ya por demás expuesta en su falsedad por los historiadores de lo que hemos caracterizado como el segundo momento de la historiografía sobre el magonismo), consistió en “demostrar” –sin otro argumento que el patriotismo de su autor- que la invasión del PLM a Baja California en realidad buscaba la anexión de territorio mexicano a territorio estadounidense; este libro constituye la base desde la cual se difunde el mito del filibusterismo, si bien ya desde su último informe al Congreso, Porfirio Díaz había señalado la existencia de “bandas

comunistas en las que figuran muchos filibusteros americanos”, mismas que, colocó aparte respecto del movimiento revolucionario maderista.

No por ser este libro muy bien argumentado, sino sus lectores muy crédulos, el mito del filibusterismo se propagó de manera tal, que la sesión de la cámara de diputados que en 1930 determinó crear la condecoración “Patriotas invasión filibustera”, tuvo como único sustento el libro mencionado, mismo que fue obsequiado a los diputados al final de la sesión, en la cual, no está por demás señalarlo, no se presentó ninguna objeción a la caracterización del magonismo en Baja California como una acción filibustera; tal era la calidad de los diputados “revolucionarios” que arribaron al Congreso una vez cesado el enfrentamiento armado (Medina Amore, 1956).

En los años 50's, una cantidad significativa de obras fueron escritas con el objeto declarado de demostrar el carácter revolucionario, y no filibustero, de las acciones armadas del PLM durante los primeros meses de 1911: Eduardo Medina Amore, *No fue filibusterismo la revolución magonista en la Baja California*, 1956; Pablo L. Martínez, *El magonismo en Baja California*, 1958; Agustín Cué Cánovas, *Ricardo Flores Magón, la Baja California y los Estados Unidos*, 1957; Jesús González Monroy, *Ricardo Flores Magón y su actitud en la Baja California*, 1962; etcétera. Ethel Duffy Turner escribe *Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano* y otro libro, *Revolution in Baja California: Ricardo Flores Magon's high noon*, no traducido al español; en todas estas obras el objetivo es el mismo: desmentir a Velasco Ceballos y a quienes se hicieron eco de él, lo cual lograron todos los autores sin mayor problema, dando así fin a una etapa de la historiografía sobre el tema. La historiografía de esta etapa, podríamos considerarla como de carácter testimonial, no tanto histórica, pues quienes escriben son principalmente antiguos compañeros de lucha de RFM, no historiadores.

Este primer sacudimiento fue rápidamente acompañado por uno mayor: en 1962, José Revueltas escribió su *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, en el que declaraba que el Partido Comunista Mexicano no existía, y nunca había existido; esta crítica, tuvo como base la conclusión de que el proletariado mexicano, jamás

había podido conquistar su independencia de clase, y una de las causas fundamentales de este *descabezamiento*, según Revueltas, era el desconocimiento de la obra de Ricardo Flores Magón. Aunque no es la tesis central de dicho texto, acorde con los objetivos de la presente investigación, la crítica hecha por Revueltas constituye el intento más importante por rescatar al Partido Liberal Mexicano, puesto que se propone demostrar la vigencia del pensamiento de Magón, y la necesidad de volver a él. La inmensa mayoría de las investigaciones posteriores, pese a estar dirigidas al PLM y mucho mejor documentadas, no han podido igualar en importancia el planteamiento de Revueltas.

Esta obra va a ser de una (in)trascendencia tremenda, porque, a la vez que supone el paso más importante para recuperar no sólo la memoria, sino la importancia y vigencia del PLM, la lectura de *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* no va a figurar en la bibliografía de los historiadores posteriores del PLM.

Estas dos obras, *Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano*, de Turner (1960); y *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, de Revueltas, aunque no son en sí investigaciones históricas (la primera es una narración de sucesos hecha por un testigo; la segunda por su parte, toca muy superficialmente, y de manera secundaria, la obra de Magón), suponen el punto de partida de las investigaciones históricas sobre el magonismo.

Conforme se amplía la producción histórica sobre el PLM, se generalizan nuevos mitos, hasta llegar a ser casi universales e incuestionables, y prácticamente no existe investigador alguno que, hoy como ayer, se acerque al estudio del magonismo sin considerar previamente que está tratando con un grupo de renegados idealistas, sectarios radicales sin ningún tipo de contacto con las masas y sin oportunidades de triunfar. El mito del filibusterismo fue así sustituido en la historiografía por los mitos del radicalismo y del idealismo, que forman parte de una amplia carga de denostaciones, ampliada a términos como *utopismo*, *sectarismo*, *aventurerismo*.

Este es el sello que distingue a lo que caracterizamos como nuestro tercer momento. Aunque, como ya se dijo, las obras son poco numerosas, la competencia esporádica entre los investigadores por ver quién puede probar *más y mejor* el carácter utópico de la propuesta magonista continúa desarrollándose hasta nuestros días. Señalemos las obras más sobresalientes de este tercer momento:

Sobre la importancia del Partido Liberal previo al estallido social del 20 de noviembre de 1910, así como su relación con el proletariado mexicano, tenemos principalmente la obra de James Cockroft, *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana* (1971). Aunque *Precursores intelectuales...* no cubre el desarrollo ulterior del PLM, ofrece uno de los mejores análisis sobre el diseño original del Partido; es decir, Cockroft no descubre, pero pone al descubierto, el potencial revolucionario del camino planteado por el PLM, modificado después por la fuerza de las circunstancias. Cockroft es historiador y activista, y para su estudio utiliza fuentes bibliográficas y hemerográficas, basándose principalmente en un periódico conservador. Además de Ricardo, Cockroft incluye en su investigación a Francisco Madero, Camilo Arriaga y Antonio Díaz Soto y Gama; no obstante, Cockroft nos queda a deber con su caracterización sobre Ricardo Flores Magón como un simple “precursor”, y también como un mero “intelectual”.

En *Las ideas políticas de Ricardo Flores Magón* (1973), Juan Gómez-Quiñones, historiador y también activista, hace un esfuerzo, aunque confuso la mayor parte del tiempo, por rescatar al PLM de la descalificación de anarquistas; por supuesto no niega que hayan sido anarquistas, sino que explica por qué esos anarquistas eran distintos a otros, distintos por ejemplo a los anarquistas de la COM o a los anarquistas rusos. Gómez-Quiñones, aunque reconoce que el magonismo realmente se esforzó por la revolución, va a señalar, entre otras cosas, que del PLM, “sus ideas económicas eran tan poco analíticas como irrealizables [...] el PLM y Ricardo Flores Magón fueron víctimas de su propio idealismo” (Gómez-Quiñones, 1973, p. 64).

En 1984, Salvador Hernández Padilla escribe *El magonismo, historia de una pasión libertaria 1900/1922*, y a pesar de que esta es una de las obras más referenciadas

por los estudiosos del tema, Hernández Padilla no puede evitar escribir en su epílogo frases como: “otra de las manifestaciones del sectarismo de Flores Magón...”. Hernández Padilla, historiador, nos presenta una investigación ampliamente documentada, en publicaciones y colecciones privadas de archivos de los que obtiene documentos inéditos; sin embargo, como sostenemos, es Hernández Padilla el mejor representante de lo que hasta ahora hemos señalado como uno de los principales detractores aparentemente no intencionados del magonismo.

Adolfo Gilly, militante revolucionario y alguna vez preso político, con *La revolución interrumpida: México 1910-1920. Una guerra campesina por la tierra y el poder* (1994), nos ofrece la oportunidad de observar cómo, incluso en una obra histórica crítica y de izquierda, el magonismo prácticamente desaparece al ponerse al lado de villistas y zapatistas. Para Gilly, el protagonista más importante de la Revolución mexicana fue el zapatismo, y no el magonismo; esta conclusión naturalmente no tiene por qué ser considerada incorrecta, sin embargo, es de llamar la atención que también para el PLM fue el zapatismo el protagonista más importante de la Revolución, y esta coincidencia de opiniones no es advertida por Gilly, quien dedica muy pocas páginas de su obra a los anarquistas. Adolfo Gilly es historiador y participa activamente de los movimientos sociales, por lo que su obra, ampliamente recomendada, es una de las más sensibles al programa político representado por el PLM, expresado en este caso por el movimiento zapatista.

Y mientras unos se entregan al análisis sesudo de la propuesta magonista (los más, aparentemente armados de la crítica marxista), otros simplemente la desechan, siguiendo la línea dictada por la historia institucional; como sucede con José C. Valadés, para quien el revolucionario racional y objetivo, es Francisco I. Madero; Magón por su parte, al igual que Zapata, no son más que actores irracionales y soñadores cuyos actos sólo alimentan la reacción y destruyen toda posibilidad de alcanzar científicamente y con paciencia las metas revolucionarias (Valadés, 1985).

Tuvieron que pasar 80 años después de la muerte de Magón para que comenzaran a aparecer sus *Obras completas* editadas por CONACULTA, cuyo primer y último

tomo se publicaron en los años 2000 y 2018 respectivamente; esta colección de 18 tomos, compilada y anotada por Jacinto Barrera Bassols, reúne toda la obra escrita de Ricardo Flores Magón; debido al carácter de la obra, Barrera no nos ofrece su valoración personal respecto de la lucha del PLM, sin embargo, el enorme esfuerzo de este conocedor del movimiento anarquista por publicar completa la obra de Ricardo, más las anotaciones y comentarios que le dedica, habla por sí solo de la importancia que le concede. No está por demás decir que Barrera es, de entre los autores que vamos a citar, el que más aportaciones ha hecho al estudio histórico del magonismo, así como a su recuperación.

En 2015 y 2016 aparecieron dos obras más: *Atropellado amanecer, el comunismo en el tiempo de la revolución mexicana* y *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón*, escritos por Enrique Condés Lara y Claudio Lomnitz, respectivamente. La primera, es una obra general sobre el rol jugado por el Comunismo durante el conflicto armado: Enrique Condés, militante comunista, aunque no da una conclusión terminada, construye a lo largo de su obra un balance positivo sobre las aportaciones de Ricardo Flores Magón y del PLM a la lucha; la segunda es una historia novelada de la vida de Ricardo Flores Magón y compañeros de lucha que, pese a lo pretencioso de su título, no supera en importancia a sus predecesores, un relato por demás interesante y esforzado, pero que no implica en ningún sentido *el regreso* de Ricardo Flores Magón; podemos decir, sin embargo, que aunque Lomnitz enfoca el magonismo desde una especie de historia cultural, y en ocasiones costumbrista (y no política), realiza una investigación con mayor rigor científico que otros autores, evitando caer en las descalificaciones ordinarias; sin embargo, sigue ofreciéndonos una interpretación que no da cuenta de la importancia y la vigencia del pensamiento de RFM.

Por último mencionemos el grupo de tesis y tesinas, escritas en su mayoría entre los años 2000 y 2010, por licenciados en economía, en sociología, en historia, en pedagogía y en filosofía, egresados de la UNAM y de la UMSNH, que al abordar a Magón desde disciplinas tan diversas (hecho además de manera superficial y sin considerar su finalidad política) cancelan el carácter revolucionario de la obra

magonista; por otra parte, tampoco abonan a la puesta en duda de las acusaciones que, como ya señalamos, se han hecho tradicionalmente al magonismo. A modo de ejemplo, Manuel Peña Hernández, en su tesis de licenciatura titulada *Anarquismo y revolución: teoría y práctica del magonismo. 1900-1922*, escribe en sus conclusiones que, si bien el magonismo tuvo una “amplia acogida e influencia política e ideológica entre las masas de campesinos y obreros” y “fue la forma más desarrollada de conciencia social de su época”, no obstante, “su modelo de sociedad futura, devino en una representación utópica, en un mero presentimiento, sin posibilidad alguna de convertirse en realidad” (Peña Hernández, 1999, p. 159).

Dicho todo esto, la propuesta del presente trabajo es exponer los malentendidos a que llevan las obras escritas en torno del magonismo, además de intentar comprenderlo, tomando en cuenta la voz de su principal protagonista, tratando también de comprobar lo que es una tesis de algunos historiadores: el PLM no llegó a desarrollarse plenamente; pero esto no a causa de su “radicalismo” y su “idealismo”, sino por causa de sus condiciones de existencia.

Para ello, se intenta reunir la mayor cantidad de las opiniones que los historiadores han vertido sobre los diversos aspectos del magonismo, de manera que podamos confrontarlas, al tiempo que indagamos sobre las causas de estas opiniones, realizando la observación de observaciones propuesta por Alfonso Mendiola (2000); de igual modo, se dará lugar a la réplica de Ricardo Flores Magón a fin de comprender su actitud ante los distintos escenarios que se presentaron durante la Revolución Mexicana, lo que nos permitirá analizar y contraargumentar los mitos que se han creado en torno de la teoría y la práctica del PLM.

Como objetivos particulares de esta investigación, se plantean los siguientes:

- 1) Analizar las distintas investigaciones que se han hecho sobre la historia del PLM, a fin de confrontar sus diferentes interpretaciones y conclusiones, buscando señalar sus deficiencias y aportaciones.
- 2) Investigar en las fuentes producidas por el propio Ricardo Flores Magón (RFM) la explicación de sus acciones.
- 3) Comprender el origen de la variedad de opiniones suscitadas por el actuar del PLM durante la Revolución mexicana, observando a los historiadores que han abordado el tema, buscando entender el problema que les plantea tratarlo.

Para cumplir con las metas enunciadas, nuestro estudio se planteó una serie de interrogantes que guiaran la investigación. Respecto al análisis historiográfico sobre el PLM, se observan los siguientes cuestionamientos: ¿cuál es el punto de partida de las investigaciones sobre el magonismo (interés personal, académico, político)?; ¿qué similitudes y/o diferencias existen entre las fuentes consultadas por los distintos investigadores?; ¿cómo interpretan los historiadores del magonismo sus propias conclusiones, qué hacen con ellas y a partir de ellas?; ¿cuál ha sido el papel que los historiadores han asignado al magonismo dentro del curso general del movimiento revolucionario (actor primario, secundario, precursor, referente ideológico)?

En seguida, intentaremos responder a los cuestionamientos que indirectamente han hecho a Ricardo sus historiadores; ¿Por qué el PLM decidió romper el frente antiporfirista antes de haber sido depuesto Porfirio Díaz?, ¿cuáles fueron los momentos clave de la historia del PLM y como fueron interpretados por RFM?, ¿cuál fue su actitud para con el resto de las facciones revolucionarias?

Por último, para realizar la observación de observaciones sobre el magonismo, se toman como guía las siguientes interrogantes: ¿cuál es la formación político-académica de los historiadores del PLM y cómo los influye a la hora de llevar a cabo sus investigaciones?, ¿cuáles son los factores que determinan que un investigador llegue a una u otra conclusión al acercarse al estudio del magonismo?; ¿cuáles

investigadores abandonaron el estudio del magonismo tras un primer acercamiento con él y cuáles continuaron investigaciones posteriores? ¿por qué razones?

Con base en los objetivos e interrogantes antes enunciados, esta investigación sostiene que las interpretaciones que los historiadores han hecho del magonismo, y que han conducido a los diferentes resultados que hemos señalado, parten de presupuestos que no son siempre acertados, puesto que los investigadores se adentran en el magonismo casi exclusivamente por razones académicas, y no políticas. El magonismo es un fenómeno del cual se debería elaborar no sólo su historia, sino la crítica de su programa y su práctica, una crítica que permita avanzar en su reformulación. Esto parece no haber sido comprendido completamente, por lo que los historiadores del magonismo se han enfocado en señalar sus debilidades, antes que en desarrollarlo; al final de sus investigaciones, no se valen de sus propias conclusiones para rescatarlo, pese a que la mayoría de ellos declara tener esa intención.

La mitología erigida por los vencedores de la Revolución Mexicana en torno de esta, incluye entre otros mitos, el de haber sido Ricardo Flores Magón un colaborador periférico del movimiento, sostenedor de ideas ajenas a la principal bandera del movimiento social (“sufragio efectivo no reelección”). Por tanto, si como historiador se es incapaz de pensar en términos antisistémicos, en términos del derrocamiento del Capitalismo por parte de la clase desposeída, y, de esta manera, se sustituye el análisis de la lucha de clases por el de la lucha de facciones políticas, colocando en el centro de la disputa únicamente la lucha por elecciones libres, efectivamente Magón aparece como el gran ausente de la escena política, como un “incorrecto”.

Es por esto que, desde el inicio de sus actividades políticas y a todo lo largo de ellas, se le considera un actor secundario y poco trascendente de la Revolución; la manera en que los historiadores caracterizan el magonismo es la prueba de que su historia fue escrita por los vencedores, corroborándose la necesidad de escribir la historia tomando en cuenta la propia voz de los vencidos.

No sólo nos enfrentamos a estos problemas, sino que durante el desarrollo de la investigación histórica, se cometen varios errores de apreciación que, estando imposibilitado el historiador para percibirlos, los sostiene con total normalidad; el problema que enfrentan los historiadores del magonismo es que, en cuanto historiadores, se encuentran dentro de la ideología dominante (toda su vida lo han estado) y, pese a que algunos son conocedores del marxismo, lo conocen sólo en su dimensión académica, y no en la práctica; el permanecer ajenos a las situaciones que implica la práctica revolucionaria les imposibilita entenderla adecuadamente, por más que ejerciten el intelecto en la lectura de los clásicos del materialismo; el desconocimiento de la práctica anticapitalista les retiene dentro de la ideología, a ellos y a sus investigaciones, aún en contra de su voluntad, a veces incluso estando seguros de que se encuentran fuera.

Para llevar a cabo nuestra investigación, consultaremos no solamente el material publicado en torno de la figura de RFM, sino, como ya señalamos, habremos de citar la obra del propio Ricardo, a fin de no dar continuidad al error que ya ha supuesto para sus historiadores el hablar *por* él y no *con* él. Para ello trazaremos la columna de nuestro trabajo en torno de las obras completas de RFM, recopiladas por Jacinto Barrera Bassols; logrando esto, estaremos abonando al objetivo principal de esta investigación: la demostración de que la obra de Ricardo no ha sido revisada desde una óptica militante, capaz de rescatar dicha obra para su incorporación al presente, sino desde un punto de vista académico que, además, se muestra incapaz de contravenir el discurso oficial.

A fin de cumplir con nuestro análisis bibliográfico, recurriremos a la “observación de observaciones”, en el sentido que nos lo indica Alfonso Mendiola (2000); revisar el contexto de producción de las obras históricas sobre el magonismo nos ayudará a entender cómo es que sus conclusiones logran desviarse tan claramente de los objetivos trazados por el propio Ricardo.

Decía el sociólogo alemán Max Weber, que “no se necesita ser el César para entender al César”. No podemos estar de acuerdo con esta afirmación: quizá resultaría más acertado decir que “no se necesita haber vivido en Roma para conocer la vida en Roma”, o que “no se necesita haber conocido al César en persona, para conocer las costumbres del César”; pero de ahí a decir que un investigador puede *entender* al César, sin la más remota posibilidad de tener las atribuciones del César, el asunto se vuelve infinitamente complicado.

No estamos hablando de los típicos problemas a los que se enfrenta el historiador al tratar con una época que le es ajena (diferentes tecnologías, costumbres, cosmogonías, etc), sino de una forma de ver el mundo que nos es, en ocasiones, totalmente incomprensible: no siendo el César, no podemos saber lo que significa poder decidir sobre la vida de los súbditos, no podemos llegar a comandar un ejército, ni a conocer los compromisos que implica dirigir un Imperio, no podemos siquiera imaginarlo: cuando hablamos de Ricardo Flores Magón parece ocurrir un problema similar, investigadores van a, y vienen de él, y vemos repetidamente que no logran entenderlo; dejando a César de lado, ¿será que sí se necesita *ser Magón*, para entender a Magón?

Entender al campesino que lucha por la recuperación de sus tierras, o a los huertistas que combaten por la restauración del Porfiriato, parece no ocasionar problemas al historiador; los objetivos por los cuales luchan el maderismo, el carrancismo, el zapatismo e inclusive el villismo, resultan predecibles para los historiadores, a veces incluso, hasta cierto punto, lógicos; pero no sucede lo mismo cuando nos encontramos con el revolucionario que, siendo hijo de hacendados, deja la comodidad de la hacienda para combatir ni más ni menos que al sistema de haciendas mismo, como en el caso de Práxedes Guerrero, o cuando nos encontramos al abogado que, haciendo de lado las demandas que *deberían* corresponder a su profesión, lucha porque sean entregadas las fábricas a los obreros.

¿Por qué ocurre este fenómeno? Al explicarnos la Historia, el historiador nos descubre que, *lógicamente*, el comerciante, el profesionista, el latifundista y el

esclavista defienden *sus* intereses, pero cuando el historiador se encuentra con alguien que no respeta esta regla, lo encuentra extraño, y el recurso más socorrido para ayudarse en estos casos es voltear la vista hacia otro personaje.

Este parece ser el caso de Ricardo Flores Magón y su actuación durante la Revolución Mexicana, y a pesar de que están a la vista las pruebas de la actividad revolucionaria de Flores Magón, el historiador no puede resolver el acertijo que este le plantea, pues cuando echa un vistazo a la sociedad preconizada por Ricardo, se aterra ante lo incomprensible; el mundo sin autoridad, capital ni clero (y “peor” aún, autoridad, capital y clero que deben ser derribadas con la mayor exhibición de violencia posible, y no por medios evolutivos) aterroriza al historiador, haciéndole buscar desesperadamente una salvación que lo libre de aquella visión cegadora, salvación que encuentra oportunamente en la figura de Francisco I. Madero.

Y todo marcharía bien si, al reconocerse uno incapaz de tratar con un sujeto histórico, lo dejara de lado para dedicarse a otro tema; el problema se presenta cuando, reacios a reconocer esta incapacidad, nos aferramos al tema, y terminamos desfigurándolo al grado de dejarlo irreconocible.

Historiar el papel de Ricardo Flores Magón, como ya hemos señalado, supone diversos problemas a los historiadores, empezando por el error casi universal de suponer que el magonismo puede ser historiado de manera *objetiva* (es decir, que se puede ser neutral ante él), pasando por el crimen que significa juzgar su actitud tomando en cuenta hechos que sólo resultaron apreciables con el paso del tiempo y que, por supuesto, no había manera de que el líder liberal los llegara a conocer (tales como la derrota de los sindicatos y partidos socialistas de EU durante la primera guerra mundial, o el triunfo de Carranza sobre el zapatismo y el villismo), hasta llegar a suponer que habría sido probable (y deseable) evitar el golpe de Estado de febrero de 1913 si RFM hubiera estado dispuesto a colaborar con el gobierno de Madero (González, 1962, p. 96).

El magonismo coloca a los historiadores en una situación difícil pues, se reconozca o no, y aunque la mayoría de las veces se diga de manera poco explícita, abordarlo

les obliga a tomar una postura frente a él, misma que la mayoría de las veces termina por no coincidir con su planteamiento inicial.

Ante esta situación, resulta imperativo confrontar las diversas opiniones que existen en torno de este tema (así como aportar la nuestra y rescatar la del propio Ricardo), a fin de lograr dos objetivos: por un lado, proporcionar al lector la mayor cantidad de elementos para que se pueda formar su propio juicio; y por el otro, analizar las valoraciones implícitas y explícitas realizadas por la historiografía sobre Ricardo Flores Magón, poniendo especial atención en las causas y consecuencias de estas posiciones.

Por tanto, dedicaremos nuestro primer capítulo a la exposición de las investigaciones, las opiniones y las interpretaciones hechas por los historiadores alrededor de las acusaciones que más frecuentemente se hacen al programa magonista, dejando un segundo capítulo para abordar la opinión de Ricardo en torno de los tópicos más controvertidos de su programa.

De este modo, abordaremos los temas de la siguiente manera: en un primer capítulo, abarcaremos los temas del sectarismo, el radicalismo, el idealismo y el utopismo.

Es decir, las descalificaciones más frecuentemente hechas a la estrategia planteada por RFM, mismas que, según sus historiadores, confirieron al magonismo su carácter utópico. Como ya mencionamos, es nuestro interés primordial demostrar que estas acusaciones no solamente dificultan el rescate del magonismo, sino que están mal fundamentadas. Por ello, en el segundo capítulo, se analizarán los temas de las alianzas; el anarquismo, la permanencia de RFM en suelo estadounidense durante los años de la Revolución; así como los levantamientos armados del PLM. En otras palabras, se tocarán los temas referidos a la táctica adoptada por RFM durante la contienda armada, y que han dado pie a su descalificación por parte de los historiadores. Por último, en un tercer capítulo, expondremos las conclusiones generales de los historiadores sobre el tema, es decir, lo que cada uno de ellos considera como el significado histórico del magonismo.

Aunque existen otros temas importantes relacionados con el magonismo y su historia, tales como el periodismo o la persecución política, son estos temas que hemos elegido los que suscitan las más diversas opiniones por parte de los historiadores; por tanto, no debe pensarse que hemos dejado fuera de nuestra investigación temas que también resultan relevantes para explicar el fenómeno del magonismo, sino que siendo esta una obra de carácter historiográfico, nuestro objetivo es enfocarnos en sus aspectos más controversiales, y no en aquellos sobre los que existe mayor consenso.

Es nuestro interés centrarnos en el análisis de estos temas, puesto que su interpretación ha dado paso a la creación de los mitos más acusados en el magonismo, mismos que han dificultado la comprensión de este tema, cuya importancia está aún por ser descubierta, y cuyo descubrimiento se retrasa más y más en función de la propagación de dichos mitos.

CAPÍTULO 1

A) EL SECTARISMO

“El propio Flores Magón -de quien podría esperarse una actitud de abstención en virtud de sus ideas anarquistas- aconseja a la clase obrera participar en el derrocamiento de la dictadura porfiriana”.

José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*. P. 213.

En su Introducción a *Regeneración 1900-1918...*, Armando Bartra escribe en la página 32 lo siguiente:

“Para 1914 las fuerzas propiamente magonistas eran aún considerables [...] Sin embargo, en los años siguientes se redujeron [...] En este debilitamiento del Partido Liberal jugó un enorme papel su sectarismo” (Bartra, 1991, p.32).

Sin embargo, apenas 4 páginas después, refiriéndose a la actitud crítica de Magón para con los marxistas rusos, el mismo Bartra escribe:

“Una vez más, la sensibilidad política de Ricardo le permitió evitar el peligro del sectarismo [...] y lo llevó a sostener una línea de unidad contra el enemigo común y lucha ideológica con los aliados” (Bartra, 1991, p. 36).

Según Bartra, durante los años posteriores a 1914, Magón degeneró en un sectario, cuya línea política dictada al PLM condujo a la disminución y posterior desaparición del partido; pero para 1921, Magón ya no era sectario, sino un revolucionario políticamente sensible, lo que le permitió establecer distancia respecto del marxismo, sin por ello llegar a caer en el anticomunismo.

Estas afirmaciones visiblemente contradictorias (y separadas una de otra apenas por un par de hojas), no son el resultado de un error de imprenta evidentemente, sino de un error de comprensión. Bartra se confunde a sí mismo; el querer determinar “qué es lo más importante”, si destacar el compromiso de Magón con la

lucha de los trabajadores mexicanos o sus equivocaciones (sintetizado esto, de acuerdo con Bartra, en su tránsito al anarquismo), lo mete en un enredo del cual no parece salir bien librado.

Señalando de paso que los historiadores no se han puesto de acuerdo sobre las posibilidades reales del PLM de vencer en el terreno militar (pues según Bartra, 1914 todavía es un año de posibilidades para los liberales, mientras que para Hernández Padilla ya no lo es (Hernández, 1984), y para Claudio Lomnitz nunca lo fue (Lomnitz, 2016, p. 433)), este tipo de tropiezos entre los argumentos que aduce un mismo historiador se repiten una y otra vez a lo largo de las obras históricas, y en todas ellas, una de las causas parece ser la misma: la dificultad de decidir “qué es más importante” a la hora de estudiar el magonismo, si señalar los errores, o destacar los aciertos.

No solamente resulta preocupante que Bartra no se haya dado cuenta de este error, sino que, en ninguna parte de su obra, se puede localizar la definición de lo que para él significa ser *sectario*; Bartra sabe que Magón fue sectario, pero no sabe por qué, no lo explica, de hecho ningún autor lo hace. En *Historia de una pasión libertaria*, pese a que la acusación de sectarismo es una de las más recurrentes, Hernández Padilla tampoco explica lo que entiende por sectarismo, no obstante, de sus reflexiones se deduce que ser sectario consiste en actuar de manera independiente respecto de los reformistas (Villarreal, Sarabia), en lugar de priorizar la formación de un frente antiporfirista amplio (Hernández, 1984, p. 173).

Es decir, un importante aspecto de la propia práctica política de Magón (la capacidad de actuar de manera coherente e independiente aún con las circunstancias en contra), es convertida de un plumazo en una actitud sectaria, sin siquiera explicar por qué. Aún más, Hernández Padilla reconoce que Magón incluso consideró una alianza con Madero si este aceptaba el programa del PLM de 1906 (Hernández, 1984, p. 184). Siendo así, ¿en qué estriba la acusación de “sectarismo”?

Todo parece indicar que Padilla considera a Magón un sectario cuando este se niega a continuar trabajando al lado de Villarreal y de Sarabia desde 1907, pero no retira la acusación cuando, presumiblemente, Magón se dispone a colaborar con, ni más ni menos, que Francisco I. Madero; Hernández Padilla no solamente no sabe lo que es el sectarismo, sino que no hace esfuerzo ninguno por averiguarlo, lo que le vale equivocarse repetidamente.

Por supuesto, los historiadores del magonismo podrían invocar en su defensa que no existió solamente *un* Ricardo Flores Magón, sino *varios* (es decir, que no es el mismo el RFM del periodo 1906-1910, que el de 1911-1918, etcétera); pero esto es algo que tampoco explican; es por eso que, para historiadores como Peña Hernández, el modelo de sociedad por el que luchó Magón, “devino en una representación utópica, en un mero presentimiento, sin posibilidad alguna de convertirse en realidad” (Peña, 1999, p. 159).

Peña Hernández no lo advierte (ni para el lector ni para sí mismo), pero cuando se expresa en estos términos del magonismo, está hablando de la sensación personal que le provoca la lectura de las cartas escritas por Magón desde prisión durante los años 1918-1922; efectivamente, si observamos únicamente al RFM recluido de por vida en una prisión extranjera desde la que sólo puede soñar con que el futuro sea mejor, nos va a parecer un utopista, y vamos a perder de vista al revolucionario cuyas posibilidades de influir en el curso del movimiento revolucionario fueron seriamente temidas por todos los gobiernos mexicanos, desde Porfirio Díaz hasta Venustiano Carranza.

Este error podría ser válido para el lector despistado, desconocedor de la trayectoria de Ricardo hasta antes de su encierro en la prisión de Arizona, pero no para un historiador. Está claro que Ricardo se equivocó al pronosticar el día en que sucumbiría el capitalismo, pero esta no es una equivocación exclusiva de él, tampoco es un error tan poco frecuente como para ponerlo de relieve exclusivamente en él: hasta el día de hoy, todos los anarquistas, socialistas y comunistas del mundo se han equivocado al pronosticar la muerte del capitalismo; el error no es de Magón por suponer que la Primera Guerra Mundial arrastraría al

capitalismo a su tumba, sino de historiadores como Peña Hernández, que pretenden reducir el magonismo a su momento final, al de mayor impotencia, en el cual todo se reduce, en efecto, a meros presentimientos, a esperanzas.

En octubre de 1908, Magón había escrito en una carta a Lucía Norman en ocasión de la separación de Villarreal y de Sarabia de la Junta: “Antonio ya no es miembro de la Junta y Manuel dejará de serlo también [...]. No crean que han traicionado esos amigos. No son capaces de eso; pero no tienen las mismas ideas que los que quedamos. Eso es todo.” (Hernández, 1984, p. 172).

Esta certeza, resultado de un largo proceso de observación de sus más cercanos camaradas, es para Hernández Padilla, “sectarismo” (Hernández, 1984, p. 176). En el artículo “Francisco I. Madero es un traidor a la causa de la libertad” (Barrera, 2014, p. 126), además de exponer la traición de Madero, Magón realiza el balance de los últimos años de lucha y lo que bien pudo haber sido su carta de despedida; relata las penas sufridas por los liberales durante los últimos diez años de lucha y la situación evidentemente desventajosa en que han quedado debido al reciente arresto de Prisciliano Silva y la deserción, de última hora, de Lázaro Gutiérrez de Lara.

Sin embargo, y pese a que la situación podría así ameritarlo, Magón no se retira de la contienda; por un lado, queda efectivamente aislado de los grupos de poder en armas, pero por el otro, refuerza su compromiso con el proletariado del campo y de la ciudad, despojándose de cualquier apariencia de colaboración con las fuerzas burguesas, apostando todo a la expropiación; ¿la decisión de continuar la lucha en un momento en que muchos habrían desistido, puede ser considerada como “sectarismo”?

No está de más decirlo, la “traición” de la que habla Magón en este artículo, no es considerada como tal por parte de sus historiadores, quienes inexplicablemente, no solamente han señalado repetidamente el “error” de Magón (el error de haber roto públicamente con Madero), sino que no le permiten expresarse; a pesar de que

Magón expone, una y otra vez, no sólo por qué era necesaria la ruptura, sino por qué, aun siendo aplastadas las fuerzas maderistas y magonistas por el porfirismo, la revolución habría de continuar, ninguno de sus historiadores, con excepción de Armando Bartra, reproduce en sus textos la argumentación dada por Ricardo.

Es interesante resaltar este hecho, si bien Bartra no logra equilibrar las emociones encontradas que le produce el magonismo, logra importantes aportaciones a su difusión, pues es el historiador que más ampliamente escribe sobre aquello que dijo Magón, y no aquello que se dice sobre Magón; además, es la obra de Bartra, de entre las que citaremos para la presente investigación, la que más reimpresiones ha tenido, con la que es más fácil (en virtud del número de copias en circulación) tener un primer acercamiento al magonismo.

¿Por qué será que historiadores como Hernández Padilla, James D. Cockroft o Claudio Lomnitz, aunque dan cuenta de la situación desventajosa a la que son arrojadas las fuerzas magonistas tras el arresto de Silva por orden de Francisco Madero, deciden no secundar la acusación de traición lanzada a Madero por parte de Flores Magón?

A nuestra consideración, vale la pena rescatar cuando menos una de las respuestas que Magón da a sus detractores de ayer y hoy, con motivo de la confrontación pública con Madero:

“Dicen al pueblo que nuestra actitud respecto del ambicioso Madero debilita el movimiento revolucionario. Desde luego puedo decir que sucede todo lo contrario. La Revolución, el movimiento armado que puede llevar ese nombre porque tiene una amplia finalidad social, no se debilita porque se descubran las infamias de Madero [...] ¿Qué dirían nuestros compañeros que están sobre las armas si no los previniéramos sobre lo ocurrido? ¿No serían ellos los primeros en acusarnos de traidores cuando se vieran aplastados por la traición de Madero? [...] La revuelta de Madero no puede llamarse revolución”. (Barrera, 2014, p. 147).

Cuando se lee a los historiadores del magonismo, es difícil escapar a la seductora idea de que bien merecido tenía RFM su aislamiento por poner en riesgo la victoria sobre la Dictadura, pero cuando leemos directamente los argumentos de Magón en

el periódico Regeneración de los meses de febrero, marzo y abril de 1911, nos vemos obligados a replantearnos lo que creíamos saber.

No existe una ley histórica que permita saber si, en un escenario en que la reacción o el conservadurismo fortalecen su posición política, la izquierda deba, o bien matizar su programa, o bien radicalizarse; no hay que olvidar que estas son decisiones circunstanciales, que pueden o no resultar correctas. La decisión de Ricardo de confrontar públicamente a Madero (para con ello alertar a sus fuerzas sobre el peligro que significaba trabajar en conjunto con los maderistas) no puede ser evaluada en términos de lo correcto o lo incorrecto, sino de lo circunstancial.

El asunto del rompimiento de este frente antiporfirista no es de fácil dilucidación, sin embargo podemos señalar algunos elementos que nos ayudan a entender, finalmente, que la postura asumida por Ricardo ante lo sucedido en febrero de 1911, no fue resultado de un capricho, ni de una actitud sectaria.

Pensemos por ejemplo en Antonio I. Villarreal; este revolucionario nacido en Nuevo León, a lo largo de toda su vida había dado muestras de un compromiso con la lucha armada pocas veces comparable. Aunque, tras su rompimiento, Magón lo acusaría constantemente de homosexualidad (una acusación que en aquel tiempo se hacía para señalar en el otro cobardía y corrupción moral (Lomnitz, 2016)), lo cierto es que Villarreal fue en todo momento un revolucionario en toda la extensión de la palabra; él era el único miembro de la Junta que, por sus antecedentes (se le acusaba de haber matado a un hombre en un duelo hacía algunos años), podía ser legalmente extraditado a México, donde, como todos los miembros de la Junta sabían, sería probablemente ejecutado; en una ocasión fue capturado y llevado a la frontera y, aunque logró escapar, se intensificó su búsqueda por parte del gobierno, no obstante, continuó luchando a sabiendas de que para él no existía la posibilidad de purgar condena en una prisión de EU, sino que sería pasado a México donde probablemente se le fusilaría sin juicio alguno.

Claro está que Antonio I. Villarreal fue un revolucionario de pies a cabeza, pero, también claro está, que no luchaba por los intereses históricos de la clase obrera,

ni siquiera por sus intereses inmediatos, de los cuales se retractó ante Madero; no hay que olvidar que, tras su separación de la Junta, Villarreal no volvió a dedicar esfuerzos serios a la educación política de los trabajadores, y lo que es más, durante su gobierno, Madero lo envió como diplomático a España (quizá por el temor de que, en el fondo, Villarreal abrigara ideales anarquistas), neutralizando así toda posibilidad de este, de influir sobre la vida política en México; Villarreal no sólo no defendió el Programa de 1906, sino que tampoco se opuso a su destierro a Europa, con lo que demostró con claridad que su lucha era efectivamente por un cambio de presidente, no de sistema.

Incluso Hernández Padilla reconoce que quienes abandonaron al PLM, lo hicieron porque “deseaban el derrocamiento del caudillo tuxtepecano, más no del sistema que él representaba” (Hernández, 1984, p. 168); hay aquí una confesión implícita, mientras Ricardo luchaba por el comunismo, el grupo de Juan Sarabia luchaba por *otra cosa*; la diferencia pues, no está entre quienes mantuvieron una actitud sectaria y quienes supieron establecer alianzas tácticas para lograr sus fines, sino entre quienes luchaban por el comunismo, y quienes luchaban por metas distintas.

Por lo demás, se olvida que ni Sarabia ni Villarreal tuvieron mayor relevancia durante el desarrollo del movimiento maderista ni posteriormente, como bien señala el propio Padilla. A su regreso de España, Villarreal sería utilizado por Madero y por Carranza para procurar la rendición incondicional del zapatismo.

Si se piensa tachar de *sectaria* la actitud de Magón frente al gobierno de Madero, no menos debe hacerse que tachar de *oportunist*a la actitud de quienes se marcharon de su lado; pues el argumento más elaborado de quienes abandonaron la Junta para unirse a Madero fue el de “detener la violencia”, y esto no podría fácilmente considerarse un argumento válido, se parece más a una excusa; de nuevo, la diferenciación no es entre quienes lograron, o no, evitar el sectarismo y mantenerse relevantes en el escenario, sino entre quienes querían detener la violencia revolucionaria y con ello, frenar de hecho la intervención de las masas en la conducción de sus propios destinos (aun cuando lo hicieran inconscientemente), y quienes buscaban ampliar y profundizar los alcances de esta intervención.

Entonces, ¿debemos continuar abordando la salida de Villarreal de la Junta como un asunto de “falta de tacto político” de Flores Magón, o podemos empezar a considerar que los fines de uno y otro eran radicalmente diferentes? Se nos presenta así un escenario de doble filo: por un lado, podemos decir que el PLM perdió a los militantes que en realidad nunca tuvo, puesto que nunca fueron realmente anarquistas; pero por el otro, el Partido necesitaba de esos elementos para lograr sus fines, o al menos así lo consideraba el propio RFM durante los años 1900-1910.

Lo que queremos señalar es que, si es cierto que en Magón recae la responsabilidad de haber ahuyentado de la Junta a Villarreal, no obstante logró mantenerlo dentro de la misma durante 5 años (lo cual toma mayor relevancia si se considera que hacia 1904, tanto Villarreal como el resto de los miembros de la Junta, tenían la opción de acogerse o bien a la dirección de Camilo Arriaga, o bien a la de Ricardo).

Villarreal pudo argumentar, y así lo consideró Ricardo, que su salida se debía a una diferencia irreconciliable: Magón sabía que Antonio no era anarquista, y consideraba que no podría llegar a serlo, y es este el motivo de su separación, más que un asunto de “culpas” o de “imprudencias” políticas.

Sin embargo, el caso de Villarreal no es el de todos los desertores de la Junta; Lázaro Gutiérrez de Lara por ejemplo, explicó que su decisión de pasarse al maderismo se debía a que no tenía el valor de matar a sus semejantes; González Monroy de igual manera, justificó su cambio de bando debido a que Magón llamaba a continuar la guerra, mientras él estaba interesado en detener la matanza entre mexicanos (González, 1962, p. 41).

El conocimiento de la tradición de la lucha antisistémica, tanto marxista como anarquista, nos hará entender que los argumentos de González y de Gutiérrez de Lara, son, por decir lo menos, ingenuidades, ya que cualquier proyecto político alternativo al Capitalismo que renuncie a la utilización de la violencia, está renunciando también a las posibilidades de triunfar. A final de cuentas, sería Magón quien tendría razón sobre este punto: la matanza no podría ser detenida por las

buenas intenciones de quienes se oponían a la guerra, ni siquiera por la renuncia de Díaz, la Revolución seguiría cobrando vidas hasta que cumpliera con sus últimos objetivos; objetivos que evidentemente no llegaron a ser los que Magón había anticipado, pero que sí terminaron conquistando más derechos de los que había planteado la facción maderista.

Volviendo a Hernández Padilla, hay incluso más sobre este asunto: para este autor, pasa desapercibido el hecho de que tocó a Magón (cosa que debió haber hecho Sarabia), la defensa, ante Madero, del Programa de 1906 (redactado principalmente por el mismo Sarabia, programa por el que fue recluido durante casi cinco años en San Juan de Ulúa); irónicamente, fue Ricardo quien mayor empeño puso en que el maderismo aceptara el Programa, mientras Villarreal, Sarabia, y demás desertores de la Junta, renunciaron súbitamente a esta exigencia, con tal de que Porfirio Díaz abandonara el poder lo más pronto posible.

El hecho de que Magón haya puesto como condición indispensable para considerar cualquier tipo de colaboración con Madero, la implantación de los principios del Programa de 1906, no demuestra que Ricardo haya sido un sectario, lo que sí demuestra, es que la colaboración de Sarabia y demás exliberales con el régimen maderista se dió prácticamente sin condición alguna.

Tal parece que Juan Sarabia nunca pudo diferenciar su compromiso con el pueblo mexicano, y su compromiso con Madero, a quien consideraba como su libertador, quien lo había salvado de una muerte segura en la prisión; la actitud de Sarabia ante Madero es comprensible, pero no defendible.

Este dato increíblemente ha pasado hasta ahora desapercibido para los historiadores: el hecho innegable, de que RFM, así como los demás anarquistas miembros de la Junta, entre septiembre de 1905 (fecha en que se instala la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano) y septiembre de 1911 (fecha de emisión del Manifiesto abiertamente anarquista), arriesgaron sus vidas por un programa con el que no comulgaban, con la esperanza de que, una vez conquistado lo expresado en dicho Programa, se pudiera avanzar a reivindicaciones más importantes; ¿quién

podría juzgar que es esta una actitud sectaria? La lucha de RFM entre los años 1906 y 1911, representa cinco años de trabajo militante en torno de un Programa en el cual no se cree plenamente, pero que se considera un sacrificio necesario para hacer avanzar la conciencia del proletariado mexicano, hasta que este fuera capaz de luchar por mayores derechos.

Como al principio mencionamos, las acusaciones de “sectarismo”, aunque son frecuentes, no vienen acompañadas de ningún tipo de reflexión o argumentación teórica. Según José Revueltas, son sectarios aquellos que “renuncian a la tarea de elevar a las masas, pacientemente, hasta el nivel de la conciencia socialista y pretenden que desempeñar el papel de la vanguardia consiste en significarse como los más radicales” (Revueltas, 1962, p. 238). Tony Cliff nos dice algo parecido: el sectarismo consiste en “la independencia organizativa y el aislamiento de la sección más avanzada de la clase. Adaptarse al nivel medio de la conciencia de clase o, incluso al nivel más bajo, indica un carácter oportunista” (Cliff, 2010, p. 308).

Sin duda, los escritos de Magón aparecían como “los más radicales”, lo cual era obvio en vista de lo corto de las ambiciones de los desertores de la Junta, pero ello no significa de ninguna manera, que Magón haya renunciado a la tarea de *elevar las masas hasta el nivel de la conciencia socialista* (anarquista en este caso); todo lo contrario, *Regeneración* y la lucha abnegada por mantenerlo a flote (primero huyendo a Estados Unidos; después, privilegiando la lucha ideológica sobre la participación en la contienda armada), son la prueba indudable de la importancia que el magonismo concedía a la educación política de las masas; Bartra incluso sugiere, y con él concordamos, que *Regeneración* es de hecho el PLM mismo.

Lo que sucede a los historiadores, es que confunden “sectarismo” con lo que Lenin llamaría “izquierdismo” en *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo* (Lenin, 1946) es decir, la negativa a participar dentro de las instituciones políticas que ofrece la clase social dominante por considerarlas coptadas o corruptas (elecciones, partidos políticos, sindicatos, parlamentos); el problema sigue siendo

que, aunque Ricardo logró evitar la mayor parte del tiempo actitudes izquierdistas (sobre todo en lo tocante a su resolución de aprovechar el levantamiento armado convocado por Madero, en lugar de dejarlo a su suerte, “a ver qué pasaba”, cuidándose de no “contaminar” la conciencia del obrero dentro de un movimiento burgués), aun así el calificativo de “sectario” lo persigue hasta el día de hoy.

¿Qué clase de *sectarismo* es este que trabaja día y noche por la educación política del proletariado del campo y la ciudad; qué tipo de sectarismo es este que, a cambio de una demanda mínima (el cumplimiento del Programa de 1906), se muestra dispuesto a colaborar con los que considera enemigos de clase, siempre y cuando esto signifique una avanzada en el desarrollo de las aspiraciones democráticas populares?

De manera generalizada, los historiadores señalan como actitud sectaria la denuncia que hizo RFM en *Regeneración* sobre el arresto de Prisciliano G. Silva en febrero de 1911; palabras más palabras menos, Magón se comporta como un sectario desde el momento en que fomenta la “división” entre los revolucionarios, enfrentando a magonistas contra maderistas, en lugar de mantener el frente en un momento en que la dictadura porfirista aún se hallaba en pie (Lomnitz, 2016). Habiendo ya explicado por qué esto puede ser incorrecto, revisemos ahora otras acusaciones de sectarismo hechas al magonismo por sus historiadores:

“Aparte del evidente sectarismo [refiriéndose al enfrentamiento de Ricardo contra Villarreal y Sarabia], Ricardo Flores Magón recurría a una de las prácticas más socorridas por los militantes de izquierda de todos los tiempos: enaltecer como virtud suprema el martirologio.” (Hernández, 1984, p. 188).

Armando Bartra secunda: “las limitaciones políticas de las fuerzas campesinas de Zapata y Villa y la debilidad y sectarismo del Partido Liberal condicionaron que se dejara pasar el punto más alto de la Revolución [...] sin consolidar la alianza obrero-campesina” (Bartra, 1986, p. 377); en este asunto, Adolfo Gilly discrepa, pues para él, la imposibilidad de concretar la alianza obrero-campesina se debió a la naturaleza misma del movimiento revolucionario mexicano, a la falta de conciencia

e independencia de clase del proletariado, no a un asunto relacionado con el papel del PLM, actor que prácticamente no existe para Gilly (Gilly, 1971).

Otro de los momentos del magonismo con los que la historiografía ha sido particularmente dura, se refiere a la reunión que sostuvieron Ricardo y Enrique Flores Magón por un lado, y Juan Sarabia y Jesús Flores Magón por el otro, a mediados de junio de 1911.

Para ese momento, Ricardo Flores Magón y Juan Sarabia, Presidente y Vicepresidente de la Junta Organizadora del PLM, respectivamente, estaban por cumplir 5 años sin verse; Sarabia había caído prisionero en México durante los preparativos para el levantamiento armado de 1906; en respuesta, Ricardo se las había arreglado para hacer llegar a Porfirio Díaz estas palabras: “Si Juan Sarabia muere en la cárcel, yo mismo le mataré a usted”.

Sin embargo, ahora ambos eran muy diferentes uno del otro y ninguno de los dos sabía qué tanto habían cambiado desde que se vieron por última vez; pues aunque aún no lo hayan reconocido públicamente sus historiadores, Sarabia se había retractado de su intención de implantar los principios del programa de 1906, que él mismo había redactado y por el cual todos los miembros del PLM arriesgaron sus vidas durante casi 5 años, y ahora se conformaba con la renuncia de Porfirio Díaz; Magón por su parte, también había abandonado el programa de 1906, pero para exigir que toda la propiedad burguesa pasase a manos del proletariado en armas.

La admiración que Ricardo sentía por Sarabia, era sólo comparable a la que sentía por Práxedes Guerrero, quien ahora estaba muerto, sin embargo, pese a lo emotivo del momento y a las amenazas implícitas y explícitas que representaba la visita de su hermano Jesús y de Juan Sarabia como emisarios de Madero, Ricardo no aceptó colaborar con el gobierno de Madero, y este hecho, una de sus acciones más congruentes y que mayor admiración debiera causar, le valió desaparecer para siempre de los libros de Historia: por causa de esta negativa, Ricardo Flores Magón y sus colaboradores no sólo fueron enviados de nuevo a la cárcel (por acuerdo de Madero y el gobierno norteamericano), en adelante, RFM dejaría de aparecer en las

historias, siendo expulsado para siempre de la historiografía de la Revolución mexicana, relegando su lucha al papel de precursor ideológico de la lucha armada. A partir de este momento los reflectores se centran en el gobierno de Francisco I. Madero y sus sucesores, los historiadores no volverían a dar cuenta de la existencia de RFM y su lucha hasta su muerte en 1922.

No obstante, como ya explicó José Revueltas, el sectarismo no es una actitud que se asume ante el Partido, sino ante el proletariado (es decir, o se le educa para que avance hasta la conciencia socialista, o no se le educa en lo absoluto); desde esta óptica, no hay lugar para llamar sectario a RFM, quien en todo momento consideró su relación con las masas (y con la educación de estas) su tarea más importante; los desertores de la Junta, en cambio, si bien inicialmente continuaron ejerciendo el periodismo, lo hicieron por muy poco tiempo, ya porque fueran censurados –por el nuevo gobierno *democrático* de Madero-, ya porque participaron en los acontecimientos subsecuentes, antes con las tareas propias de un militar, que con las de un educador de la conciencia del proletariado.

Siendo así, las acusaciones de sectarismo ya no aparecen como parte de una sabia reflexión de especialistas en el tema, sino más bien como un descuido; los historiadores quieren expresar la marginalidad creciente del magonismo utilizando un término: *sectarismo*, evitando reflexionar con la profundidad necesaria sobre las causas de dicha marginalidad: la represión maderista, la falta de compromiso de los desertores con la lucha contra el Capitalismo, el reflujo normal de todo movimiento revolucionario, etc.

Por ejemplo, cuando se asegura que “una de las principales debilidades del PLM, fue no lograr penetrar en el medio campesino” (Hernández, 1984, p. 168), se está abordando un problema real: las múltiples dificultades de la prensa magonista para propagarse fueron un hecho, y no sólo en el medio campesino; sin duda habría sido una actitud sectaria suponer de alguna manera que el campesino, por su propio atraso, constituía un elemento reaccionario y por lo tanto no debía priorizarse su integración al proceso revolucionario; pero sucedió todo lo contrario, Magón tuvo que librar una amarga disputa editorial en contra de los anarquistas europeos,

quienes consideraban que, por ser los mexicanos mayoritariamente indígenas y no mestizos, campesinos y no proletarios, analfabetos y no letrados, eran incapaces de luchar por metas anarquistas. Pero Magón, deshaciéndose de cualquier actitud sectaria, decide priorizar el involucramiento de los sectores indígenas y campesinos en el movimiento revolucionario.

El señalamiento de sectarismo incluye una arista más; al parecer, por lo que se deduce de la lectura de las obras de los historiadores del magonismo, un requisito indispensable para ser considerado sectario estriba en mantener un número de seguidores considerablemente bajo, además de mantenerlos fuera de los acontecimientos *importantes*; que los seguidores de Magón para el momento de la firma de los Tratados de Ciudad Juárez fueran pocos, no hay duda; pero que Magón se haya mantenido al margen de los acontecimientos *importantes*, no es algo que se pueda decir a la ligera, no olvidemos que en el momento en que Madero asume el gobierno, es el movimiento zapatista quien mejor encarna la ideología magonista, y será quien la mantendrá viva durante los años venideros.

Para el historiador *objetivo*, “lo importante” de la Revolución es lo que sucede en la Ciudad de México (y sus extensiones subsecuentes, como Ciudad Juárez, Aguascalientes, Celaya, etc); pero para nosotros, como para Magón, lo verdaderamente importante, lo que a final de cuentas iba a decidir de qué lado se iba a inclinar la balanza de la correlación de fuerzas, era la educación política de las masas; esto lo entendieron en su momento todos los actores relevantes de la Revolución mexicana (por eso unos se dedicaban de tiempo completo a educar, y otros, también de tiempo completo, a evitar dicha educación), parecen ser los historiadores los únicos que no se percatan de la importancia de esta actividad.

Para Madero, como para Díaz o Carranza, lo importante no era el número de magonistas en armas, sino la naturaleza del movimiento, ellos entendieron en todo momento que las posibilidades de concretar sus respectivos proyectos de clase, estaban atravesadas por el papel de educador de la conciencia que estaba realizando *Regeneración*, por eso lo combatieron con la mayor prioridad posible; en cambio los historiadores, cuando no encuentran la firma de Ricardo en los Tratados

de Ciudad Juárez, el Plan de Guadalupe o en la Constitución de 1917, terminan considerándolo inválido, o poco importante.

Entendemos que la acusación de sectarismo que la historiografía hace a RFM, parte de una situación incuestionable: que las fuerzas capaces de transformar la sociedad del Capitalismo al Comunismo, fueron siempre inferiores a las fuerzas conservadoras y contrarrevolucionarias (de hecho, hasta ahora, esto ha sido válido en todo tiempo y lugar), pero no hay que perder de vista que, también en todo tiempo y lugar, esta correlación de fuerzas es susceptible de cambiar radicalmente; esto, como ya dijimos, fue en su momento comprendido por todo los actores políticos que fueron a la revolución, sólo a los historiadores les escapa a la vista este hecho.

Entonces, ¿qué significa ser sectario de acuerdo con la producción historiográfica sobre el magonismo? Aunque ya planteamos esta pregunta, conviene precisar algunas observaciones más.

En este sentido, recordemos que a medida que transcurría el año de 1911, la Junta se aislaba más y más, en efecto: cada vez más, antiguos liberales daban su voto de confianza al maderismo; Padilla señala que las divisiones en el núcleo de la Junta “pronto se convirtieron en abierto sectarismo por parte de los integrantes del ala radical”² (Padilla, 1984, p. 173), sin embargo, el “sectarismo” de RFM al negarse a

² Aunque no lo desarrollaremos por cuestiones de tiempo, queremos aquí llamar la atención sobre un tema: Hernández Padilla nombra “moderados” a los miembros de la Junta liderados por Juan Sarabia, a la vez que llama “radicales” a quienes se agrupan en torno a RFM; como hacemos manifiesto, parte de nuestra tesis consiste en demostrar que caracterizar como “moderados” a unos y “radicales” a otros, no solamente resulta impreciso (puesto que como el tiempo lo demostró, lo que hacía diferentes a estos dos grupos no era su táctica, sino sus fines), sino perjudicial. No obstante nuestro rechazo a la caracterización que Hernández hace de ambos grupos, nos resulta aún más llamativa la caracterización que hace de los mismos Claudio Lomnitz, quien se refiere a ambos grupos en términos de “el ala anarquista” y “el ala socialista” de la Junta; por supuesto, negamos rotundamente la caracterización del grupo encabezado por Juan Sarabia y Antonio I. Villarreal como “socialistas”, sin embargo vale la pena hacer algunos señalamientos al respecto; después de su separación de la Junta, Juan Sarabia fundó y dirigió el periódico *El Socialista* en la Ciudad de México, no solamente esto, sino que además Juan Sarabia, quien tuvo una activísima vida política hasta su muerte en 1920, gozó de una popularidad entre sus contemporáneos que sólo era comparable con la de Francisco I. Madero; pues entre quienes escribieron sobre Sarabia, es común observar que se refieren a él como un *apóstol de la revolución*, un *santo* (de hecho, muchos de los revolucionarios que abandonaron definitivamente a RFM, lo hacían por el simple hecho de que este hablara

cooperar con el gobierno de Madero, no nos parece en realidad tal cosa; la consideramos simplemente una manifestación temprana de la amplia oposición que enfrentaría el gobierno maderista momentos más tarde, pues apenas tres semanas después de su toma de posesión, el zapatismo se alzaría en armas, dándole la razón a RFM, y dejando en una situación bastante incómoda a aquellos que, habiendo emprendido la lucha contra el porfirismo y adhiriéndose al maderismo en nombre de los que sufren, se encontraban ahora del lado contrario a ellos, enfrentados directamente a aquellos por quienes decían luchar.

Tal vez habría habido espacio para que se calificara de sectaria a la Junta, pero el levantamiento zapatista confirmó lo que sus desertores habían tratado de ocultar todo el año de 1911: que Magón tenía razón al haber resistido, sin duda llegó a equivocarse en algunos asuntos o algunos momentos, pero había hecho lo correcto al resistir; este acto, aunque le valió el repudio de sus ex compañeros, le ganó a Magón el reconocimiento que necesitaba, el de quienes trabajaban la tierra: en

despectivamente de Sarabia). Lo que salta a la vista, es esta pregunta, si Juan Sarabia era socialista ¿por qué el Socialismo no cobró en México el prestigio del que el mismo Sarabia gozaba?

Cuando revisamos la correspondencia de RFM durante los años 1911-1912, vemos cómo antiguos camaradas, al tiempo que le invitan a retornar a México, le invitan a *abandonar sus ideas socialistas*, mismas que, dicen, *no son todavía realizables, ni aún lo serán dentro de algunos miles de años*, sin embargo, en esos mismos años, Juan Sarabia publicaba en la Ciudad de México artículos periodísticos en los que se “exhibía como un Marx” (RFM dixit), lanzando loas al Socialismo; nacen de aquí dos tareas: por un lado hace falta sentenciar si, acorde a sus prácticas y a su actividad periodística, Juan Sarabia puede ser considerado efectivamente socialista o no (pues llama la atención el hecho de que los socialistas mexicanos, cuando buscan el origen histórico del Socialismo en México y sus manifestaciones, acuden a RFM y no a Juan Sarabia, quien, prácticamente ha sido ignorado por la historiografía) y por el otro lado, surge la necesidad de conocer por qué, siendo Juan Sarabia una de las mayores autoridades morales entre los revolucionarios, y siendo a la vez un activo propagandista del Socialismo, no logró hacerlo arraigar ni entre los revolucionarios que lo admiraban, ni entre la clase obrera.

Por las razones que nosotros exponemos en este trabajo, nos abstenemos de considerar socialista a Juan Sarabia, debido al desarrollo y al resultado final de su trabajo en el gobierno de Francisco I. Madero; sin embargo, como argumentamos para el caso de RFM, no por una causa no haber vencido, debe considerarse incorrecta, por lo tanto, se hace necesaria una investigación seria y detallada sobre la vida política de Juan Sarabia, su militancia, cómo definió él mismo su credo político, por qué decidió romper con Francisco I. Madero durante los últimos meses de su gobierno, cuál fue su balance sobre los acontecimientos de febrero de 1913, etcétera.

adelante, los zapatistas hicieron suyo e inmortalizaron el lema magonista, “Tierra y Libertad”.

Visto desde este ángulo, la resistencia de la Junta a cooperar con el gobierno de Madero ya no aparece como una acción aislada, sino como un anuncio de lo que Magón ya había declarado: la Revolución no había terminado con la huida de Porfirio Díaz, lo que Madero representaba, no era la revolución en sí, pues esta continuaría aún en su ausencia. No cabe duda de que, leyendo directamente a Ricardo a través de *Regeneración*, se descubre que, en el tema del sectarismo, Magón resulta ser totalmente diferente a la imagen que de él han creado sus historiadores. Si no es del número de militantes, ni de su actitud frente a la educación política del proletariado de donde vienen las acusaciones de sectarismo, ¿de dónde proceden entonces?

Más todavía, ¿cuál es la base de la acusación de sectarismo? Hasta ahora los historiadores no han dado respuesta; parece ser, porque la evidencia así lo prueba, que la acusación de sectarismo no tiene en realidad ningún respaldo teórico, ni práctico, sino que es una herencia que se transmite generacionalmente, de obra a obra, sin que el nuevo historiador tenga la iniciativa de ahondar en la acusación.

No vemos razón para seguir sosteniendo la acusación de sectarismo, pues los revolucionarios magonistas, en algunos casos inclusive, a pesar de la negativa explícita de los rebeldes maderistas de siquiera considerar el programa de 1906, participaron en las acciones armadas encaminadas a derrocar el gobierno de Díaz (Lomnitz, 2016, p. 394), e hicieron esto obedeciendo instrucciones dadas por el propio RFM.

De hecho, durante todo el año de 1912, el llamado de Flores Magón a los revolucionarios es a que se integraran a cualquier fuerza política (orozquista, maderista, incluso reyista) con el objetivo de hacer propaganda entre sus filas y de obtener armamento; es decir, la orden dada por Ricardo es a resistir a las maniobras de las fuerzas revolucionarias burguesas en el momento de la caída de Díaz, antes

que a enfrentar abiertamente a Madero, asunto cuya importancia los historiadores se han negado a reconocer.

Por supuesto, Ricardo mantiene una actitud crítica para con sus aliados, mas no sectaria, y así fue hasta sus últimos días, veamos este ejemplo concreto en una carta a Elena White de septiembre de 1921, refiriéndose a las uniones estadounidenses:

Es cierto, y muy cierto, que el sindicalismo que tenemos aquí, en este país, ha degenerado; pero es el único que tenemos y con el cual estamos obligados a tratar, con lo que es y no con lo que pudiese ser [...] cuando no hay tiempo que perder, cuando la crisis puede comenzar en cualquier momento [...] debemos trabajar con el mejor instrumento o el menos dañado que tengamos a la mano. (Ricardo Flores Magón, *Antorcha.net*, http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/politica/epis/carta_elena_19_septiembre_1921.html)

Las acusaciones de “sectarismo” a RFM constituyen un doble error; en primer lugar, porque el historiador no expone de manera clara lo que para él significa ser sectario; en segundo lugar, porque como ya quedó expuesto, Magón no solamente no renunció tajantemente a la posibilidad de admitir alianzas, sino que mantuvo a toda costa y en todo momento la alianza más importante para el revolucionario anticapitalista: la alianza con el proletariado del campo y la ciudad.

Después de todo, la profecía hecha por Magón resultó ser cierta: resistir a Madero no haría perder las conquistas revolucionarias de 1910-1911, como supusieron los maderistas, sino que las profundizaría, como quedó demostrado durante el periodo 1913-1917.

B) EL RADICALISMO

Otra conclusión general por parte de los estudiosos del PLM es la de su “radicalismo”. En este aspecto todos están de acuerdo: el PLM fue el actor *más*

radical de la Revolución, y de principio a fin, continuó un proceso de radicalización que llevó al Partido a su aislamiento y posterior desaparición.

Sin embargo, de nueva cuenta, la acusación de radicalismo no encuentra fundamentación de ningún tipo en las obras de los historiadores del magonismo; no obstante, es sencillo adivinar la motivación detrás de esta inculpación: para los historiadores, ser radical significa, por un lado, luchar por demandas (y a través de medios) que se encuentran fuera de lo permitido por la legislación burguesa, y por el otro, aspirar a transformaciones profundas, que vayan más allá de cambios en los puestos públicos, que toquen a la propiedad privada sobre los medios de producción.

Es notorio que los historiadores no ponen el debido cuidado en determinar lo que entienden por radicalismo, no explican por ejemplo, si existe alguna diferencia entre como perciben el radicalismo hoy, y como pudo haberse entendido hace 100 años; si bien es cierto que la acusación de radicalismo no siempre apunta a un aspecto negativo, actualmente sí reviste un halo de incorrección; en el lenguaje político, lo radical es no sólo lo peligroso, sino lo incierto, lo arriesgado, a veces hasta lo injusto: basta con ver un par de horas las noticias por televisión para entender a qué tipo de actores políticos o sociales se les asocia con el radicalismo.

Es cierto que los historiadores no se refieren al radicalismo como algo necesariamente negativo; Hernández Padilla señala que fue su radicalismo lo que les ganó a los dirigentes del PLM el apoyo de los obreros en Río Blanco en los años previos al estallido revolucionario (Padilla, 1984); Lomnitz también caracteriza a los magonistas como radicales, pero no lo hace en un sentido peyorativo (Lomnitz, 2016, p. 394).

Sin embargo, la misma adhesión del magonismo al radicalismo es señalada repetidamente como la causa (y justificación) de su derrota; el historiador celebra el radicalismo del PLM en su lucha contra el gobierno de Díaz, pero lo condena cuando se hace otro tanto contra el gobierno de Madero, gobiernos que para RFM eran uno mismo respecto a su actitud para con el proletariado.

De nueva cuenta, el historiador silencia los argumentos que Magón utiliza para sostener su papel como opositor al nuevo gobierno, esto por un lado; por el otro, persiste la tradición de no explicar en qué consisten las acusaciones que se le hacen. Como ya atestiguamos al inicio de la investigación, Paulo Freire tiene una noción clara de lo que para él significa ser radical; los historiadores del magonismo aún no la tienen.

Desde la ruptura pública de Magón con Madero en febrero de 1911, los historiadores toman partido por este último; la mayor prueba de esto está en el hecho de que, a partir de ese momento, los historiadores censuran todos los argumentos que Magón ofrece para justificar su llamado a no soltar las armas; los argumentos magonistas, tales como el de “no esperar el ‘triumfo’ para, entonces, tomar la tierra, puesto que el triunfo consiste precisamente en la toma de la tierra” (Barrera, 2014, p. 107), han sido sistemáticamente desestimados por los historiadores.

A nuestro juicio, al igual que para Freire, el radicalismo no debería tener una connotación negativa; si la tiene, es precisamente porque las clases dominantes se han encargado de otorgársela, esto no es sorpresa, lo que sí lo es, es que los historiadores parecen adherirse a esta definición sin problema alguno.

Ni hoy ni en el tiempo de la Revolución podemos ser tan simples (ni tan ingenuos) como para condenar todo acto de radicalismo; la negación de todo tipo de violencia implica también la negación de toda transformación social en perjuicio de los intereses de la clase propietaria. Sectarismo y radicalismo son términos que la derecha política utiliza actualmente para atacar a la izquierda, no deberían ser términos que utilicen los historiadores para referirse a quienes caracterizaron al maderismo como una fuerza política que probablemente prolongaría las condiciones de vida del Porfiriato.

Sin ser de derechas ¿quién puede declarar lo que es radical y lo que no? O mejor dicho ¿quién puede declarar que lo radical es incorrecto, y no correcto, o viceversa?; cuando lo que se combate es al capitalismo mismo, y no sólo a alguno de sus representantes, ¿existen medios que puedan considerarse “radicales”; hay métodos

que, en la lucha contra el capitalismo, puedan considerarse exagerados, sobredimensionados?

Como sabemos, en el caso de los tres hermanos Flores Magón, Ricardo y Enrique fueron siempre tachados de radicales, mientras que el hermano mayor, Jesús, no lo fue; Jesús Flores Magón era “moderado”, por lo que aceptó el gobierno de Madero, pero se olvida de él que también aceptó el gobierno de Victoriano Huerta (González, 1962, p. 21).

¿No es Madero, debido a su falta de “radicalismo”, el responsable de los acontecimientos de febrero de 1913 por considerar “radical” el licenciamiento de los militares porfiristas? Hacernos preguntas de este tipo nos parece necesario si vamos a lanzar la acusación de radicalismo (ya en sentido positivo, ya en sentido negativo). No estaría de más recomendar a los historiadores utilizar un par de páginas de entre sus textos para explicar qué es lo que entienden por radicalismo.

De cualquier modo, más que procurar un distanciamiento entre el magonismo y la idea del radicalismo, lo que nos interesa es plantear que aquello que se señala como radical, en realidad constituye un punto a favor, y no en contra, a la hora de plantearse la lucha política contra el capitalismo; sin embargo, no podemos perder de vista que la caracterización de un movimiento político como “radical”, siempre va a generar en el espectador una reacción negativa, y que no siempre vamos a tener el tiempo de aclarar qué fue “lo que quisimos decir”, y no “lo que se entendió” cuando acusamos a un movimiento político de ser radical.

Afortunadamente, tuvimos siempre en Ricardo un excelente representante de la adhesión irrestricta al radicalismo, gracias a ello, muchos revolucionarios mexicanos llegaron a entender la necesidad, olvidada por algunos³, de que cualquier propuesta

³ González Monroy nos recuerda cómo a los sucesos que desencadenaron el asesinato de Madero y Pino Suárez, antiguos revolucionarios maderistas como Luis Cabrera, y maderistas no revolucionarios como Jesús Flores Magón respondieron con un “hay que aceptar los hechos consumados”; por el contrario, el constitucionalismo encabezado por Venustiano Carranza, aunque de manera no intencional, permitió la reincorporación y aumentó la participación de representantes populares en la lucha armada, mismos que aunque al final fueron derrotados (Villa, Zapata, Lucio Blanco, Múgica, Salvador Alvarado, Felipe Ángeles, etc.), inclinaron los acontecimientos políticos posteriores en favor de los intereses de las mayorías (González; 1962: 21).

política, si quería tener posibilidades de triunfar, tenía que ser acompañado por el recurso de las armas; haber olvidado esto definitivamente, como hubiera querido el gobierno de Madero, habría hecho que toda transformación se hubiera quedado en buenas intenciones.

Si hay algún reproche que hacer ¿no debería hacerse a quienes por no mantener una postura radical, pusieron en riesgo todo el proceso de transformación social de los años posteriores? Transformación que aunque no logró las conquistas planteadas por Magón, representa para nuestra historia definitivamente un paso adelante en comparación con el pasado porfirista y los limitados alcances del maderismo.

Muchos maderistas, en su relación con los magonistas, sí tuvieron que marcar una distancia respecto del radicalismo, por ejemplo, Juan Sarabia, habiendo “depurado su alma de toda doctrina radical” durante su prisión, consideró que “lo esencial –del movimiento revolucionario- era que cayera la Dictadura, y se conquistaran libertades políticas dentro de las que sería posible emprender más avanzadas conquistas”, a este argumento (calificado por Hernández Padilla de “admirable defensa de su posición ideológica”), utilizado por múltiples maderistas, Magón respondía, en un artículo de *Regeneración* del 2 de marzo de 1912:

-los socialistas políticos- os hablan de la ‘necesidad’ de que los trabajadores tengan representación en las cámaras legislativas, y os dicen eso precisamente en estos momentos de pujante acción cuando los campesinos, con las armas en la mano, toman posesión de la tierra [...] ¡Valiente oportunidad escogen los señores embaucadores del proletariado para predicarles a los trabajadores la acción política! [...] tratan de adormecer la poderosa energía revolucionaria de que está dando buena prueba, para convertirlo en rebaño electoral [...] ¡Nada; basta de farsas, señores embaucadores! Alrededor de vosotros las muchedumbres se baten bizarramente por conquistar Tierra y Libertad, y es una estupidez cuando se está en presencia de tal derroche de energía, de valor, de arrojo, de hombría, aconsejar el pacifismo, hacer la apología de la boleta electoral (Barrera, 2014, p. 119).

Resulta poco menos que sospechoso, notar que, de nuevo, argumentos como este no aparezcan en la obra de ninguno de los historiadores; es bastante notorio que las razones que aduce Magón con cada uno de sus llamados a continuar la lucha armada después de mayo de 1911, son desestimadas por sus historiadores, consideradas erróneas. Pero en este razonamiento, Magón tenía indiscutiblemente

la razón, los mexicanos, en ese preciso momento, se batían armas en mano: habían pasado cien años, y aún pasarían cien años después, sin que el proletariado mexicano tuviera la oportunidad de luchar dentro de márgenes más amplios que los que tradicionalmente permite la burguesía; aquellos eran años que no habrían de repetirse, tomar la oportunidad de reclamar por las armas todo lo que se pudiera lograr es un argumento cuya validez ha quedado demostrado plenamente durante las décadas que abarcó el movimiento armado.

No hay que olvidar además, que en pleno proceso de “depuración de toda doctrina radical”, Sarabia fue encargado por el gobierno de Madero para lograr la rendición de Zapata, sorpresa debió llevarse al darse cuenta de que el radicalismo denunciado en Ricardo no se reducía a un puñado de necios expatriados, sino que ahora abarcaba a todo el estado de Morelos y partes considerables de estados vecinos; el papel de Sarabia como pacificador de los zapatistas fue célebremente triste, tal como fue el de Villarreal, quien, después de haber aceptado ser desterrado por Madero a Europa, volvió después a México a jugar un intrascendente papel en el constitucionalismo: según Ethel Duffy Turner, en agosto de 1914 Zapata le dijo en la cara a Villarreal: “Usted se dice revolucionario, hijo de la ch...” (Turner; 1960).

Sarabia murió relativamente pronto, en 1920, sin realizar papel alguno que hasta ahora haya sido calificado de importante; Antonio Villarreal por su parte, tuvo tiempo de sobra para probar que Magón no se había equivocado en su caracterización: Villarreal se dedicó en adelante a secundar asonadas militares, sin realizar ningún tipo de trabajo político relacionado con la educación de los trabajadores, antes bien, sabotando a los zapatistas y villistas en la Convención de Aguascalientes.

De hecho, en esta disputa entre los desertores de la Junta y quienes permanecieron en ella, contada por los historiadores, no solamente no se citan los argumentos de RFM, sino que tampoco aparecen los argumentos de los desertores; literalmente podemos decir que en este asunto, los historiadores no le quitan la razón a Magón para dársela a los desertores, sino para dársela a sí mismos, pues si bien resulta complicado encontrar la opinión de Ricardo entre las obras de sus historiadores, más difícil es encontrar referencias a la postura de Juan Sarabia y de Antonio

Villarreal, quienes de hecho publicaron un periódico en el que plasmaron sus ideas una vez distanciados de la Junta, periódico que todavía no ha sido citado por los historiadores del magonismo (con excepción de Hernández Padilla).

Hablando del tema del radicalismo, podemos decir, para referirnos a las distintas banderías políticas y sus afiliados, que aunque en todas ellas había militantes dispuestos a utilizar la violencia como también había quienes no estaban dispuestos a hacerlo, sin embargo, para el caso específico de Madero y Magón, tenemos que abrir un paréntesis.

Las diferencias entre Madero y Magón no se debieron a un mero asunto de radicalismo: ambos agitaron políticamente en contra del gobierno de Díaz, ambos iniciaron procesos de organización de la oposición política, ambos fueron a las armas cuando las condiciones lo exigieron; no se trata de un asunto de mayor o menor radicalismo, sino de los objetivos de cada uno de los dos partidos, objetivos que como hemos notado a partir de la lectura de las obras de los historiadores, no son compartidos por la mayoría de estos. Magón lo expresó mejor de lo que nosotros habríamos podido hacerlo:

Francisco I. Madero es un hombre de buena fe que ha sacrificado su tranquilidad y ha hecho lo que pocos hacen: desprenderse de sumas cuantiosas en pro de sus ideales. Ha luchado como bueno; pero sus ideales no son los del proletariado; sus ideales son los de la burguesía [...] Madero cree que un partido de la burguesía puede operar el engrandecimiento de la raza mexicana, mas [...] los partidos burgueses desde la Revolución francesa hasta nuestros días [...] no se han preocupado de otra cosa cuando están en el poder que en el beneficio exclusivo de las clases altas de la sociedad (Barrera, 2011, p. 73).

Quizá ahora nos resulte un poco interesante notar que no nos es para nada familiar alguna obra histórica que lleve un título parecido a “Madero el radical armado”, o “La radical Revolución Maderista”. El asunto de fondo no son los medios que adopta la lucha, sino sus fines; para identificar claramente esto y lo que implica, ser buen historiador no basta, hay que tomar partido por alguna de las clases sociales en pugna.

Así pues, como los eventos lo demostraron, el empleo de las armas contra la dictadura porfirista y después para resistir a Madero no se trató de un simple acto

de radicalismo, sino de un medio utilizado de hecho por todas las facciones revolucionarias y contrarrevolucionarias de la época, lo que diferenciaba a Magón fue su compromiso con la clase trabajadora, su disposición a seguir educando la conciencia popular aún con las condiciones en su contra.

Por lo demás, que Magón haya propuesto al proletariado mexicano continuar la lucha armada aún después del tratado de Ciudad Juárez, fue tácticamente correcto, pues como lo demostraron la insurrección zapatista y la después llamada revolución constitucionalista, el terreno político fue durante estos años más propicio para la acción armada que para la acción parlamentaria.

Como historiadores, nos debe resultar una exigencia explicar la acusación de radicalismo, pues esta puede adquirir un sentido negativo incluso aun cuando no lo queramos; sostenemos como Magón, que en 1911 fue necesario radicalizar la revolución (contrariamente a lo que aseguran los historiadores democrático-burgueses), pues el magonismo estaba consciente de que no haría falta esperar a ver el camino que tomaría el gobierno de Madero, puesto que para eso precisamente existían precisamente ellos como dirigentes del proletariado, para descubrir los intereses de clase detrás de los distintos actores políticos; por otro lado, parece que tenemos que “aclarar” que, hacia 1920, Magón no estaba pensando en salir de la prisión para volver a México a empuñar un fusil, sino que se ha dado perfecta cuenta del fin de la revolución armada, y se plantea regresar a México a reeditar *Regeneración*, por lo que la acusación de ser un radical intransigente (si se piensa hacer), tiene que ser situada históricamente, y analizada con más elementos de los que hasta ahora han podido aportar sus historiadores.

De hecho, si somos un poco observadores, veremos que fueron los constitucionalistas, y no los magonistas, los que demostraron siempre un mayor radicalismo (no olvidemos, por ejemplo, la actitud de Venustiano Carranza para con José de la Luz Blanco cuando este, apenas iniciada la revolución constitucionalista y la victoria del carrancismo aún no podía ser predicha, actuó en contra de los intereses de la burguesía; Carranza sancionó públicamente a Blanco cuando este repartió entre los campesinos los terrenos de una hacienda y lo obligó a devolverlos

al hacendado, poniendo con ello en riesgo su alianza con elementos militares de la talla de Blanco y Francisco J. Múgica; la defensa de los intereses históricos de la burguesía fueron siempre para Madero y Carranza más importantes que sus disputas interburguesas). Incluso de Madero podríamos decir que fue “radical” en ciertas decisiones, pues a pesar de tener la posibilidad (por causa de su legitimidad) de obligar a los liberales a rendirse a mediados de 1911, decidió en cambio ejecutarlos, lo cual, recordemos, no hizo con los militares porfiristas, quienes en 1913 le harían pagar ese error.

Conociendo la actitud de Madero para con los revolucionarios zapatistas durante su gobierno, ¿qué se puede argumentar en contra del “radicalismo” de los anarquistas de la Junta, si fue esto mismo lo que, no solamente les salvó la vida en ese momento, sino que los alejó de colaborar con un gobierno que había continuado la guerra de despojo contra los indígenas y los campesinos, en beneficio del capital? Si Magón, renunciando a su “radicalismo”, hubiera accedido a colaborar con el gobierno de Madero, ¿contamos con elementos para imaginar para él un destino distinto al del propio Madero?

C) EL IDEALISMO Y EL UTOPISMO

En términos de las posibilidades de la transformación del mundo, el idealismo se encuentra en el polo opuesto del materialismo; acorde con la teoría marxista, el idealismo está identificado con el socialismo utópico, de la misma manera en que el materialismo se identifica con el socialismo científico.

El magonismo, cuya práctica se encontró siempre más cerca del socialismo científico que del socialismo utópico, no obstante ha sido constantemente calificado de *idealista*; incluso sus más acérrimos defensores, como es el caso de Gómez-Quiñones, no pueden escapar a la idea de asociar al idealismo los objetivos del magonismo (Gómez-Quiñones, 1973).

Por supuesto, los historiadores que han utilizado este término para referirse al PLM, no lo hacen desde la argumentación teórica; autores que sí procuran hacer un análisis materialista de la acción pelemista (como Armando Bartra), no utilizan el término “idealista”. Sin embargo, debemos mencionar que el evitar describir al lector lo que es o no es el idealismo, no constituye un punto a favor de los historiadores, todo lo contrario; el asumir implícitamente que el magonismo fue idealista simplemente porque aspiraba a lo *imposible* (el traslado de la propiedad de manos burguesas a manos proletarias en ese momento) es más grave que señalar que esta o aquella táctica magonista estuvieron basadas en concepciones idealistas de la lucha revolucionaria, y demostrarlo.

Acusar de idealista una causa política cualquiera es uno de los recursos más simplistas, y a la vez efectivo, del que puede valerse la burguesía para descalificar cualquier trabajo de oposición, y es especialmente efectiva cuando se utiliza en contra de los movimientos antisistémicos, logrando en el magonismo casi el mismo efecto anulador resultado de la acusación de filibusterismo, utilizado en su momento por el porfirismo en contra de los hermanos Magón: la acusación de “idealista”, es seguramente una de las que más daño pueden ocasionar a una causa política, y que esta acusación sea utilizada por los propios historiadores resulta particularmente perjudicial, porque son ellos los “expertos”, son quienes “saben”, y al mismo tiempo son encargados de dar cuenta de los acontecimientos que no nos tocó vivir.

En este sentido llama la atención el texto escrito por Manuel Ponce Rascón (Ponce Rascón, 2008), quien considera utópica la propuesta magonista, mas no idealista; a pesar de esto (pues Ponce considera y explica por qué para él lo utópico no es inalcanzable), el balance que obtiene Ponce (licenciado en filosofía, no en historia) es positivo, calificando las propuestas magonistas como “de las más sólidas y ricas que puedan existir”, y esto sucede principalmente debido a que sí basa su investigación en los textos escritos por Ricardo.

De pies a cabeza, la obra de RFM está colmada de apuntes sobre las condiciones indispensables para el establecimiento de la sociedad anarquista, condiciones todas

que se basan en el compromiso que para con ello tenga la sociedad, no en algún tipo de visión de lo teleológicamente preestablecido; por ejemplo, en los preparativos para la promulgación del Programa de 1906, se declara:

No se puede decretar que los funcionarios sean modelos de honradez, pero sí se puede obligarlos a que lo sean [...] No nos preocupemos por poner en nuestro Programa principios hermosos y justos; mejor propongámonos vigilar sin tregua a ese Gobierno y estar siempre listos para castigar el menor de sus excesos (Barrera, 2017, p. 127).

En nada se parecen las declaraciones de este tipo, a las de Lomnitz, cuando supone que los liberales a su vez suponen que una vez iniciada la Revolución, “una fuerza liberadora mundial remontaría desde el fondo” y “se encendería una masiva transformación colectiva” (Lomnitz, 2016, p. 542).

Nada tiene esto que ver con las ideas sostenidas por RFM; aunque se hace de manera habitual –como lo hace Lomnitz-, la “idea magonista” de que, apenas viéndose librado el pueblo mexicano de las garras de Díaz, todo mundo se daría un abrazo fraternal, para, apenas terminado este, iniciar la construcción de la sociedad perfecta, no existe; esta idea no pertenece a Flores Magón; este tipo de idealismos no tiene respaldo en su obra escrita, Magón sabía que incluso la más mínima transformación que se lograra, implicaba no sólo el esfuerzo consciente por conquistarla, sino su posterior vigilancia como medio para garantizarla.

Es de hecho esta una de las razones por las cuales hemos decidido continuar el uso del término “magonismo” (mismo que el propio Ricardo rechazó en su momento), porque el magonismo no es el anarquismo a secas –de tipo bakuninista– sino que se nutre al mismo tiempo del anarquismo y del marxismo (Ojeda, 1967, p. 75).

No se puede decir de Ricardo que haya sido un anarquista sin más ni más, debemos analizarlo de manera crítica y bastante bien detallada. No hay en Magón ningún tipo de adhesión acrítica a los principios idealistas del anarquismo, todo lo contrario, por ejemplo, cuando se le reprocha el haber desatado el conflicto con Madero en febrero de 1911, él responde: “yo no adulo ni a los tiranos ni a las masas; yo no me someto

ni al capricho de uno, ni a la voluntad de muchos” (Barrera, 2014, p. 148). RFM no comparte la idea de la existencia de ese espíritu comunista innato en los seres humanos, como equivocadamente supone Lomnitz (Lomnitz, 2016, p. 542).

La tenacidad con la que Magón se propuso acometer a Madero, a Huerta, a Carranza, es prueba de que él nunca se sintió conocedor de ningún futuro preestablecido, sino que el destino de la lucha dependería de la tendencia que se le diera a la misma, y sobre todo, de que se luchara. Para RFM no hay nada escrito, hay que luchar; de esto puede percatarse cualquiera que haya leído sus textos, pero para ello, hay que, precisamente, leerlo. Para ello, basta citar algunos ejemplos:

“compañeros, no dejéis a las clases llamadas directoras la tarea de pensar por vosotros y de arreglar la revolución de modo que resulte favorable a sus intereses. Tomad parte activa en el gran movimiento que va a estallar y haced que tome la dirección que necesitáis para que la revolución sea esta vez provechosa a la clase trabajadora” (Barrera, 2011, p. 58).

“El Capital, según la Economía Política, es trabajo acumulado. La maquinaria, los edificios, los buques, las vías férreas son trabajo acumulado, esto es, obra de trabajadores intelectuales y manuales de todas las épocas hasta nuestros días, y, por los mismo, no se ve la razón por la cual ese Capital deba pertenecer a unos cuantos individuos” (Barrera, 2011, p. 60).

“Todos los pueblos de la tierra están divididos en dos clases forzosamente antagónicas: la clase rica y la clase pobre. A la clase rica le conviene que haya pobres, porque el trabajo de estos asegura a esa clase una existencia descansada[...] El partido maderista representa los intereses de la clase rica[...] pero se me dirá: si Díaz es el representante de la clase rica, ¿por qué Madero, que es rico, está contra Díaz?[...] Un determinado número de individuos lograron acaparar en México todos los mejores negocios [...], los ‘científicos’. Por ese hecho se verificó en el seno de la burguesía misma una división. Los burgueses a quienes no tocaron ningunos negocios o les tocaron los más malos, se rebelaron contra los burgueses que habían atrapado los mejores[...]

Mientras los ‘científicos’ no habían hecho el monopolio de los grandes negocios, Madero y todos los burgueses que están en el movimiento actual revolucionario no habían pensado siquiera en hacer una oposición pacífica a Porfirio Díaz [...]Madero mismo, en [...] *La Sucesión Presidencial*, adulaba al viejo mentecato, contra el cual está ahora en abierta rebelión[...] diciendo además que le repugnaban los derramamientos de sangre.

Es la historia de todas las revoluciones netamente políticas: una parte de la burguesía que se vuelve contra la otra parte más privilegiada” (Barrera, 2014, pp. 282-287)

“Madero necesita gente; Vázquez Gómez necesita gente también. Pues bien, los compañeros que no tengan armas para luchar por nuestros principios pueden hacerse de ellas fingiéndose maderistas y vazquistas” (Barrera, 2014, p. 97)

Una explicación didáctica de los principios del materialismo histórico, una guía para la acción revolucionaria, una escuela de formación política, etcétera; todo esto es el magonismo del que aún no hemos dado la debida cuenta.

No lo dicen con claridad, pero los historiadores que advierten la presencia del *idealismo* detrás de los postulados del magonismo, no están sino confundidos (irónicamente, confundidos por los mismos historiadores a los que han acudido para informarse); Magón en ningún momento de su vida asume que la forma de gobierno (o de no-gobierno) que adoptase el pueblo mexicano, habiéndose ya apropiado de la tierra y de la maquinaria de producción, tenga que ver con la aparición de algún “espíritu” venido de ningún lugar, sino con las formas que los pueblos para ello llegaran a decidir.

Si bien, términos como “ayuda”, “solidaridad”, “hermandad” aparecen por doquier en la obra escrita de RFM, nunca se le confiere a estos una dimensión idealista; si bien estos elementos son considerados importantes para iniciar la lucha contra las injusticias generadas por el capitalismo y para, una vez derribado este, volvamos a ser humanos, no son ellos la base sobre la que funcionaría la sociedad pensada por Magón; son la vigilancia y la dictadura del proletariado (entendida esta de manera particular por RFM) las que cumplirían las metas históricas del proletariado.

En la obra que hemos venido citando del historiador José C. Valadés (obra que contó para su publicación y distribución con el apoyo del gobierno federal), Valadés dice de Magón, que es este un aventurero cuyas acciones son un mero llamado a

“probar suerte”, pues tendía a creerse “todo lo que imaginaba” (Valadés, 1985, p. 87).

Suerte que Valadés deja ver fácilmente las intenciones de su obra sobre la revolución, pues no solamente ataca Magón, sino que hace lo propio con Zapata, mostrando el carácter burgués (mas no contrarrevolucionario) de su texto *La revolución mexicana* (1985), por lo que no es necesario detenernos más en el análisis de esta obra.

Por supuesto, escritores como Ethel Duffy Turner utilizan el término “idealistas” para referirse a los magonistas (Turner; 1960), pero en el sentido de que eran revolucionarios que esperaban de la revolución más de lo que finalmente resultó; no porque los acuse de haber mantenido una práctica revolucionaria equivocada, práctica de la que la propia Ethel fue convencida a participar.

Dicho de cualquier manera, el término “idealista” es uno de los que debemos abolir en lo tocante a la historiografía relacionada con el magonismo, si queremos evitar que los lectores y futuros historiadores asuman que este se trata de un conjunto de sueños irrealizables, de idealizaciones sobre lo que *debería* ser una Revolución, pero que *no es y no puede llegar a ser*.

Dentro de este género de acusaciones, se enmarca la mayor descalificación esgrimida por Lomnitz, cuando explica que “la teoría de la revolución de Ricardo estaba fundada en una ilusión” (Lomnitz, 2016, p. 451), pues, según Lomnitz, los liberales no entendieron que el Estado mexicano era débil, que Díaz no era un soberano absoluto, y que por ende, en las condiciones de una guerra civil, las facciones políticas mexicanas “se fragmentarían en forma tajante y múltiple” (Lomnitz, 2016, p. 452).

Parfraseando al propio Magón: “¿podría decirme el buen Claudio qué relación hay entre una cosa y la otra?” Parece que Claudio Lomnitz busca desesperadamente explicaciones donde no las hay; no sólo dicha fragmentación supondría un punto a favor de los planteamientos tácticos del PLM (pues uno de sus mayores problemas fue precisamente el mando unificado que impuso Madero), además supone que el

aislamiento del PLM puede ser producto de su incapacidad para tomarle el pulso al sistema de alianzas políticas nacido de la caída de Díaz, cuando en realidad se debe a la evidente diferencia de objetivos por los que luchaban cada una de las banderías políticas, objetivos explicados magistral y permanentemente por RFM en *Regeneración*.

Lomnitz es la clara prueba de que cuando no se puede entender la lucha por el comunismo, el análisis del magonismo resulta, por decir lo menos, incompleto; igualmente se evidencia cuando, relatando el regreso de Camilo Arriaga a México, insinúa que el compromiso de RFM con la revolución se debe a que en ello consistía “su única opción honrosa” (Lomnitz, 2016, p. 310), insinuando que el compromiso sincero con la lucha contra el capitalismo carece de bases y de explicaciones materiales.

En lo tocante a la acusación de idealista, el asunto se vuelve un poco más simple en comparación con las acusaciones que hasta ahora hemos venido señalando, en algunos aspectos, y poco menos que imposible, en otros. Los historiadores que acusan a los magonistas de “idealistas”, lo hacen, cuando menos, sin tomar en cuenta la consideración del tiempo histórico; es decir, no negamos que en determinado momento y bajo determinadas circunstancias, las condiciones para la implantación del Comunismo en México hayan quedado parcial o totalmente anuladas, el problema es que el historiador no parece tomarse la molestia de reflexionar sobre el hecho de que, en un periodo revolucionario, los escenarios son cambiantes, y el cuidado que pone la burguesía en el mantenimiento de su hegemonía, debería ser prueba suficiente para entender que, lo que la burguesía entiende como amenazas a su poder, son en efecto amenazas a su poder, aun cuando ya pasado el tiempo este haya logrado mantenerse en pie.

Naturalmente, si cometemos el error que comete Peña Hernández (Peña, 1999, p. 159) y pensamos en RFM encerrado en una cárcel estadounidense, condenado a veinte años de prisión escribiendo cartas inexplicablemente optimistas sobre el futuro de la humanidad, efectivamente, en esta situación todo cuanto pudiera imaginar Ricardo no parece sino un “mero presentimiento del futuro sin posibilidades

de realizarse”, pero no se podía decir esto hacia 1906 por ejemplo, es decir, cuando los planes de la Junta para la toma de Ciudad Juárez no dejaron de tensar los nervios de la dictadura.

En el fondo, tal vez esta es la pregunta que se lanza a los magonistas, cuando se les acusa de idealistas: “¿de verdad se puede transformar la sociedad en los términos que plantea el comunismo/anarquismo?; ¿es posible una sociedad en la que pueda uno llegar a interesarse por los problemas de los demás, pueda llegar a ser honesto, a defender sus convicciones frente a la adversidad?; o para ser más concretos ¿se puede realmente luchar por un programa comunista, y llevarlo hasta su realización última, evitando que degenera en el camino?

Para Magón, en su momento, la duda se planteaba en otros términos: ¿Era necesario atravesar un periodo en el cual, por medio del desarrollo de un capitalismo de Estado, la población fuera adquiriendo la educación necesaria para, posteriormente, *dar el salto* al comunismo?, o, como él sostenía, ¿era necesario derrocar el capitalismo, liberar al trabajador de su opresión, para que pudiera ver el mundo de otra manera, permitiéndole ello comenzar la edificación de la sociedad comunista? Para los historiadores, la respuesta a todas estas interrogantes parece un “no”; sin embargo para nosotros, como para Magón, la respuesta no puede ser ni un “sí” ni un “no”: la respuesta a esta pregunta sólo puede ser dada por la práctica, y no por la teoría; práctica a la que Magón urgía con todos los recursos a su alcance.

En el tema de las diferencias entre una revolución nacionalista, una burguesa, una socialista o una comunista, con el paso del tiempo, se demostró que Magón tenía razones para dudar de las primeras vías; (recordemos que, tan pronto como Manuel Diéguez y Esteban Baca Calderón se encontraron en el poder, antiguos magonistas que habían comenzado su lucha en las minas de Cananea, se olvidaron del anticapitalismo; Cananea no sólo siguió con su trabajo normal, sino que siempre contó con el apoyo del nuevo gobierno “revolucionario” para sofocar las protestas de los mineros; Diéguez fue siempre un incondicional de Carranza, y Baca, en su libro autobiográfico, no se refiere a los conflictos en Cananea cuando él ya no era trabajador de minas, ni aun cuando estas eran reprimidas con energía...) Entonces

¿qué hacer?, ¿cómo debe ser transformada la sociedad, a pasos pequeños, o a grandes saltos? Contraviniendo a los historiadores, quienes se asumen “ya conocedores” de que la propuesta magonista no habría de triunfar (ni entonces ni nunca), nosotros sostenemos que sólo la práctica podrá responder efectivamente a estas preguntas.

A la distancia, si ponemos las grandes aspiraciones del magonismo al lado de lo que finalmente se consiguió, efectivamente no faltará quien considere a RFM un idealista, sin embargo, la sociedad imaginada por Ricardo parece cada día más viable, o, para no equivocarnos, más necesaria; todos los que en aquellos años defendieron la necesidad de la Revolución encabezada por la burguesía nacional antes que por el proletariado, hoy se estrellarían ante la realidad que claramente nos demuestra que no, que el futuro no está siendo tan maravilloso como ellos lo imaginaron; si en su momento hubo dudas para confiar en el camino planteado por RFM, hoy también las hay para desconfiar del camino marcado por los defensores a ultranza de la propiedad privada.

Idealistas hubieran sido los escritos de Ricardo si hubieran sido encontrados en su diario personal, debajo de su almohada; pero todo esfuerzo, por muy grandes que sean sus aspiraciones, por el sólo hecho de ser puesto en marcha, abandona el terreno del idealismo para convertirse en una posibilidad; así lo entendieron Díaz, De la Barra, Madero, Carranza y todos los que persiguieron a la Junta con tenacidad, porque sabían que la sola existencia de esa fuerza, por pequeña que fuera considerada, tenía lo necesario para constituir una amenaza real.

No consideramos que Magón, en ningún momento, haya actuado de manera idealista, ni mucho menos lo acusamos de haber idealizado al proletariado por el sólo hecho de serlo, Ricardo entendió que “los revolucionarios no están sobre las armas por el gusto de ser revolucionarios” (Barrera, 2014, p. 60) sino por una necesidad concreta: la miseria, y no por una mera idea o una buena intención. Si la propuesta magonista era idealista y, por ende, políticamente impotente, ¿por qué la burguesía simplemente no se cruzó de brazos a esperar a que esta se desintegrara por sí misma, por qué la persecución encarnizada?

Regeneración, aún con el hecho de que su publicación y difusión se veían cada vez más mermadas, representó hasta el último de sus días una fuerza política material, no ideal; la lucha de clases no recorre caminos predeterminados, quizá nunca sepamos realmente qué tan lejos o qué tan cerca estuvo la conciencia socialista de completar la tarea histórica del proletariado; el general Francisco J. Múgica contó a uno de sus historiadores que, durante el congreso constituyente de 1917, “los soldados querían socializar la propiedad pero estaban asustados: asustados de sus propio coraje, de sus propias ideas” (Gilly, 1971, p. 226), esto podría ser cierto, como podría también no serlo.

Quizá tampoco sabremos a ciencia cierta en qué medida fue *Regeneración* el periódico formador de esa conciencia, lo que sí sabemos, porque lo vemos ahora con claridad, es que Magón hizo lo que tenía que hacer, si los obreros y campesinos no lo escucharon, porque no quisieron o porque las condiciones de la lucha no lo permitían, ese es otro asunto; causaría verdadera pena voltear la mirada a la gran tragedia mexicana de principios del siglo XX y descubrir que, si no fuera por revolucionarios como RFM, todo mundo habría ido a matarse unos contra otros sin siquiera haberle descubierto el rostro al verdadero enemigo colectivo.

Analizar las victorias y las derrotas sufridas por el proletariado durante la revolución mexicana no tiene que ver con un asunto de idealismos: lo que hace Magón no es idealizar las posibilidades de los revolucionarios a la hora de la lucha, sino mostrarles un camino; RFM tiene además el valor de hacer algo que todavía los historiadores no han sido capaces de hacer: reconocer que, aunque se habían dedicado diez años a la lucha y se habían hecho grandes esfuerzos y sufrido enormes penalidades, hacia 1912 la lucha revolucionaria no iba por el camino correcto; Madero ya no luchaba contra el despotismo, había volcado sus bayonetas contra los zapatistas, y era Magón uno de los pocos que daba cuenta de esta contradicción. Nunca sabremos si, de haber escuchado con atención a Magón, el proletariado habría llegado al comunismo, o cuando menos, a un proceso de desarrollo burgués dirigido por el proletariado políticamente dominante.

Por último, en lo tocante al idealismo y al utopismo, les recordamos a los historiadores que acusan a Magón de haber sido idealista, que Lenin, aún y cuando se percató de que el movimiento *naródnik* en Rusia no tenía posibilidades de alcanzar sus metas (precisamente por contener demasiados elementos idealistas), no lo descartó totalmente, no se dedicó a denostar a los terroristas rusos; todo lo contrario, aprovechó de ellos sus elementos útiles, y además, después de la crítica materialista del problema, intentó solucionar sus fallas, impulsando la creación del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, superando con ello las contradicciones históricas del movimiento *naródnik*.

Dicho esto, como historiadores, si consideramos que el magonismo contiene demasiados elementos idealistas, deberíamos cuestionarnos: ¿qué esfuerzos hemos hecho por superar el idealismo que repetidamente señalamos en RFM? ¿Con qué objeto nos hemos dedicado por décadas a señalar las carencias y errores del magonismo? ¿Con el objetivo de denostarlo, o el de rescatar sus aportaciones?

CAPÍTULO 2

A) LAS ALIANZAS

“No estoy de acuerdo en declarar la guerra contra los marxistas que en todos los países están tratando de derrocar el capitalismo. Esto sería asegurarle la victoria al enemigo común. Estoy a favor de presentar un frente sólido contra él y entonces, cuando el monstruo haya muerto, luchar contra cualquier imposición que quieran hacer los marxistas”.

Carta de RFM a Ellen White, sep/1921

Su independencia constituye “la más inapreciable categoría histórica del proletariado”.

José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*

Frecuentemente se reprocha al líder del PLM el no haber sabido tejer las alianzas que le permitieran a su Partido llegar al poder (Lomnitz, 2016, p. 452); de hecho, como hasta ahora hemos podido advertir, uno de los reclamos principales que se le han hecho, ha sido el de no haber comprendido la necesidad de concertar una alianza con el régimen maderista, de manera que le fuera posible trabajar dentro del país, y no desde los Estados Unidos, donde iría aislándose progresivamente de los acontecimientos en México.

Indudablemente este asunto suscita opiniones diversas, incluso entre quienes manifiestan abierta simpatía por el magonismo, como el historiador y militante de izquierda Rubén Trejo, quien desaprueba el sistema de alianzas indicado por Ricardo a los militantes del PLM (Trejo, 2005, p. 188); sin embargo, vuelve a aparecer el hecho de que ningún historiador ha permitido al propio Ricardo expresarse sobre el tema.

Hacia 1910, si bien no había decaído la voluntad de lucha de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, sus fuerzas se hallaban lo suficientemente mermadas como para suponer que, por sí sola, no sería capaz de iniciar un poderoso movimiento armado; la revolución no había podido arrancar ni en 1906 ni en 1908

como lo había deseado la Junta, misma que acababa de purgar una condena de dos años de prisión en Estados Unidos; en México no solamente se había desatado la represión violenta sobre todo aquel que simpatizaba con los simpatizantes de RFM (incluso contra los lectores de *Regeneración*), sino que Juan Sarabia, en ese momento la figura más importante e influyente entre los revolucionarios, se encontraba preso en San Juan de Ulúa. Todos los grupos revolucionarios magonistas, formados desde 1901, se hallaban entonces bajo el asedio porfirista, debido a que su correspondencia había sido intervenida.

Esta situación no era subestimada por RFM, quien consideró positivo el anuncio de Madero sobre el levantamiento en armas que llevaría a cabo la tarde del 20 de noviembre de 1910; Ricardo, quien ya había fijado para septiembre de ese año una insurrección más del PLM, decidió aplazar los planes de la Junta, para combinar su alzamiento con el anunciado por Madero, estableciendo así un plan de trabajo que logra mantenerse durante los tres primeros meses de la campaña militar contra Díaz (Barrera, 2017, p. 216).

Como ya se ha señalado, la ruptura definitiva entre magonistas y maderistas se produce a raíz de la detención de Prisciliano G. Silva en febrero de 1911, y lo que sucede a continuación de su arresto, es motivo de las acusaciones que hemos venido apuntando; sin embargo, a decir nuestro, lo que probablemente buscaba Ricardo al señalar públicamente a Madero como un traidor a la libertad, era suscitar un debate entre los revolucionarios, un ejercicio de crítica y autocrítica, que deslindara más abiertamente los dos campos beligerantes: los que luchaban contra el capitalismo, y los que no, campos que, independientemente de su postura hacia el capitalismo, continuarían la lucha contra Díaz.

Evidentemente, la apuesta de Magón por poner a los revolucionarios a elegir entre agruparse bajo la bandera del maderismo o la del magonismo, finalmente no le favoreció, pero eso no significa necesariamente que esta haya sido una actitud equivocada; por un lado, porque el fortalecimiento de Madero era algo que todavía no podía saberse en ese momento, por otro, porque se trataba de una cuestión fundamental para el tipo de revolucionario que representaba RFM; exponer la

traición de Madero era algo que iba más allá de las consideraciones en torno de mantener o no la alianza con el maderismo, se trataba para él de un asunto de ética revolucionaria.

Por otra parte, en el terreno militar Magón se encontraba en plena desventaja tras el arresto de Silva, por lo que había decidido jugarse lo que era prácticamente su última carta: la exposición pública de sus motivaciones anticapitalistas en un entorno muy bien dominado por el maderismo; y aunque esta decisión ha sido condenada de manera unánime por los historiadores, el relanzamiento de la campaña militar por parte de los zapatistas pocos meses después, demostró que la resistencia al nuevo gobierno no era una idea exclusiva de RFM, pues los zapatistas habían entendido también que la lucha era por la tierra y las riquezas que esta produce, y no sólo por la presidencia.

Aunque los historiadores de la Revolución mexicana no se atreven a reconocerlo abiertamente, Francisco I. Madero había arrastrado a las masas a la revolución por medio de un engaño; la promesa de la restitución de tierras y de mejoras en las condiciones laborales era parte de su estrategia electoral, y no de una intención verdadera; Magón en cambio, tuvo 10 años más de vida para demostrar, sin lugar a dudas, que sus intenciones eran verdaderas, y sus acciones congruentes.

Abordando el tema de las alianzas, podríamos abrir un paréntesis y preguntarnos si una fuerza política anarquista debe o puede concertar algún tipo de alianza con fuerzas reformistas o estatalistas, sobre este tema, la historia nos ofrece muy variados ejemplos, según el país y el momento del que hablemos.

Para el caso del México de principios del siglo XX, lo cierto es que Magón mismo consideró que las fuerzas propias con que contaba el anarquismo eran incapaces de derrotar al Estado porfirista, al menos así lo manifestó en la carta que escribió para su hermano Enrique estando en prisión en 1907, en la que le comentó la conveniencia de que, aun considerándose anarquistas, lucharan bajo la bandera del liberalismo, a fin de no perder simpatizantes (Hernández, 1999, p. 125). Por otro lado, también es cierto que va a ser de la mano de los anarquistas de la Casa del

Obrero Mundial, como Obregón va a derrotar finalmente a los ejércitos villistas algunos años más tarde, de lo que se deduce que las fuerzas anarquistas en el país no eran ínfimas, ni militar ni políticamente impotentes.

Dicho esto, la ruptura entre Madero y Magón ¿supone necesariamente un error? Y más aún, ¿un error de Magón y no uno de Madero? Quienes primero formularon la tesis de el error de febrero de 1911 fueron por supuesto antiguos liberales y maderistas envalentonados por la generalización de los levantamientos armados, para quienes Magón aparecía hacia mediados de 1911 como un elemento aislado, incapaz de confrontar exitosamente al próximo gobierno maderista, pero el registro histórico de los acontecimientos de principios de febrero de 1911 señala que Madero se hallaba en serios apuros, y que su actitud para con el ejército de Prisciliano Silva pudo haberle costado la libertad y la vida a ambos.

No podemos simplemente fiarnos de la opinión del maderismo; en realidad, la táctica de Magón resultó probablemente acertada ante la nueva coyuntura nacional: por un lado llamó a los anarquistas a fingir su adhesión a cualquiera de las banderías políticas de las que pudiesen obtener pertrechos de guerra (con lo cual adelantaba a prácticamente todos los anarquistas europeos que se negaban a cualquier colaboración con elementos no anarquistas); por otro lado, por medio de la prensa, demostró que si bien las fuerzas magonistas se hallaban francamente diezmadas, la guerra contra el gobierno maderista estaba viva en todo el territorio nacional (Barrera, 2014).

En efecto, Magón dedicó la prensa de los años 1911 y 1912, principalmente a demostrar que las rebeliones se multiplicaban por el país, que el descontento había superado al maderismo y que no habría nada que este pudiera hacer por detenerlo; durante estos años, Magón mantuvo la convicción de que ni Madero ni su gobierno sobrevivirían por mucho tiempo, lo que al final sucedió, evidentemente por errores del propio Madero, no por los deseos de Magón.

La ruptura de febrero se atribuye naturalmente a Magón, pero como ya señalamos, fue Madero quien primero la ejecutó. No deja de resultar interesante que, tanto

Madero como después Carranza, hayan sido capaces de hacer prevalecer los intereses de su clase social aún en los momentos más difíciles e inciertos de la lucha, pues si bien la prisión de Silva derivó en un fortalecimiento de la figura de Madero, esto pudo igualmente no haber ocurrido, pues para ese momento Madero no contaba con ningún ejército formal; es decir, lo verdaderamente importante para él, no era que el porfirismo fuera derrotado, sino que el porfirismo fuera derrotado por la burguesía revolucionaria nacional, encabezada por él; este es el elemento que rige de principio a fin prácticamente toda la historia de derrotas del proletariado y victorias de la burguesía: la conciencia de clase.

De esto concluimos que responsabilizar a Magón de romper el frente y poner en riesgo la Revolución, es por decir lo menos, injusto; en realidad, la alianza Madero-Magón nunca existió formalmente; si hubo algún momento en que pudo haberse formalizado dicha alianza, pudo haber sido cuando, miembros y desertores de la Junta, obligaran a Madero a cumplir con los principios expuestos en el Programa de 1906, pero ya hemos visto que los desertores se retractaron de hacerlo.

Rota toda posibilidad de alianza entre Magón y Madero desde febrero de 1911, la visita de Jesús y Juan Sarabia a la Junta no podía sino producir el resultado que produjo: no existía ninguna otra posibilidad, no se trata de averiguar si fue verdad o mentira que Madero estaba ofreciendo sinceramente a Ricardo la candidatura a la Vicepresidencia; se trataba de un conflicto entre clases sociales, uno de carácter antagónico, irresoluble; cualquier historiador que pretenda sugerir la “conveniencia” de entendimiento entre Magón y Madero (al menos a partir de febrero de 1911), es porque no comprende el concepto de lucha de clases, o porque no otorga el valor adecuado al levantamiento zapatista del año siguiente, o bien porque como creemos, no está siquiera enterado de la existencia de Magón y su actividad política después de la caída de Porfirio Díaz.

Naturalmente, RFM ponía sus condiciones para la concertación de cualquier tipo de alianza, condiciones que se resumían en sus artículos publicados a lo largo de 1910, de los cuales es ejemplo el siguiente:

No es posible predecir hasta dónde llegarán las reivindicaciones populares en la revolución que se avecina, pero hay que procurar lo más que se pueda. Ya sería un gran paso hacer que la tierra fuera propiedad de todos; y si no hubiera fuerza suficiente o suficiente conciencia entre los revolucionarios para obtener más que esa ventaja, ella sería la base de reivindicaciones próximas (Barrera, 2011, p. 92).

No es que Magón se negara a cualquier tipo de colaboración (idea que se desprende de la lectura de las obras de sus historiadores, pero que desaparece en cuanto lo leemos directamente), sino que para ello imponía una demanda mínima: la propiedad común de la tierra (una propuesta considerada tal vez ambiciosa, pero no olvidemos que en el México de principios del siglo XX, el problema de la tierra era *el* problema); todos los caudillos revolucionarios imponían demandas a sus aliados, Madero y Carranza les impusieron sumisión y obediencia incondicionales, Magón impuso la propiedad de la tierra para quien la trabajara, otro tanto hizo Zapata; según los historiadores, ¿era esta una demanda descabellada o desproporcionada? Naturalmente sí, si se es incapaz de pensar en términos antisistémicos.

Adolfo Gilly, con relación a la ocupación de la capital por los ejércitos campesinos, escribe:

Nada más estas dos conquistas (la toma de Palacio Nacional, y con ello la consolidación de la seguridad histórica de las masas), imposibles de medir en términos económicos, valían los diez años de lucha armada (Gilly, 1971, p. 170).

Nosotros hemos decidido no ser tan triunfalistas al hacer nuestro balance sobre los resultados de la Revolución, ni tampoco tan poco ambiciosos, como lo es José C. Valadés al considerar como una conquista mayor la victoria del maderismo sobre el Partido Católico en las elecciones de 1911. Lo que nos interesa destacar es que, si bien un mejor desarrollo en el tramado de alianzas habría podido resultar en un fortalecimiento de los trabajos del PLM, las situaciones no lo permitieron; Magón así lo entendió, conclusión que obtuvo al mantenerse al tanto de los acontecimientos, mismos que aunque se presentaban cada vez más complicados para la tendencia anarquista, no le hicieron desistir en su búsqueda por encontrar mejores elementos

revolucionarios con quienes trazar alianzas, lo que al final encontró en el zapatismo y en el sindicalismo norteamericano.

Lomnitz supone equivocadamente (Lomnitz, 2016, p. 394) que el único objetivo de Madero al sofocar la independencia de los liberales dentro del ejército revolucionario era el de crear un liderazgo unificado que permitiera derribar a Díaz; Madero en realidad, estaba respondiendo a sus intereses de clase, y aún en situaciones en las que gozaba de una mayor legitimidad, luchaba por extinguir todo rastro de independencia del PLM, así lo explicó el propio Madero a Lázaro Alanís, líder liberal comandante de fuerzas militares del PLM que actuaban de común acuerdo con los maderistas: “El hecho de haberse puesto ustedes el distintivo rojo y habérselo puesto a sus soldados, lo considero un acto de rebelión contra mi gobierno” (Barrera, 2014, p. 697).

¿Qué “gobierno” tenía Madero en abril de 1911? Para Madero estuvo siempre claro que era preferible caer ante Díaz, que ante Magón, así como para Magón estuvo también claro que frente el gobierno de Madero las condiciones de lucha se harían incluso más difíciles para la consecución de sus fines. ¿Podía generarse algún tipo de alianza entre magonistas y maderistas después de experiencias como esta?

En las situaciones en que los revolucionarios magonistas habían colaborado con Madero, e incluso aceptado su dirigencia, este buscó por todos los medios destruir su independencia de clase. La confrontación con Lázaro Alanís ocurrió el 13 de abril de 1911, es decir, cuando los magonistas habían ya de cierta forma “perdonado” la traición y detención de Prisciliano Silva; un 13 de abril en el que la victoria sobre Porfirio Díaz aún no se había verificado; quizá sea esta la mayor virtud de Madero, aún no reconocida debidamente: que pese a carecer de atributos físicos imponentes (lo cual le valía la burla constante), su conciencia de clase fue mucho más firme que la de muchos revolucionarios libertarios, y ponía los intereses de su clase por encima de cualquier consideración, incluso por encima de su vida misma, o de la victoria sobre la dictadura; un grado de conciencia de clase que, como ya hemos visto, se le ha reprochado duramente a Magón, calificándola en su caso de “idealismo” o de “sectarismo”.

En febrero de 1911, lo que estaba en juego no era ya la posibilidad de derrocar a Díaz, como asumen los historiadores democrático-burgueses, y como en su momento asumieron los revolucionarios que abandonaron la Junta; lo que estaba en juego era la clase social que habría de dirigir el movimiento armado y sustituir al porfirismo en el Estado; Magón y Madero pudieron verlo a tiempo, por eso, este se jugó el todo por el todo arrestando a Silva y reprimiendo la independencia del ejército de Alanís; Magón hizo lo propio, denunciando públicamente dichos sucesos; el arresto de Silva no “dividió” a los revolucionarios ni puso en riesgo la caída de Díaz, como supusieron en su momento los revolucionarios (y como aún suponen los historiadores) simplemente los expuso en sus objetivos de clase.

La alianza Magón-Madero fue entendida por RFM de esta manera en la 11ª cláusula de las *Instrucciones generales a los revolucionarios*, dadas el 3 de enero de 1911:

11. Para evitar choques con las fuerzas maderistas, los grupos liberales deberán tratar con toda la corrección a los grupos maderistas tratando de atraerlos bajo la bandera liberal por medio de la persuasión y la fraternidad. La causa del Partido Liberal es distinta de la causa maderista, por ser la liberal la causa de los pobres; pero en caso dado, ya sea para la resistencia como para el ataque, pueden combinarse ambas fuerzas y permanecer combinadas por todo el tiempo que dure la necesidad (Barrera, 2014, p. 19).

En iguales *Instrucciones*, pero dadas después del arresto de Prisciliano Silva, la cláusula 11 comenzaba de la misma manera, pero terminaba de forma diferente: “...En ningún caso deberán combinarse las fuerzas liberales con las fuerzas maderistas”(Barrera, 2014, p. 34). Instrucciones muy diferentes a las que seguramente Madero daba a sus soldados, pues estos encarcelaban y ejecutaban a los magonistas en cuanto la situación lo permitía.

Quizá el tacto de Magón para con Madero y los maderistas haya sido un error y no un acierto, pues la mano dura con la que Madero trató a los magonistas no ha sido considerada *injusta* por los historiadores, quienes incluso le han perdonado a Madero el haber eliminado físicamente a los liberales que no acataban sus órdenes, no podemos saber qué habrían dicho estos mismos historiadores si Magón hubiera

dado a Silva la orden de ejecutar a Madero aquel febrero de 1911, pero seguramente no habría habido el perdón que se tuvo para con este último.

Es cierto que es en este momento, en el del rompimiento abierto de su alianza con Madero, en el que Magón comienza a aislarse de manera dramática respecto de los acontecimientos en México, pues no solamente González Monroy, sino que decenas de simpatizantes del PLM, algunos de la talla de Antonio I. Villarreal y Lázaro Gutiérrez de Lara, se pasaron a las filas del maderismo.

Cierto es también que el ataque de Magón a Madero en *Regeneración* le valió el repudio de una gran cantidad de revolucionarios que no estaban dispuestos a permitir que, lo que para muchos no era sino un pleito de egos y protagonismos, acabara con las posibilidades de destruir la dictadura. Historiadores y revolucionarios, condenaron por igual esta actitud de RFM, unos de manera abierta, otros de manera velada; González Monroy lo explica de esta manera: [Con su condena a Madero, Magón] “ponía en riesgo el triunfo de la revolución, fue el motivo por el que me separé de la Junta y [...] me marché a la revolución” (González, 1962, p. 25).

Pero si bien los historiadores han reprochado a Magón su *impertinencia*, no se han cuestionado qué otra opción le quedaba; evidentemente, con su denuncia pública, RFM buscaba desatar la indignación en torno del comportamiento deshonesto de Madero; quizá sea probable que Magón no haya imaginado las consecuencias de su acto, pero no había manera de que lo supiera, ¿qué otra opción tenía?, después de todo, ¿qué había hecho Madero con la detención de Silva, sino, efectivamente, dar un severo golpe a la libertad?

En febrero de 1911, Prisciliano Silva, viejo y fiel servidor de la causa magonista, era, de entre maderistas y magonistas, el revolucionario que hasta entonces había tenido los mayores éxitos en la lucha militar contra la dictadura, sobre este dato no existe debate entre los historiadores, todos coinciden en ello (al menos los pocos que abordan el tema: Hernández; 1984: 143; Abad de Santillán: 1925; 70; Barrera: 2014); siendo así, ¿por qué hasta ahora, ningún historiador ha cuestionado, como

Magón lo hizo, la actitud de Madero; si se acepta que con la detención de Silva se dio el golpe más duro a las fuerzas magonistas (golpe que ni siquiera el porfirismo había podido dar), si se acepta que hasta ese momento eran los magonistas quienes llevaban la batuta en los enfrentamientos militares, si se acepta todo esto, por qué no se protesta contra el arresto? Si como historiadores no condenamos la detención de Silva, ¿debemos considerar esto un olvido, o una toma de partido?

Esperamos a estas alturas haber ya señalado con claridad que en realidad, la disputa de mediados de 1911 no se trataba de un conflicto entre grupos: no se trataba de una disputa de Madero y Villarreal contra Ricardo y Librado Rivera; se jugaban sus posiciones el gobierno de la burguesía contra la revolución popular. Este es un claro error de apreciación de los historiadores (Lomnitz, 2016, p. 289) que intentan encubrir una lucha de clases bajo la apariencia de una de grupos, de individuos, de egos, casi de la misma manera en la que en su momento lo hizo el propio Madero.

Esta dificultad de los historiadores para dar al magonismo su debida importancia como representante de los intereses proletarios, ha logrado que, terminada la guerra contra el porfirismo, el magonismo fuera sacado de los libros de Historia, debido a que “no mantuvo alianzas de importancia”, sin embargo se olvidan de mencionar que la alianza más importante del magonismo la constituía el zapatismo, con el cual de hecho colaboró de manera importante; si bien esta alianza era imperfecta, no obstante era orgánica⁴, y durante un largo tiempo, RFM tuvo en los zapatistas su propia razón de ser, y no sólo él, muchos importantes cuadros del magonismo, cuando la lucha les parecía más complicada, acudían al territorio controlado por el zapatismo para recobrar sus ánimos.

Por ejemplo, Paulino Martínez y Antonio Díaz Soto y Gama, dos de los primeros magonistas en pasarse al maderismo, fueron también dos de los primeros maderistas en pasarse al zapatismo; es decir, podemos considerar que nunca hubo

⁴ Sobre la relación entre el zapatismo y el magonismo, las interpretaciones van desde el considerar que “el movimiento de Emiliano Zapata no hubiera sido posible si la propaganda de Magón no hubiera preparado el terreno” (Abad de Santillán, 1925), hasta descartar todo tipo de influencia del magonismo en el zapatismo (Gilly, 1971).

un rompimiento real entre Martínez y Soto y Gama por un lado, y la Junta Organizadora por el otro: el zapatismo era el vínculo entre todos los revolucionarios que, independientemente de su ubicación geográfica y del color de su bandera, luchaban contra el capitalismo. La alianza Zapata-Magón no ha sido aún develada en su debida importancia, y esto ha sucedido, en parte, precisamente porque no conocemos la forma en que en su momento Emiliano Zapata y RFM se expresaron uno del otro, debido a la censura que algunos historiadores han impuesto sobre *Regeneración*.

No podemos determinar si desde su fundación en 1905, la Junta se hallaba inevitablemente condenada a romper debido a sus diferencias internas; es decir, no podemos determinar si, en caso de no haber aparecido la rebelión maderista, los miembros de la Junta habrían o no permanecido unidos en torno del Programa de 1906; lo que sí podemos asegurar es que RFM jamás cesó en su intento por elevar la conciencia de los miembros no anarquistas de la Junta, y que aun reconociendo que muchos de ellos no habrían de convertirse en anarquistas, no por esto actuó como un individuo aislado, sino que siempre mantuvo como una prioridad su acercamiento a fuerzas revolucionarias que, aun cuando no se consideraran a sí mismas anarquistas, podían llegar a luchar por metas del anarquismo.

Cuando leemos directamente a RFM, resulta sencillo descubrir que su sistema de alianzas nunca se redujo únicamente a su actitud frente al maderismo (dentro del cual además realizó una permanente y magistral diferenciación entre maderistas conscientemente burgueses y maderistas potencialmente anticapitalistas), sino que las indicaciones dictadas por Magón a los revolucionarios resultan realmente geniales; la tarea de infiltrarse en cualquier partido u organización revolucionarios que estuviera en condiciones de ofrecer armamento y la oportunidad de desenvolverse en un ambiente políticamente activo y propicio para la discusión del programa magonista, es parte de las ingeniosas aportaciones que RFM ofrece a la lucha revolucionaria, pero de las cuales se tienen pocas noticias debido al papel de sesgo que ha jugado hasta ahora la investigación histórica.

Un historiador que no es militante anticapitalista, no solamente no conoce los principios elementales de la lucha de clases, sino que la lucha misma por el comunismo le parece imposible, cuando no indeseable; para cualquier historiador que no participa de la lucha anticapitalista, resulta de lo más natural que al término de la firma de los Tratados de Ciudad Juárez, *lo correcto* debió haber sido la colaboración irrestricta de todos los revolucionarios, tanto para evitar la reacción de los elementos conservadores, como para conseguir más rápidamente los objetivos inmediatos planteados por la Revolución, las desaveniencias con el maderismo aparecen entonces “incomprensibles”, “insensatas”

Pero para cualquiera que, siendo o no historiador, revise los acontecimientos sucedidos de febrero a mayo de 1911, entenderá que con la firma de los Tratados de Ciudad Juárez, mismos que tenían como objetivo lo que Gilly apropiadamente llama “provocar el descenso de la intervención de las masas” (Gilly, 1971, p. 7), la posición de la burguesía se había de hecho fortalecido; con la caída de Porfirio Díaz y las circunstancias en que esta se había dado, las posibilidades para llevar a cabo el proyecto magonista de hecho se habían puesto en contra, y no a favor, como asumen los historiadores democrático-burgueses.

La postura de Magón, no pudo haber sido otra: demostrar por medio de la propaganda y de la resistencia armada, que la revolución aún no había logrado sus objetivos y que, como a la postre resultó ser cierto, si no se lograban en ese momento, no se lograrían después, por más libertades políticas que pudieran conseguirse. Lo que los historiadores democrático-burgueses asumen como *posibilidades* (la libertad del voto, de asociación, de pensamiento) para el desarrollo posterior del programa magonista, en realidad fungieron como efectivas medidas de contrainsurgencia (expresadas principalmente por los Tratados de Cd. Juárez).

Este tipo de historiadores parece no comprender que las condiciones para que se abra un periodo revolucionario son complicadísimas, pueden transcurrir incluso siglos entre uno y otro movimiento revolucionario; Magón por su parte comprendió que el proletariado mexicano no iba a tener en muchos años una oportunidad semejante, y que pese a que las condiciones eran evidentemente adversas, aun así

había que intentarlo, ya que las armas se encontraban en manos del proletariado, había que conseguir por medio de ellas tanto como fuera posible.

La oportunidad que se presentaba para los revolucionarios anticapitalistas no consistía en colaborar con un gobierno que, más de palabra que de hechos, aseguraba ciertas libertades políticas; la oportunidad real, y que sólo magonistas y zapatistas llamaron a aprovechar, fue la posibilidad de señalar las limitaciones de un gobierno burgués para cumplir demandas populares, además de que fueron testigos directos de las constantes traiciones que sufría la clase obrera de parte de los hombres de ese nuevo gobierno.

No negamos que el consenso social alcanzado por Francisco I. Madero fuera, de hecho, arrollador para el momento en que Porfirio Díaz se hallaba camino a Europa, es precisamente por esto que sostenemos que durante su gobierno podría hacerse más difícil la lucha para los magonistas, y no más sencilla como suponen algunos; lo que negamos es la pretensión de los historiadores de participar en el silenciamiento de las voces críticas para con ese gobierno.

B) ANARQUISMO

“Para oscurecer lo que representa la actitud de Flores Magón, en calidad de auténtico ideólogo proletario [...] los ideólogos democrático-burgueses actuales hacen un énfasis tendenciosamente exclusivo sobre sus ideas anarquistas”.

José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*. p. 206.

El tema del anarquismo es el que mayores desafíos supone a los historiadores a la hora de abordar el papel de RFM durante la revolución. Sin embargo, no lo es porque lo verdaderamente relevante consista en determinar si tal o cual miembro o simpatizante de la Junta comulgaba o no con el anarquismo —como suponen Hernández Padilla o Claudio Lomnitz; lo realmente importante consiste en descubrir

que la acusación que los historiadores hacen a Magón de haber sido un doctrinario e intransigente anarquista, es una construcción de los historiadores mismos.

En efecto, hasta el día de su muerte, los anarquistas de la Junta tuvieron que enfrentarse continuamente a sus pares europeos, a “las intransigencias de los teóricos que querían ver en el gran cataclismo social mexicano todos los actos de los rebeldes ajustados a los principios ideológicos de los grandes soñadores”, como en su momento denunció Librado Rivera (Abad, 1925, p. 9).

Es decir, fue Magón mismo, mucho tiempo antes que sus historiadores, quien tuvo que alzar la voz contra el doctrinarismo anarquista; de hecho, uno de los objetivos principales de *Regeneración* durante los años 1912-1913, consistió en demostrar que, pese a que efectivamente existía una lucha de caudillos por el poder a lo largo de todo el territorio nacional, existía también en el trasfondo un movimiento social que desafió el orden social capitalista, que ocupó tierras y exigió mejoras en las condiciones de vida y de trabajo, sin tener que comprobar su afiliación anarquista. Ricardo escribió en noviembre de 1916:

Tenemos a la vista un importante documento firmado por el revolucionario suriano Emiliano Zapata [...] Para los que creen que no es de carácter económico y social el movimiento mexicano[...] Que el movimiento del sur no sea exclusivamente comunista y anárquico, eso no obsta para que todos los revolucionarios sinceros le extendamos toda nuestra simpatía (Barrera, 2014, p. 284)

¿Parece este un texto escrito por un doctrinario anarquista, o un texto contra el doctrinarismo anarquista? Librado Rivera, en el prólogo al libro ya por nosotros citado, autoría de Diego Abad de Santillán, se lamentaba al recordar cómo les fue retirado el apoyo por parte de aquellos anarquistas que “en más de cuarenta años de constante propaganda no habían podido arrastrar a ningún pueblo contra sus tiranos”(Abad, 1925, p. 9); no solamente les habían retirado el apoyo, sino que habían dedicado serios esfuerzos a desprestigiar la causa del PLM a nivel internacional.

A la vuelta de los años, el doctrinarismo anarquista, señalado y denunciado en su momento por RFM, le ha sido, irónicamente, adjudicado a él mismo, ni más ni menos que por quienes pretendían recuperar su memoria: sus historiadores; mismos que como señala Revueltas (Revueltas, 1987, p. 206), hacen un énfasis tendencioso en sus ideas anarquistas, sin querer descubrir que el anarquismo magonista no es *el* anarquismo, sino *un anarquismo*, diferente a como tradicionalmente se entiende el anarquismo, aclaración que obligaría a dichos historiadores a matizar sus opiniones.

Con el paso del tiempo, RFM se convirtió, a los ojos de sus historiadores, en un fanático anarquista, irreductible en sus posiciones, intolerante; pero al mismo tiempo, quienes fueron contemporáneos a Magón, le acusaron de cierta manera, de ser *el menos anarquista de los anarquistas*, de tener demasiada fe en el proletariado mexicano de su época, de no querer ver que el mexicano, indígena y analfabeta, no podía crear otra cosa que una lucha de ambiciosos caudillos (Bartra, 1977; Lomnitz, 2016).

Sin embargo, Ricardo fue todo lo contrario a un doctrinario que esperase ver todos los actos de la realidad ajustados a sus teorías; Magón fue incluso capaz de *perdonarle* al proletariado mexicano el haber abandonado al PLM para seguir a Madero en 1911 (algo que quizá muchos otros dirigentes revolucionarios no habrían sido capaces de hacer), aun así siguió arriesgando por diez años más su vida, su salud y su libertad en el afán de formar al pueblo para que fuese capaz de reconocer su error; su correspondencia nos ha legado abundante material para comprender que, como él mismo decía, poco importaba si esto o aquello era comunismo, socialismo o anarquismo: la lucha era por la tierra y todo lo que esta produce, antes que por cualquier “-ismo”. Esta es otra de las pruebas de lo que sucede cuando el historiador es incapaz de comprender debidamente aquello de lo que está hablando: RFM, un anarquista que apuesta por la democracia dentro del movimiento popular, las estrategias inteligentes y las formas prácticas para lograr sus fines, antes que por el doctrinarismo, es convertido de golpe en un terco obcecado, irreconciliable con la realidad.

El señalamiento de la pureza doctrinal de Magón (dicho en sentido peyorativo) se formó muchos años después de terminado el movimiento revolucionario, pues en plena contienda revolucionaria, sucedía exactamente lo contrario: era Magón quien tenía que defender al movimiento revolucionario mexicano, reivindicando su auténtico carácter social, pues los anarquistas de entonces reprochaban a los magonistas no ser anarquistas auténticos, pues “se decían liberales, estaban agrupados en un partido político, otorgaban gran importancia a los indios y, para colmo, no buscaban una ‘guerra abierta’ con los marxistas” (Condés, 2015, p. 265)

Es ya bien sabido que la confesión de anarquismo le valió a Ricardo no solamente la pérdida de importantes militantes y simpatizantes liberales que, no estando seguros de lo que aquel término significaba, prefirieron no tomar riesgos y prefirieron adoptar el programa maderista; pero eso no acabó ahí, RFM no ha terminado de purgar la condena por anarquismo, misma que al día de hoy le ahuyenta potenciales simpatizantes, que han preferido no tener nada que ver con el asunto mientras exista la posibilidad de asirse de figuras como Villa o Zapata; esta es una postura tomada, por ejemplo, por Adolfo Gilly, quien enfoca sus esfuerzos en el zapatismo, desestimando la importancia del magonismo, importancia que incluso el zapatismo mismo reconoció en su momento, pues fue a Magón a uno de quienes tocó hacer la defensa del movimiento zapatista ante la mirada de quienes desde fuera lo observaban con menosprecio.

Es interesante notar que en el momento en que se produce la ruptura dentro de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, algunos historiadores intentan atribuir la culpa de ello al anarquismo: y caen con ello en una explicación que parece más formal que real: de acuerdo con ellos, Magón se separa de Villarreal porque este pertenece al ala socialista de la Junta, mientras que Ricardo pertenece al ala anarquista (Padilla, 1984, p. 173).

Sin embargo, y pese a la importancia que revistirá el tema del anarquismo para los futuros historiadores, parece ser que no fue este el elemento decisivo que hizo marchar a exliberales hacia el bando maderista: por ejemplo, ya señalamos que González Monroy, al momento de abandonar junto con Antonio I. Villarreal a los

miembros de la Junta, asegura que su decisión tenía el objetivo de “detener la matanza” entre mexicanos (González, 1962, p. 40), argumentos similares fueron esgrimidos por otros importantes ex liberales, como Lázaro Gutiérrez de Lara.

Ya hemos señalado antes que sin el concurso de la violencia, en aquellos años, toda causa política habría estado irremediablemente perdida, lo que interesa ahora señalar es que en el momento en que se dan las escisiones que más debilitaron a la Junta, el asunto del anarquismo no aparece como el tema central; el doctrinarismo anarquista de Ricardo como causa fundamental de la fractura y dispersión del PLM es un mito creado y divulgado por la historiografía.

Aunque Magón trató de mantener en secreto su credo anarquista, confesándolo públicamente sólo hasta la emisión del Manifiesto del 23 de Septiembre de 1911, ya desde 1908 el gobierno de Díaz había hecho publicar en diarios de circulación nacional la carta en la que Ricardo confesaba a Práxedes y a Enrique su anarquismo, de lo que se desprende que, efectivamente, en los círculos políticos de oposición de la época se tenía la certeza de que el anarquismo no gozaba de buena reputación.

Resulta obvio pues, que el anarquismo de Ricardo no era un secreto para los futuros desertores de la Junta, como Villarreal o Juan Sarabia. De hecho, en su enfrentamiento editorial con Magón, personajes como Villarreal o Sarabia raras veces mencionan el anarquismo como un punto de fricción irreconciliable entre unos y otros (Lomnitz, 2016, p. 499): el recurso más utilizado por ambos fue la descalificación personal, no la ideología política; lo más probable es que RFM haya podido presentar cotidianamente su adhesión al anarquismo como una posibilidad futura para el resto de los miembros de la Junta, cuando menos a partir de 1906, en los debates internos que periódicamente llevaban a cabo sus miembros.

Si bien Villarreal y Sarabia no faltan a la verdad al decir que su compromiso con la Junta no implicaba la aceptación del anarquismo, hay que volver a señalar que el abandono de la Junta, si no implicó una traición a Ricardo, sí fue una traición a sí mismos, a sus propios programas: pues en todo momento, Madero declaró

públicamente que en su gobierno no entrarían “ninguna de las locuras que forman el programa de Ricardo Flores Magón” (Condés, 2015, p. 256), refiriéndose al programa de 1906, que, como hemos estado señalando, en realidad había sido escrito por todos los miembros de la Junta, por Sarabia principalmente.

Para nosotros, el problema real no es el doctrinarismo de Magón que le obliga a negarse a cooperar con el gobierno de Madero, sino la facilidad y docilidad con que los hermanos Sarabia y los hermanos Villarreal aceptaron el gobierno de Madero, renunciando a sus propias convicciones, pues Madero no les hizo prácticamente ninguna concesión a cambio.

Una parte importante de los historiadores del magonismo no quieren tener nada que ver con el anarquismo: la mitad de ellos hablan únicamente de la etapa precursora (1900-1906) y/o de la vida personal de Ricardo, haciendo énfasis en el programa de 1906 (Padua, 1941; Amezcua, 1943; Martínez, 1960; González, 1962). Pocos son quienes tienen la iniciativa de profundizar sobre qué tipo de anarquismo era aquel tan particular, defendido por RFM (Ojeda, 1967; Abad de Santillán, 1929).

El anarquismo se presenta tan incomprendible a ojos de los historiadores de RFM, que nos recuerdan a los historiadores indios que, como descubre Guja Ranahit, “su simpatía por el sufrimiento de los campesinos [...] no le impide, llegada la crisis, defender la causa de la ley y el orden” (Guha, 2002, p. 73). Esto es parte de lo que sucede a los historiadores críticos del magonismo en los momentos de la firma de los Tratados de Ciudad Juárez, pues lo que hacen no es únicamente razonar como pretenden, sobre lo que mejor conviene al movimiento revolucionario, sino asumir la defensa irrestricta de la ley y el orden, las cuales, antes y después de la renuncia de Díaz, seguían jugando en contra de las demandas populares que habían dado origen a la revolución.

Tenemos aquí dos situaciones principales: por un lado, observamos que con el paso del tiempo, RFM se convirtió, a decir de sus historiadores, en un doctrinario anarquista, reacio a cualquier tipo de capitulación, pero también a cualquier tipo de

alianza; por el otro lado, no se ha escrito todavía la obra histórica que ponga de relieve el hecho de que, aun considerándose anarquista, la postura de RFM fue siempre divergente de la que mantuvieron los líderes anarquistas agrupados en la Casa del Obrero Mundial (quienes cooperaron con Obregón para acabar con los ejércitos villistas), hecho que por sí mismo exigiría de los historiadores del magonismo una investigación mejor argumentada.

La actitud de Ricardo para con su propio anarquismo forma parte de una arista más sobre el tema; se sabe que desde 1900 había ya leído a importantes autores anarquistas, y que desde entonces, ya divulgaba fragmentos de *La conquista del pan*, de Kropotkin. Sin embargo, considerando que, hasta entonces sólo se había escuchado hablar del anarquismo “en términos desfavorables”, la dirección de la Junta decidió mantener oculta su adscripción anarquista, formalizando oficialmente su identificación con ella sólo hasta la emisión del Manifiesto del 23 de septiembre de 1911.

Es decir, de 1900 a 1911, Magón mismo consideraba que la bandera del anarquismo era impotente para arrastrar al pueblo mexicano a la revolución; y por el contrario, de 1911 en adelante, consideró que sólo el desafío abierto al principio de la propiedad privada era capaz de hacer profundizar una revolución que ya estaba en pie, revolución que, hasta el gobierno de Madero, había conquistado todavía muy poco.

Como antes mencionamos, sobre el asunto de que el anarquismo era incapaz de desatar la revolución, fue una opinión compartida por el Estado porfirista y RFM, pues tan pronto como fue interceptada la carta en que RFM se autonabraba anarquista, Porfirio Díaz la hizo publicar en un diario de circulación nacional, con el afán de desprestigiar la lucha de los liberales.

Cuando en 1908, RFM confesó su credo anarquista a su hermano Enrique y a Práxedes Guerrero, les conminó a mantenerlo en secreto, debido a que, como él esperaba, lograrían con ello no espantar a los “imbéciles”; esta táctica, al final no resultó exactamente como se esperaba, pues fueron precisamente los anarquistas

quienes no entendieron que los militantes magonistas eran también anarquistas, lo que les valió un intenso enfrentamiento editorial contra los anarquistas europeos, casi tan importante como el que sostuvieron contra el propio Madero.

Habiendo señalado todo esto, creemos que el anarquismo magonista requiere un tratamiento especial por parte de los historiadores, sobre todo por parte de aquellos que se asumen marxistas, puesto que, como explica Revueltas (1962), si no aprendemos a distinguir al Magón anarquista del Magón ideólogo proletario, no habremos hecho obra de importancia alguna; de hecho este es un tema que no ha recibido la debida atención, pues mientras historiadores como Claudio Lomnitz y Armando Bartra intentan descalificar al magonismo en nombre del marxismo, es José Revueltas, considerado uno de los más importantes teóricos marxistas mexicanos del siglo XX y quien por su sola autoridad podría anular de un golpe al magonismo, es en cambio el primero en denunciar que la obra de Magón no ha sido aún valorada de manera justa.

De acuerdo con José Revueltas, si reducimos a Magón a un simple opositor a todo tipo de Estado, entonces su proyecto se convierte en la “simple fantasía febril de un soñador alocado, al margen de la realidad” (Revueltas, 1962, p. 206). La recomendación que nos hace Revueltas, se parece a la que Magón hizo de sí mismo en 1907: “mantener en secreto” el asunto del anarquismo, en tanto esta táctica resulte útil para el avance del movimiento revolucionario; si bien esto puede ser ampliamente criticado por los anarquistas, habrán de reconocer que esto constituye un paso adelante en la justicia aún pendiente por hacerse para con la herencia del magonismo.

Por supuesto Magón no es un simple opositor a todo tipo de Estado, de hecho los magonistas sí nombraron autoridades a su paso, como lo hicieron en Baja California, y convocaban a los pueblos a nombrar sus propias autoridades según lo consideraran; la táctica que empleó Magón para tratar con los pueblos en los que se presentaba magonistas, consistía por un lado en, por medio de su propaganda, intentar responder a la pregunta ¿es posible vivir sin autoridades?, por otro lado, Ricardo ordenaba respetar las decisiones que los pueblos tomaran respecto a su

forma de gobierno; sin embargo, este dato, no ha sido siquiera recogido por sus historiadores. Caracterizar a RFM como un anarquista sin más ni más, nos dificulta acercarnos a sus ideas sobre, entre otros tópicos, la importancia que concede a la autodeterminación de los pueblos.

Lo cierto es que, cuando se lee directamente a RFM, sus ideas respecto del Estado o la autoridad, no aparecen tan doctrinarias como sus historiadores lo hacen parecer, quizá por eso vierten sus opiniones sin conceder la palabra al propio Ricardo, para no dar oportunidad a réplica, a ser exhibidos.

No cabe duda que el anarquismo de Magón pone en jaque a cualquiera de sus historiadores; por ejemplo Rafael Carrillo Azpéitia, quien en su obra realiza un balance positivo del magonismo (puesto que considera a este el primer enunciador de los ahora principios constitucionales), considera que con el ingreso de Ricardo al anarquismo, “su estrategia y su táctica devienen inoperantes en la realidad mexicana”, razón por la cual no solamente se aísla de los revolucionarios maderistas, sino por la que también nunca hubo una “completa coordinación entre el magonismo y el movimiento zapatista, puesto que Zapata y Magón hablaban idiomas políticos diferentes” (Carrillo; 1945), dicho esto, pasa inmediatamente a calificar la posición de Magón de “indudablemente utópica”.

Por supuesto, la exposición de la relación entre Zapata y Magón hecha por Carrillo es equivocada, pues no llega a comprender que la posición de Magón respecto del movimiento revolucionario mexicano derivaba principalmente de su identificación con el zapatismo; Carrillo además se aventura a señalar el “papel progresista de la burguesía y pequeña burguesía” maderistas, con lo que da cuenta de su enajenación, y por ende por qué escribe lo que escribe. Como dijera el propio Marx, la burguesía es la clase más revolucionaria de la historia de la humanidad, lo cual aplica también para la burguesía mexicana, pero esto sólo es visible hasta el momento en que se consigue la caída de Porfirio Díaz, una vez dado este paso, son las clases subalternas las que deben tomar la iniciativa revolucionaria, cancelada de golpe por la burguesía agrupada en torno de Madero.

Como hemos estado poniendo de relieve, el debate sobre la pertinencia del anarquismo en la revolución mexicana es un tema que se vuelve controversial ya pasado el tiempo, y los historiadores le dan una importancia que no tuvo en su momento. Armando Bartra, en sus comentarios al periódico *Regeneración*, menciona: “Sin embargo esta estrategia [refiriéndose al viraje dado por el PLM hacia el anarquismo] está impregnada de una debilidad ideológica y política fundamental [...] Con la negativa a considerar la necesidad de un periodo de transición [...] el magonismo no sólo muestra una profunda debilidad ideológica sino también una inconsecuencia táctica, que a la larga será decisiva...” (Bartra, 1977, p. 268).

Por el contrario, señala Manuel González Ramírez en sus notas a *Epistolario y textos de Ricardo Flores Magón*, que “se ha dicho, con sobrada razón, que un liberal auténtico e inconforme tiene que encaminarse hacia el anarquismo” (González, 1976, p. 233).

Una tercera opinión, y que nos parece ser más adecuada para abordar a RFM, es la que da Juan Gómez-Quiñones en su obra *Las ideas políticas de Ricardo Flores Magón* (1973); después de una investigación sobre el anarquismo y haber divisado la existencia de varios anarquismos, y no uno solo, concluye: “el Anarquismo ha fracasado objetiva y evidentemente por su pobreza teórica y sus tácticas inútiles, sólo los anarquistas mexicanos y españoles se esforzaban verdaderamente por la revolución” (Gómez, 1973, p. 12).

Efectivamente los diferentes anarquismos no son uno solo, y para el caso de la Revolución mexicana, el anarquismo magonista estaba del otro lado de la balanza, por ejemplo respecto del anarquismo de la Casa del Obrero Mundial. Esto es algo que no sucede con otros “ismos” de la revolución mexicana: sobre el maderismo, el huertismo, el villismo, etcétera, sus objetivos se presentan más claros a los historiadores, más asequibles; parece que se puede hablar de estos “ismos” sin mayores complicaciones, puesto que sus caudillos (incluso en el caso del huertismo y el reyismo) *hicieron lo que tenían que hacer*, es decir, lo que les ordenaba su ideología, su clase social, su partido, sus creencias, etc.

Queriendo evitar la aceptación irrestricta de todos los elementos que componen el magonismo (defecto que hemos señalado en sus detractores, quienes aceptan casi irrestrictamente todos los argumentos que se esgrimen en contra de él), tenemos que abrir un pequeño paréntesis para señalar que, en los días en que Madero había esparcido la confusión entre los combatientes revolucionarios y Magón se esforzaba por esclarecer las tendencias que perseguían ambos partidos, este último escribió: “Si el pueblo tuviera algún día el pésimo gusto de aclamarme para ser su gobernante, le diría: yo no nací para verdugo. Busca a otro” (Barrera, 2014, p. 134).

Si bien hemos señalado hasta ahora los aciertos de RFM, que no fueron pocos, se hace necesario aquí hacer una aclaración, pues no podemos dejar pasar por alto que, una postura como esta no puede ser considerada acertada.

En política, ningún espacio puede quedar vacío, nunca: si el anarquista, por temor a corromperse o a ser acusado de corrupción injustificadamente, renuncia al puesto político al que el pueblo le hubiese propuesto, el anarquista *no puede* oponerse a tal determinación, y en dicho puesto deberá trabajar por convencer a sus electores de que la lucha por la verdadera emancipación debe darse simultáneamente por otros medios; pero si el anarquista, por hacer votos de pureza y desinterés, rechaza un puesto político que no ha sido aún desbordado por el avance del movimiento popular, ese puesto no desaparecerá por el mero rechazo del anarquista, sino que será ocupado por alguien que probablemente no solamente no tenga miedo de corromperse, sino que sabrá utilizarlo en beneficio de sus intereses personales y de clase.

Esta afirmación nuestra, debe sin embargo tomar en consideración algunos aspectos del magonismo que ya hemos señalado, como el hecho de que Magón, aunque despreciaba todo personalismo, se hizo cargo de la defensa de la figura de Emiliano Zapata, aún cuando en el pensamiento político de Zapata sí se contemplaba el mantenimiento de las instituciones políticas de la República.

Sin duda alguna, RFM no habría aceptado asumir el puesto de vicepresidente de la República, aún en el caso en que Madero se lo hubiese propuesto con intención real (esto sin siquiera considerar cuál habría sido la reacción de la burguesía maderista y de los viejos porfiristas aún en sus puestos), pero esto no quiere decir forzosamente, que si la vicepresidencia hubiera sido propuesta a un revolucionario anticapitalista, Magón no hubiese mostrado su apoyo o aceptación de alguna forma.

No obstante, RFM, pese al “pésimo gusto del pueblo” de elegir gobernantes antes que autogobernarse, no lo abandonó, aun cuando el pueblo se empeñaba repetidamente en desviarse del camino; hasta el último de sus días, Magón no cejó en su decisión de formarle para que este estuviera en condiciones de luchar por sus intereses de clase.

Algunos historiadores (p. e. Lomnitz, 2016, p. 380) caracterizan al grupo de liberales integrado por Jesús Magón, Antonio I. Villarreal, Manuel Sarabia, Juan Sarabia y Lázaro Gutiérrez de Lara entre otros, como *socialistas*; otros (Hernández, 1984), les llaman simplemente *moderados*. Lomnitz incluso señala que, para los socialistas, el primer paso a dar era la industrialización del país para después estar en condiciones materiales y organizativas de dar el salto al socialismo, con lo que pone a estos últimos en una consideración superior a aquella en la que pone a los magonistas, quienes no *querían* atravesar una etapa intermedia.

En Magón es sencillo adivinar su credo anarquista en cualquiera de sus textos ya desde 1906, pero, a nuestro parecer, no sucede lo mismo con los “socialistas”, ¿qué elementos utiliza Lomnitz para calificar de *socialistas* al grupo encabezado por Juan Sarabia? La explicación no es nada clara, ni suficiente; pues el propio José Revueltas, el primer interesado en buscar los orígenes del Socialismo en México, los encuentra en el ala anarquista de la Junta, y no en la supuestamente socialista.

Por otro lado, la discusión sobre la pertinencia del anarquismo en la revolución de 1910 y sus posibilidades de vencer, antes que atravesar el terreno teórico, tendría que atravesar el terreno de lo táctico: es decir, consideramos que debemos atribuir

la derrota del PLM a sus dificultades en el campo de batalla y en el equilibrio de fuerzas (sobre todo a su falta de coordinación y comunicación, a las dificultades para divulgar sus posicionamientos y análisis), antes que al anarquismo.

La crítica marxista del magonismo señala el anarquismo como una debilidad teórica en el sentido de que este niega la etapa transitoria de la dictadura del proletariado; es cierto que Magón tuvo oportunidad de oponerse a la idea de la dictadura del proletariado, y que frecuentemente hizo patente su miedo a que los marxistas se apropiaran del Estado antes de que los anarquistas lo destruyeran; sin embargo, en realidad Magón no solamente de hecho planteó la necesidad de la dictadura del proletariado, sino que incluso fue más allá: pues mientras Marx y Bakunin coincidieron en la necesidad de una etapa transitoria durante la cual los revolucionarios tendrían, entre otras tareas, la de educar a la antigua burguesía en los valores de la nueva sociedad, Magón propone la eliminación física de la burguesía; es decir no una dictadura del proletariado, sino el genocidio de la burguesía.

Pese a todo lo que hemos señalado en concordancia con el pensamiento de Revueltas, Ricardo y el más importante sobreviviente de la Junta, Librado Rivera, siempre reivindicaron el anarquismo hasta el final de sus vidas; quizá la única excepción la dio Enrique (para entonces, el único sobreviviente, una vez fallecido Librado), pues dejó de hablar del anarquismo ante el escenario de la segunda guerra mundial; por entonces se escribió el libro “¿Quién es Flores Magón y cuál es su obra?”, producto de una entrevista con Jenaro Amezcua, en la que Enrique comentó:

Tenemos al frente un enemigo cuya voracidad imperialista se agrava con sus arcaicos prejuicios raciales. Como no somos “arios”, nada valemos a sus ojos y ni derecho a vivir tenemos. Contra semejante amenaza a las conquistas que con tantos sacrificios hemos logrado, alcémonos para defenderlas, asegurar su disfrute a nuestros hijos y que les quede abierto el camino para mayores y nuevas conquistas (Amezcua, 1943, p. 11).

De este modo, puede observarse que el asunto del anarquismo dentro de la historiografía sobre el magonismo, constituye el punto de quiebre de los historiadores; los objetivos que se plantea el anarquismo (independientemente de si consideramos adecuados o no los medios para alcanzarlos) no solamente son incomprensibles para la mayoría de sus analistas, sino que quienes llegan a comprenderlos, no los comparten. El asunto es así de simple: el historiador que no comparte los objetivos del anarquismo no consigue evaluar correctamente al magonismo, es por esto que sus historiadores se han centrado en su crítica y descalificación, y no en algún tipo de aportación para su desarrollo.

En su momento, Magón no escribió para sus historiadores del futuro, claro está; escribió para la gente que trabajaba en el campo y la ciudad, para que fuera capaz de identificar a sus enemigos de clase; sin embargo, hasta ahora, el historiador ha sido incapaz de acercar el magonismo a la clase trabajadora, para quien en realidad fue creado; este hecho por sí solo, demuestra que el historiador, literalmente, no entiende para qué sirve el magonismo.

Y esta situación va a permanecer todo el tiempo que demoremos en descubrir que, antes que cualquier otra cosa, el magonismo fue creado para ser distribuido entre quienes se ven forzados a tener que trabajar para el disfrute de otros: son ellos quienes deberán dar el veredicto final sobre si es que el magonismo tiene alguna utilidad, o si debe ser desechado; pero esto, si queremos ser justos, debería decidirlo el proletariado, y no los historiadores.

A) LA PERMANENCIA DE RFM EN SUELO ESTADUNIDENSE DURANTE EL DESARROLLO DE LA CONTIENDA ARMADA

Aunque en diversos momentos, durante los años de 1906 a 1911, la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano expresó su intención de trasladarse a México para dirigir tanto las operaciones militares, como el gobierno que de ellas surgiera, desde que Ricardo Flores Magón llegó a Estados Unidos a principios de 1904, no volvió a pisar suelo mexicano sino hasta después de su muerte.

El hecho de que el presidente de la Junta no se haya decidido nunca a trasladar la misma a territorio nacional, es un tópico que ha marcado de manera particular las opiniones de sus historiadores: por un lado, han asegurado, que la permanencia de RFM en EU durante el desarrollo de los acontecimientos no puede ser considerada sino como un error (González, 1962, p. 35), o como un asunto de egoísmo o cobardía (Lomnitz, 2016, p. 361); por otro lado, han señalado que dicha estancia se prolongó debido a la intención de Magón de combatir la posible intervención norteamericana (Condés, 2015, p. 264).

De acuerdo con las memorias que cada uno de ellos dejó, parece ser que los militantes liberales, prácticamente todos ellos, le reprocharon a Magón, en vida y aún después de muerto, el no haber cruzado el Río Bravo para comandar en primera persona las operaciones militares dirigidas por la Junta; para sus camaradas y antiguos camaradas, la decisión de Ricardo no se debió sino a un asunto de cobardía.

Los historiadores por su parte, en general no consideran esta la causa; no obstante, no asumen la misma postura frente al hecho; Duffy Turner por ejemplo, asegura que la permanencia de Ricardo en EU fue resultado de un acuerdo de la Junta, que a cambio de ello permitió la partida de Práxedes al frente de batalla, algo a lo que Ricardo se oponía firmemente (Turner, 1960, p. 207), por otra parte, Lomnitz (2016) asegura que fue debido a la muerte de Práxedes por lo que la Junta tuvo que suspender definitivamente sus planes de trasladarse a territorio mexicano.

A diferencia de autores como Enrique Condés Lara (Condés, 2015, p. 265), no podemos asegurar que el hecho de que la Junta no se haya decidido trasladar a México, haya sido el motivo por el cual la misma no logró extender su influencia,

pues nosotros consideramos que, como el mismo Ricardo consideraba cuando menos desde 1906, le hubiera resultado imposible escapar a la muerte o a la prisión en México, sobre todo durante los años transcurridos entre febrero de 1911 y febrero de 1913, meses en los que Madero se había hecho no sólo del poder, sino de la legitimidad en todo el territorio nacional.

Magón lo sugirió una y otra vez: mientras Madero fuera legítimo, como Ricardo mismo lo reconocía en sus escritos, la Revolución estaba muerta, y resucitarla no era tarea de un solo hombre, cuando menos no tarea *física*, la tarea que sí podía ser de un hombre era la tarea ideológica: enseñar a los trabajadores mexicanos que el problema no radicaba en la maldad de Díaz, sino en el principio de la propiedad privada, por eso la insistencia en la educación política.

Según RFM, no podía él dirigir una revolución, de hecho nadie podría hacerlo; Madero había sido director no de una Revolución, sino de un cuartelazo: lo mismo vendría a hacer Victoriano Huerta a la vuelta de un par de años, y sin necesidad de recurrir al apoyo popular; Magón entendía que, cuando menos durante los meses que transcurrieron entre la muerte de Práxedes y la captura de Prisciliano Silva por una parte, y los días conocidos como la Decena Trágica, por otra, la recomendación hecha por los historiadores de trasladar la Junta a suelo mexicano, es resultado cuando menos de la incompreensión de lo que significaba ser anarquista bajo el gobierno de Madero; además de esto, y tal vez haciendo uso excesivo de la imaginación: ¿Cómo habría tratado la historiografía a Ricardo si este hubiera sido muerto junto con Práxedes o preso junto con Prisciliano? Puesto que, si la historiografía ha calificado como un error la decisión de Ricardo de no cruzar la frontera, ¿cómo habría calificado su muerte: ingenuidad, proclividad al martirio, rendición?

Por otro lado es cierto que, independientemente de lo que habría sucedido en caso de que Magón hubiera cruzado la frontera, lo que sí sucedió fue que, evidentemente, su posición en el campo de batalla se fue mermando aceleradamente, debido a la constante propaganda y rumores maderistas, mismos que confundieron a los

propios combatientes magonistas sobre los objetivos de la lucha y su diferenciación con los maderistas.

En marzo de 1912, el gobierno de Madero dio inicio a la persecución y el control de la prensa para castigar a quien publicara “noticias que exciten a la rebelión” (Barrera, 2014, p. 23); Ricardo Flores Magón utilizaba la prensa precisamente con ese fin... ¿cuál es el punto de cooperación posible entre ambos, según los historiadores? Ya lo sabemos, Madero ordenó en repetidas ocasiones el fusilamiento de militantes magonistas, ¿no habría hecho lo mismo con el propio Ricardo? Imposible saberlo, pero incluso asumiendo que hubiera decidido preservarlo con vida, Madero habría sido siempre y en todo momento, capaz de reducirlo a la impotencia total, como hizo con otros revolucionarios radicales.

No obstante esto, hay que decir que así como sostenemos que el traslado de la Junta a territorio nacional era, por decir lo menos, inviable en este y otros momentos, hubo ocasiones más propicias para ello, por ejemplo cuando Magón recibió la invitación de Emiliano Zapata para trasladarse a Morelos a imprimir *Regeneración*, ¿por qué no lo hizo? La respuesta, a decir del propio Magón, parece ser la siguiente: si para Lenin resultaba indispensable que para la buena marcha del desarrollo del socialismo en Rusia se consolidase la revolución comunista en Alemania, para Magón resultaba igualmente indispensable, para el desarrollo de la revolución popular en México, la revolución proletaria en EU; sin embargo, los argumentos de Lenin y de Magón no eran los mismos: para el primero, la necesidad de que la Revolución ocurriera primero en un país desarrollado, para el segundo, la necesidad de que en EU hubiera un gobierno que no interfiriera en los asuntos de México, o de un movimiento proletario que pusiera freno a dicha intervención⁵ (Barrera, 2014). De acuerdo con Trejo, para los magonistas como para Lenin la revolución debía ser mundial, o no tendría oportunidades de triunfar (Trejo, 2005, p. 262).

También en este punto nos encontramos con una dificultad teórico-práctica; puesto que, si por un lado resulta acertado afirmar que cuando un pueblo se declara

⁵ Para comprender la importancia que Magón asignó a este asunto, véanse los múltiples textos aparecidos en *Regeneración* bajo el título de “Movimiento de Solidaridad”, durante 1911.

soberano, no hay intervención extranjera capaz de someterlo (Rusia, Cuba y Vietnam vendrían después a corroborar este hecho) y por tanto las preocupaciones de Magón respecto de la intervención estadounidense resultaron posiblemente sobredimensionadas; por otro lado también es cierto que las decisiones que tomara el gobierno de Estados Unidos para con los acontecimientos en México resultaría determinante a la hora de la ejecución de los planes del PLM, los cuales involucraban el paso de revolucionarios y elementos de guerra a través de la frontera.

En efecto, como lo demostrarían los años de 1914 y 1916, con la invasión del puerto de Veracruz y la expedición norteamericana en busca de Francisco Villa, el pueblo mexicano era tan soberano (y tan antiyanqui) como Magón lo hubiera querido; no obstante, eso no impidió que los asesinatos de Madero y Carranza, así como las dimisiones de Díaz y Huerta, hayan llevado el sello de aprobación del gobierno estadounidense.

Como ya sugerimos al inicio de este capítulo, los historiadores que consideran un error la permanencia de Ricardo en EU, no solamente no consideran la enorme posibilidad de que Magón hubiera sido muerto o prisionero tan pronto como pusiera un pie en México (Ricardo se consideraba a sí mismo lo suficientemente gordo y torpe como para siquiera poder correr o esconderse de la policía), sino que olvidan tomar en cuenta que (aunque ahora sabemos que nunca sucedió, en aquel tiempo no había modo de saberlo) el partido socialista y el movimiento sindicalista en EU daban razones suficientes para pensar que resultarían vencedores en el corto plazo, y que por tanto, la estancia de Magón en Estados Unidos podría tener un resultado positivo.

Si bien se puede objetar que, de hecho Ricardo fue finalmente asesinado en Estados Unidos, logró sin embargo mantener su trabajo a flote muchos años, incluso por más tiempo que sus ex compañeros que cruzaron la frontera, más aún, Ricardo, durante su última prisión, había aceptado que, tanto en EU como en México, el

movimiento revolucionario se hallaba hacia 1920 en un franco reflujó, al cual Ricardo responde expresando su intención de volver a México a continuar la lucha, de nuevo por medio del periodismo, no por la vía armada.

La historia del movimiento socialista en EU aún no estaba escrita mientras se desarrollaba el conflicto armado en México: las posibilidades del triunfo electoral del Partido Socialista en Estados Unidos eran enormes, si bien al final todo quedó sólo en posibilidades esto no tenía modo de saberse. No obstante, es cierto que para Magón la revolución en México no dependía directamente de la revolución en EU, puesto que Ricardo se había comprometido con la revolución mexicana mucho antes de conocer las condiciones del movimiento proletario en EU.

Intentando ser justos, creemos que no podemos juzgar si la permanencia de Ricardo en EU constituyó un acierto o un error: hay argumentos tanto a favor de una postura como de la otra: por un lado, indudablemente ocasionó la huida hacia el maderismo de muchos elementos valiosos para la potencial lucha anticapitalista, además de que la situación muchas veces se prestó para que se creyera que Magón ya había muerto, o que en efecto había acordado con Madero postularse a la vicepresidencia, como el propio RFM lo sabía (Barrera, 2014, p. 351).

Por otro lado, no es posible saber si en caso de un enfrentamiento entre los socialistas-anarquistas en EU contra el gobierno norteamericano, hubieran triunfado los primeros; en tal situación habría podido jugar un importante papel el magonismo; pues en caso de que el movimiento socialista triunfara sobre la burguesía en EU, habrían sido los magonistas el mejor punto de enlace entre el desarrollo del movimiento social norteamericano y la revolución mexicana.

Tampoco sabemos si la sola presencia de Magón en territorio nacional (aún en condiciones en que su vida no corriera peligro) hubiera bastado para influir de manera determinante la dirección de la lucha, puesto que abundan ejemplos sobre cómo el consejo de importantes actores de la revolución no encontraron la respuesta que merecían: Villa no escuchó a Felipe Ángeles cuando éste le conminó a que derrotara a Obregón, en un momento en que era posible hacerlo: Ángeles

tenía probablemente la razón, Villa no, pero eso no bastó para que lo escuchara; de igual manera, no sabemos si, estando Magón dando un discurso a los trabajadores de la ciudad de México sobre cómo su tarea principal consistía antes en expropiar la propiedad burguesa que en formar gobierno, le habrían estos volteado la espalda, creyendo ver en Ricardo un representante del gobierno caído; no lo podemos saber. Revolucionarios verdaderamente comprometidos con la causa popular como lo fueron Salvador Alvarado o Francisco J. Múgica, aunque decidieron permanecer en las filas constitucionalistas esperando empujar hacia la izquierda el resultado de la contienda, no corrieron mejor suerte que los magonistas que permanecieron aislados de las facciones burguesas revolucionarias; por ende, cualquier resultado alternativo a lo que finalmente sucedió, es incognoscible.

Lo que sí sabemos que ocurrió, fue que miles y miles de mexicanos desoyeron a Magón cuando este se dirigía a ellos por medio de *Regeneración*; en cambio confiaron sus destinos a representantes de otra clase social, primero a Madero, después a Carranza; muchos lo hicieron por ignorancia, pero también muchos, como Diéguez (antiguo magonista), por abierta traición a la clase obrera, y esto terminó determinando el resultado ya conocido de la revolución.

Sin embargo y pese a los errores, hubo algo en lo que RFM siempre tuvo la razón: todos aquellos que por alguna razón tacharon de cobarde su decisión de permanecer en EU en lugar de participar en la contienda armada, perdieron de vista un elemento importante: balas se dispararon muchas en suelo mexicano, y las que hubiera alcanzado disparar Ricardo no habrían sido decisivas para invertir la correlación de fuerzas, lo que había que hacer era, en efecto, educar, y esta tarea, desde la óptica de Ricardo, sólo podía llevarse a cabo con los recursos materiales con que contaba en Estados Unidos; muchos llevaban en las manos un arma, pero que prendiera en sus cerebros la idea de la expropiación dependía de la educación política, y no de que hubiera un rifle más o uno menos en el campo de batalla.

No obstante, y aunque podamos estar en desacuerdo con esta táctica (la de dirigir ideológicamente una lucha, pero rechazar su dirección física), hubo congruencia siempre en el planteamiento de Magón, en el no querer asumir un protagonismo personal en una lucha que, en realidad era de los trabajadores, y no de él como individuo; al objetar cualquier atribución de mando, Magón no solamente hacía votos de honestidad, sino que confirmaba su férrea decisión de acompañar al pueblo mexicano en su lucha, a donde sea que esta fuere a parar.

Podemos estar en desacuerdo o no con esta actitud, pero a nadie quedará la duda, de que los anarquistas de la Junta no buscaron en ningún momento beneficios personales; cosa que, jamás podrá decirse de los jefes maderistas. Estando así, quirúrgicamente diferenciados los dos campos, el de los que buscaban única o principalmente beneficios personales y el de los que buscaban beneficios colectivos, tenemos que voltear al pasado para ver qué podemos aprender de la lucha de Magón, qué merece ser rescatado para el presente.

Pese a los errores, un hecho resulta innegable, la ausencia de Ricardo en el teatro de operaciones militares no fue comprendida por muchos de los viejos luchadores liberales, muchos de los cuales se fueron con Madero, sin que esto significara en todos los casos una traición a sus principios, antes al contrario: entre más honestos fueran los principios de los liberales, más eran sus ganas de luchar, y tanto más su necesidad de encontrar un referente de lucha; Magón así lo entendió, y aunque lamentó la desbandada de liberales hacia el maderismo, siempre mantuvo la convicción de que aquellos hombres, aunque confundidos, luchaban por principios muy similares a los suyos; su trabajo no había sido en vano.

B) LOS LEVANTAMIENTOS ARMADOS

“Luchar no es entregarse al martirio o buscar la muerte. Luchar es esforzarse por vencer. La lucha es la vida.”

Para entender de mejor manera este tema, tendríamos que pensar en primer lugar que el papel que Magón le concede al enfrentamiento armado, difiere radicalmente de aquel que le concedieron otros actores de la Revolución; mientras para la mayoría de los maderistas, la violencia no fue sino el último de los recursos, para el magonismo, el ejercicio de la violencia revolucionaria es la columna vertebral a lo largo de la cual se cohesionan los demás elementos; los procesos de organización, educación y movilización, tienen por objetivo final el enfrentamiento militar con el Estado burgués, enfrentamiento durante el cual una clase social debe procurar la desaparición física de la otra; el magonismo prepara a sus cuadros militares desde el inicio de la formación política.

A pesar de que como ya señalamos, la investigación de Lomnitz niega a los liberales cualquier oportunidad de triunfar en el ámbito militar, esta es una opinión que no encuentra eco en ninguna otra investigación, pues si bien, por consenso los historiadores coinciden en que el tiro de gracia a la Dictadura lo dio el incontenible levantamiento zapatista en el sur, también por consenso señalan que, en el norte, fueron de hecho los guerrilleros magonistas quienes habían conseguido las más importantes victorias militares sobre los federales, y no los maderistas (Hernández; 1984), situación que cambió a finales de febrero de 1911, cuando Madero se fortaleció por medio de la traición a Prisciliano Silva, y de los éxitos militares que comenzaron a cosechar las fuerzas maderistas comandadas por José de la Luz Blanco.

De hecho, se observa en las comunicaciones oficiales entre los diplomáticos mexicanos en EU y las autoridades mexicanas (principalmente durante los años 1905-1913), una importante preocupación por las actividades desarrolladas por los magonistas; aun cuando se reconoce que conforman grupos relativamente pequeños, una y otra vez se hace presente el miedo de las autoridades a que las

ideas de los liberales llegaran a encontrar una expresión militar poderosa, lo que podía suceder en cualquier momento (González, 1976).

Al igual que con el tema del anarquismo, la crítica (no en sentido constructivo, sino de descalificación) de los levantamientos armados es un asunto que se desarrolla *a posteriori*, ignorando importantes elementos que en su momento fueron relevantes: por ejemplo, mientras los militantes del PLM que participaron en los levantamientos armados consideraron que el de 1908 estuvo mucho mejor preparado que el de 1906, Claudio Lomnitz en cambio se refiere a dichos acontecimientos como parte de una “insensata incursión” (Lomnitz, 2016, p. 362).

Opiniones como esta, reprochable por supuesto, convierten al historiador en casi un agente de la contrainsurgencia; es cierto que los intentos revolucionarios de 1906 y 1908 no se propagaron como se esperaba, y que el fracaso costó la vida y la libertad de una importante cantidad de revolucionarios valiosos, pero eso no quiere decir que dichos intentos no pudieran propagarse en absoluto; en 1906 se levantaron en armas Sarabia y Villarreal, en 1908 no lo hacen porque se hallan presos, no porque consideren que no deban hacerlo; sabiendo esto, parece tendencioso descargar la culpa del fracaso de los intentos revolucionarios de 1906 y 1908 en los hombros de Magón, como lo hace Lomnitz.

Hasta ahora, no hemos localizado a un sólo historiador que haya concluido que el levantamiento maderista estuvo mejor preparado que los intentos magonistas de 1906 y 1908, sin embargo, opiniones como las de Lomnitz, refuerzan la sensación de que los levantamientos previos al de noviembre de 1910, no pasaron de ser meras ocurrencias.

Los comentarios de este tipo, contienen además, quizá sin que el emisor pueda percibirlo, un error de interpretación del factor tiempo, pues al asumir que la rebelión de 1908 estuvo equivocada, lo que se está queriendo decir implícitamente es que la de 1910 *era la buena* (puesto que a esta Lomnitz no la ha considerado prematura, ni “insensata”); juzgar las rebeliones previas a través de los resultados de la revolución de 1910 no sólo es incorrecto, sino injusto; constituye un error en la

interpretación del tiempo histórico que no se puede permitir un historiador. ¿No son, de cierto modo, los levantamientos de 1906 y 1910, el mismo levantamiento? ¿No es el mismo malestar social el que se manifiesta en ambas insurrecciones?

En su obra *Las voces de la Historia y otros estudios subalternos* (2002), el historiador indio Ranahit Guha aborda un problema bastante parecido al que tratamos de desentrañar: Guha señala que la historiografía reciente sobre las insurrecciones campesinas de mediados del siglo XIX en India es incomprensiva, ya que aunque se autoproclama imparcial, se basa en fuentes oficiales, y al igual que ellas, termina denostando dichas insurrecciones, calificándolas de *espontáneas e impremeditadas*, en las que la razón parece no tener lugar.

A ello, Guha argumenta que en la India del siglo XIX, rebelarse significaba para el campesino violar toda una serie de códigos culturales, religiosos y familiares, no sólo legales, que definían su existencia misma: para el campesino, “el riesgo de <<perturbar el orden>> en estas condiciones era tan grande que no podía permitirse embarcarse inconscientemente en un proyecto semejante” (Guha, 2002, p. 43).

Algo similar podríamos decir de historiadores como Lomnitz, para quienes no existe el hecho (defendido por los insurgentes mismos) de que se contaba de hecho con una organización revolucionaria, cuyos miembros no tenían la más mínima intención de ofrendar la vida por un proyecto que no les ofreciera una perspectiva de victoria; que las cosas no hayan resultado como las planearon, no significa que no las hayan planeado en lo absoluto.

Este es otro mito que ha creado la historiografía sobre el magonismo, la de su supuesta tendencia al sacrificio estéril, cosa que de nueva cuenta, nos vemos obligados a replantear cuando leemos directamente a Magón, y no a sus historiadores. Hernández Padilla señala como una “tradicción” de “la izquierda de todos los tiempos” su tendencia al martirologio (Hernández, 1984, p. 188), lo cual, cuando menos en el caso del magonismo, parece no ser verdad.

Trayendo a Guha sobre el tema que nos ocupa, podemos decir algo también similar; no sólo hablamos de un tema cuya impresión posterior ha sido marcada de manera

casi permanente por la versión oficial, así como el hecho de haber sido estigmatizado por la autoproclamada imparcialidad del historiador; el magonismo además ha sido estudiado desde un enfoque que Guha llama “estatalista”, que aplicado al magonismo (tanto desde la derecha como desde la izquierda), lo descalifica en automático, por ser éste de naturaleza anarquista.

Y así como los historiadores de las insurrecciones campesinas indias *olvidaron* documentar las formas de lucha que las precedieron (puesto que mencionarlas implicaría un reconocimiento de la parcialidad de sus investigaciones), también los historiadores del magonismo *olvidan*, por un lado la existencia de su organización revolucionaria, y por otro, las condiciones de persecución y hostigamiento que sufrió el PLM, y cómo estas modificaron su curso y afectaron sus posibilidades de dirigir la lucha revolucionaria; por eso, autores como Lomnitz condenan las insurrecciones de 1906 y 1908, sin tomar en cuenta las voces de sus participantes, voces que, a la vez que consideraban que ya se contaba con una organización capaz de iniciar la Revolución, jugaban con el tiempo en contra, toda vez que el porfirismo les seguía la pista y podría capturarlos en cualquier momento. Todas aquellas voces y sus argumentos a favor de la insurrección han sido silenciadas por los historiadores.

En efecto, la infiltración de los grupos revolucionarios era una bomba de tiempo que amenazaba con poner fin a lo que hasta entonces se había construido (recordemos que prácticamente todos los miembros de la Junta y sus colaboradores más importantes fueron llevados a prisión entre 1906 y 1909, además, día con día crecían las sospechas de traición, a veces entre los liberales más convencidos), por lo que decidieron intentar encender la mecha. ¿Podríamos calificar esta actitud de “aventurada”? Quizá, pero tendríamos que cuestionarnos por qué no hacemos lo mismo al referirnos a la insurrección maderista.

En 1908, no solamente los magonistas consideraban a su organización revolucionaria capaz de iniciar la revolución, sino que además existía el temor de que los grupos que ya estaban preparados, fueran desarticulados; aunque se reconocía que se debía *renunciar a la esperanza de tener una perfecta organización de grupos absolutamente listos*, se consideraba que el aplazamiento indefinido

haría caer en el desaliento a los grupos que ya se consideraban preparados para entrar en combate. ¿Estamos con esto justificando y aprobando cada una de las acciones magonistas aun cuando a la larga resultaran erróneas? No. Lo que queremos lograr es que los historiadores se cuestionen su reticencia a escuchar (y permitir que se escuchen) las razones de quienes llevaron a cabo dichos levantamientos.

Podríamos debatir sobre si la decisión de ir a la lucha armada por el miedo a ser aprehendidos fue o no adecuada, pero lo cierto es que considerarla incorrecta constituye un error ético y metodológico, pues para ello habría que pasar por alto la voz de sus ejecutores, para quienes la decisión de iniciar la rebelión se planteaba en otros términos: ¿no tendría mayores posibilidades de triunfar el movimiento revolucionario, estando los revolucionarios sobre las armas y no en prisión?

Para poder divulgar críticas a los intentos revolucionarios de 1906-1908, es preciso silenciar a quienes participaron de ellos, y esto, para nosotros, constituye un acto más propio de un agente de la contrainsurgencia que de un historiador. Por lo que se deduce de todos los materiales escritos en su momento, el levantamiento de 1908 se consideraba mucho mejor preparado que el de dos años antes, aún y cuando el de 1906 involucró de hecho la puesta en marcha de todos los elementos con que contaba la Junta (recordemos que fue en este primer intento en el que Juan Sarabia fue hecho prisionero y Ricardo estuvo cerca de serlo). La persecución de los liberales durante y después de los preparativos para la rebelión de 1906, le planteó seriamente la duda sobre si de verdad serían capaces de resistir durante mucho tiempo. Cualquier tipo de espera o inactividad, significaba, en opinión de los liberales, tiempo de ventaja para los agentes de la dictadura.

Por lo tanto, aunque lo ideal hubiera sido que para cuando estallase la rebelión maderista, los grupos magonistas se encontraran completos y mejor pertrechados, no se pueden condenar los levantamientos de 1906 y 1908 tachándolos de apresurados; cuando Ricardo coordinó, ya sin el concurso de Sarabia y Villarreal, el levantamiento de 1908, para procurar que fuese el “elemento anarquista” el que guiase los acontecimientos, Magón estaba tratando de adelantarse a lo que

finalmente ocurrió, el predominio del elemento democrático-burgués a la cabeza del movimiento popular; este riesgo, aunado a la persecución y el espionaje, hicieron que los planes de la Junta no resultaran como se esperaba.

Vale mencionar que los únicos dos revolucionarios a los que Porfirio Díaz llegó a reconocer como tales, revolucionarios de verdad y no simples delincuentes, Juan Sarabia y César E. Canales, ambos magonistas, cayeron prisioneros durante el intento revolucionario de 1906: en otras palabras, incluso Díaz supo reconocer el riesgo que le significaban los planes de la Junta, son los historiadores quienes han resultado incapaces de comprender esto.

La historiografía sobre el magonismo ha debatido de manera superflua las actividades militares de la Junta; aunque los historiadores se han expresado de distintas maneras sobre el asunto, no han ahondado en él. Como hemos intentado demostrar, la importancia de la vertiente magonista de la Revolución radica en su contenido ideológico, más que en su expresión militar; no obstante, las intenciones de RFM no se redujeron a la actividad ideológica: la formación de ejércitos magonistas, si bien no fructificó, fue siempre parte de las tareas de la Junta.

Sin embargo, la suerte casi nunca jugó del lado de los militares magonistas: el 30 de diciembre de 1910, después de la toma de la población de Janos, en Chihuahua, Práxedes Guerrero, el cuadro militar y político más importante del magonismo fue asesinado, al parecer por uno de sus propios hombres, tras haberlo confundido con un espía enemigo; aunque no podemos asegurar que la muerte de Práxedes haya sido la causa de la derrota militar de la propuesta magonista, a esto vendría a sumarse pronto la detención de Prisciliano Silva, Lázaro Alanís y demás jefes militares magonistas en febrero y abril de 1911; a lo largo de los años 1911-1913, los principales jefes militares magonistas se adhirieron a otras banderas, no sólo al maderismo y al zapatismo, sino incluso al huertismo. La última apuesta militar magonista de importancia sería la incursión, por la frontera con Texas, de un grupo armado comandado por Jesús María Rangel, mismo que sería detenido por agentes fronterizos norteamericanos antes de poder ingresar a México.

Si bien el desarrollo de los acontecimientos en el terreno militar terminó por favorecer a otras banderas, no significa esto que el magonismo no haya tenido ninguna oportunidad de vencer: hasta antes de la muerte de Práxedes, el terreno militar era dominado por los magonistas, no sólo esto, además, el que llegaría a ser uno de los más importantes jefes maderistas, José de la Luz Blanco, era reivindicado por RFM como integrante de sus fuerzas militares, pues Blanco no se pronunció maderista sino hasta principios de marzo de 1911; también sobresale el hecho de que los militares magonistas, tuvieron más problemas para lidiar con sus compañeros extranjeros, pese a que Magón se empeñaba en hacerles comprender que el trabajador no tenía patria; este hecho, de apariencia anecdótica, tuvo importantes consecuencias negativas para el PLM, pues terminó echando por tierra el plan militar para la toma de Baja California.

Dicho esto, podemos entender que la posibilidad de victoria militar del PLM fue bastante real durante los primeros meses de la contienda contra el porfirismo: la muerte de Práxedes y el arresto de Prisciliano, eventos que marcarían el declive del magonismo en su expresión militar, tienen que ver más con eventos fortuitos, que con referencias al carácter “sectario” y “utópico” del magonismo. Rubén Trejo incluso sugiere que la muerte de Práxedes truncó definitivamente los planes de la Junta de trasladarse a México para dirigir de manera directa las operaciones militares (Trejo, 2005, p. 65), opinión compartida por Lomnitz. El plan militar de los magonistas, antes que presentar fallas de tipo teórico (como sugieren sus detractores), fue en realidad víctima de circunstancias adversas, contra las que poco o nada podía hacer Ricardo; cuando William Howard Taft, presidente de EU, propuso al gobierno interino de León de la Barra hacer cruzar tropas mexicanas por territorio estadounidense para derrotar con mayor facilidad a los magonistas que mantenían tomadas Mexicali y Tijuana (Trejo, 2005, p. 147), ¿tenía esto algo que ver con contradicciones internas del PLM, era esto consecuencia natural de sus “inconsistencias ideológicas” o se trata simplemente de una correlación de fuerzas adversa?

Si bien las actividades de los magonistas en Baja California nunca llegaron a suponer un riesgo para el control que sobre los revolucionarios había conquistado Francisco I. Madero; no obstante el valor simbólico de la presencia de la bandera roja del PLM era entendido en su dimensión por el gobierno interino de De La Barra-Madero, quienes dispusieron de todos sus elementos en México y EU para destrozar a los anarquistas.

No por ello se puede decir que la actividad militar de los magonistas en BC fue completamente estéril; pues no solamente los combates librados por las avanzadas pelemistas en contra de los soldados federales llegaron a ser tan efectivas que incluso el gobernador de Baja California llegó a creer que el coronel encargado de las operaciones federales, Celso Vega, estaba apoyando a los magonistas (Martínez, 1958), sino que la sola existencia de una bandera diferente a la del maderismo en los campos de batalla, dificultaba la realización del programa burgués de Madero.

No es nuestro interés sumarnos al debate sobre las posibilidades del magonismo de vencer militarmente, pues el motivo del presente trabajo consiste en argumentar que su importancia radica en su propuesta ideológica y su utilidad actual, antes que imaginar lo que pudo haber sido, sin embargo consideramos importante recordarle a los historiadores que la definición de vencedores y vencidos no se da durante estos años; a nuestro parecer, la derrota definitiva del magonismo no puede establecerse sino hasta 1916, año en que el constitucionalismo se sobrepuso al resto de las facciones políticas, y sólo era cuestión de tiempo para que acabara con ellas; hasta antes de esta fecha, la posibilidad de que el movimiento popular profundizara sus aspiraciones y conquistas, no dejaba de ser una realidad (independientemente de si lo hacía gracias a líderes magonistas, o no).

Las insurrecciones magonistas tuvieron una desventaja adicional a las ya apuntadas: la mayoría de sus elementos se encontraban en Estados Unidos, y la importancia que este país le concedía al movimiento revolucionario en México ponía en severo riesgo los planes de la Junta, RFM lo describió así, en una carta a Enrique: “Por su parte Roosevelt, aun cuando no invadiera, mandaría sus tropas a

la frontera y perderíamos de realizar parte del plan, no pudiendo meter compañeros de esta nación, como los diversos grupos de Texas”.

En esa misma carta, escrita en junio de 1908, Magón también confiesa su seguridad sobre el hecho de que el pueblo estadounidense, aún el agrupado en torno de sindicatos y organizaciones anticapitalistas, es incapaz de detener la posible invasión, por lo que la táctica de Ricardo consiste en primero generar el levantamiento, para después llamar la atención de los estadounidenses, apelándoles a detener la invasión.

Esta táctica magonista finalmente va a fracasar, pues no fue necesaria la invasión norteamericana para cortar de tajo los planes de la Junta: con la simple movilización de tropas estadounidenses sobre la frontera en 1911 y el refuerzo de las actividades de vigilancia en los años posteriores, las fuerzas magonistas del otro lado de la línea quedaron efectivamente maniatadas, como lo demostró la captura de la cuadrilla magonista encabezada por Jesús M. Rangel a finales de 1913, quedando eliminada, a partir de ese momento, toda posibilidad para formar un ejército formalmente magonista.

Sin duda alguna, el llamamiento a las armas más controversial hecho por Ricardo no son los de 1906 y 1908, sino el que se hace inmediatamente después de la renuncia de Porfirio Díaz, pues los revolucionarios maderistas consideran que el triunfo ya se ha logrado, que ya no queda más por qué luchar; es cierto que fue precisamente en ese momento en el que el nuevo régimen gozaba de mayor legitimidad y en el que invertir la correlación de fuerzas, desfavorable a los pelemistas, resultaba particularmente difícil; lo que no es cierto, como aseguran algunos historiadores, es que en ese momento, la actividad de los magonistas podía tornarse “civil”, a fin de adecuarse al nuevo escenario nacional, de manera que el PLM pudiera seguir avanzando en sus planes, pues como bien pronto se demostró, el gobierno de Madero no cumpliría siquiera con su promesa de libertad de prensa para la oposición.

Esto, aunque parece una salida lógica a una situación desfavorable, es definitivamente falso para este momento histórico; en realidad, con la próxima consolidación del gobierno de Madero, los magonistas se encontrarían en una situación cada vez más adversa, como lo probaría la persecución contra la prensa disidente y la persecución del zapatismo bajo el gobierno maderista.

Si atendemos exclusivamente a las fuentes oficiales (maderistas) el llamado de Magón a continuar la actividad revolucionaria por la vía armada⁶ aún después de la firma de los Tratados de Ciudad Juárez, aparece, efectivamente, como un acto de insensatez, pero esta sensación se matiza en la medida en que se lee *Regeneración* del año de 1912, pues hubo algo en lo que Magón acertó: lo que ocurría en México durante aquellos años era una Revolución, una como la que no había habido hacía cien años y no la habría después; era un momento único en el que no debían escatimarse esfuerzos: todo llamamiento a las armas hecho por Ricardo está determinado por esta situación, invisible a ojos de los reformistas de la época y de los historiadores del presente.

Por otro lado, no olvidemos que la asunción de Madero a la presidencia no implicaba únicamente el cese al fuego, sino también el desarme de los revolucionarios movilizados; y para Magón, como para Zapata, el acto de dejar las armas significaba por sí solo una derrota para cualquiera que así lo hiciera, independientemente de todo lo positivo que tuviera que ofrecer el gobierno de Madero; pues parte del triunfo consistía precisamente en no dejar las armas, así lo corroboró el propio Madero en febrero de 1913, cuando descubrió las consecuencias de haber desarmado a sus posibles aliados, al tiempo que dejaba armado al ejército porfirista. En este sentido, resulta ilustrativa la opinión de González Monroy, en cuya evaluación de los

⁶ Hay que matizar además la idea que pueden generarnos los historiadores sobre el desafío que el magonismo hizo al gobierno de Madero, pues en general no hace un llamado al enfrentamiento directo, sino a la defensa de lo que hasta entonces había sido conseguido durante la revolución, por ejemplo: "Cualquiera que sea el curso de los acontecimientos, los trabajadores no deben entregar sus armas a nadie: deben guardarlas[...] Los trabajadores [no deben deponer] las armas ni aún cuando se haya tomado posesión de la tierra (Barrera, 2014, p. 297).

acontecimientos de 1911 llama al licenciamiento de los revolucionarios orquestado por Madero y Porfirio Díaz “el triunfo de la Revolución” (González, 1962, p. 136).

CONCLUSIÓN

De este modo, entre 1910 y 1929 –año de la llamada “institucionalización de la revolución”- mientras los conflictos entre clases se resolvieron principalmente por medio de las armas, existió siempre la posibilidad de profundizar el alcance de las demandas populares, de remontar la lucha popular; es precisamente con la “institucionalización” de la revolución, con la que se termina la posibilidad de exigir mayores reivindicaciones fuera de los márgenes establecidos por la burguesía: en el momento en que el proletariado del campo y la ciudad deja de utilizar la violencia o la amenaza del uso de esta, los conflictos se encauzan por medios institucionales, y es en este momento cuando de hecho adquieren un carácter irresoluble, pues el proletariado desarmado se halla indefectiblemente sometido a la burguesía, ahora poseedora del monopolio del uso de la violencia.

Pero mientras esto no ocurrió (y precisamente para evitar que llegara a ocurrir), el llamado magonista a no rendir las armas resulta pertinente en todo momento; la renuncia a la utilización de la violencia por parte del movimiento popular, constituyó una sentencia de muerte para el mismo, y Magón es de los revolucionarios que dieron a este tema la importancia debida.

CAPÍTULO 3

H) SIGNIFICADO HISTÓRICO DEL MAGONISMO: UNA OBSERVACIÓN DE OBSERVACIONES

Son “las actividades de Flores Magón (Ricardo) y de los magonistas, el punto de arranque donde hay que colocar, a nuestro modo de ver, los antecedentes contemporáneos de una conciencia socialista, propia, nacional, de la clase obrera mexicana”.

José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*

La historia es escrita, antes que por historiadores, por una clase social y para servicio de esa clase: no estar consciente de ello, no exime al historiador de ajustarse a esta regla; el historiador de una clase social, concluirá que el movimiento armado de 1910-1929 fue todo un éxito; un historiador perteneciente a otra clase social, concluirá que lo logrado en la Revolución no fue suficiente, dirá que el movimiento popular no cristalizó sus aspiraciones en 1917, que fue interrumpido; alguno más considerará que la revolución no era necesaria, y que el Porfiriato había sentado bases apropiadas para el correcto desarrollo del país.

El historiador Ramón Eduardo, por ejemplo, en su obra *México: la gran rebelión* (1984), considera que los acontecimientos de principios del siglo XX en México no constituyen una Revolución, pues para que esta pueda considerarse como tal, argumenta que los medios de producción deben pasar de manos de una clase social a las de otra; es evidente que aunque esta opinión no es compartida por la casi totalidad de los historiadores de la revolución mexicana, nos muestra que hay diferentes y muy variadas formas de interpretar los acontecimientos históricos, dependiendo desde dónde se les mire. Si bien no siempre cada historiador es capaz de identificar con claridad las contradicciones de clase existentes en el periodo que estudia, no obstante termina representando a través de su obra los intereses históricos de alguna de las clases sociales en pugna.

Toda investigación histórica sobre el magonismo, incluye la valoración que de él hace el historiador, a veces es explícita y se encuentra en el apartado de sus conclusiones, otras veces se halla de una manera más difusa, distribuida a lo largo de toda la obra. Para poder identificar esta valoración, así como sus posibles causas, observaremos a los observadores del magonismo, así como el contexto desde el que escriben.

Los historiadores que han trabajado el magonismo, lo han interpretado de muy diversas maneras: para Rubén Trejo por ejemplo, el magonismo constituye un “antecedente del pensamiento y la práctica autogestionaria de nuestro país” (Trejo, 2005, p. 15): Trejo lo considera así porque él mismo participa de las prácticas autogestionarias de las comunidades del sur de México; para José Revueltas, el magonismo significa el embrión, no desarrollado aún, de la independencia de clase del proletariado, elemento indispensable para lograr de manera efectiva la superación del Capitalismo (Revueltas, 1962).

A pesar de ser estas interpretaciones diferentes entre sí, ambas se basan en argumentos reales; en efecto, una gran parte de los proyectos autogestivos de nuestro país, sobre todo los sostenidos por las comunidades indígenas, reivindican la figura de Ricardo Flores Magón como símbolo de su lucha; también consideramos, como hace Revueltas, que la conciencia aún no desarrollada de la clase obrera mexicana, debe su atraso en parte al desconocimiento del magonismo, y que el proletariado mexicano necesita desarrollar su conciencia de clase para poder construir un Partido Comunista.

Sin embargo, no todas las valoraciones de los autores son enteramente positivas, y algunas otras parecen querer evitar el compromiso de asumir una postura de frente al magonismo; por ejemplo, Enrique Condés Lara (Condés, 2015), si bien se expresa del magonismo en términos favorables, termina la parte de su obra dedicada a RFM dejándonos en suspenso respecto a sus conclusiones; para Armando Bartra por su parte, “la corriente más radical de la Revolución mexicana” (Bartra, 1977) representa para él un tema del cual no llega a elaborar una conclusión completamente positiva, pues no solamente acusa en el magonismo lo que

considera las consecuencias del sectarismo y el anarquismo como ya indicamos, sino que después de haber publicado el texto que hemos estado mencionando, no volvió escribir sobre el asunto. No obstante, Bartra continúa ocupándose de temas sociales: Emiliano Zapata, el marxismo, José Revueltas, las rebeliones campesinas y Felipe Carrillo Puerto, son algunos de los sujetos de sus investigaciones, por lo que la lectura de su obra es recomendable.

Algunos más, los que no se han citado de manera constante a lo largo de nuestro trabajo y que no aparecen puntuales en estas conclusiones, no han dado una conclusión definitiva sobre el magonismo, tal como sucede con Enrique Condés Lara y Jacinto Barrera Bassols; igualmente hemos desestimado para estas conclusiones a aquellos autores que, por el objetivo mismo de su investigación, llegaron a la ya señalada conclusión de que el magonismo no constituyó un movimiento filibustero, obras que se enmarcan dentro de lo que hemos llamado “el segundo momento” de la historiografía sobre el magonismo.

Por otro lado, están los textos que lo presentan como un “antecedente” de la Revolución, su “precursor”; a esta clasificación pertenecen principalmente *Precursores intelectuales de la revolución mexicana (1900-1913)* (Cockcroft, 1968) y *Rebeldes solitarios: el magonismo entre los pueblos mixtecos* (López, 2013). Estas obras, cuya lectura es recomendable, incluso indispensable para una valoración completa del magonismo, no obstante solamente nos presentan de él su fase embrionaria, dejando pendiente la de su desarrollo.

La causa de las variaciones en las interpretaciones, ya las hemos señalado a grandes rasgos en la enunciación de las tres etapas de la historiografía magonista; hacia los primeros años de la Revolución mexicana, aún estaba fresco en la memoria colectiva el recuerdo de la guerra con Estados Unidos de 1846-1847; el siglo XIX mexicano se había definido en parte por las constantes agresiones que sobre el territorio mexicano había efectuado el gobierno norteamericano; aunque el gobierno de Porfirio Díaz se encontrara muy cerca del de Estados Unidos, el sentimiento antiyanqui en México era visiblemente fuerte, como lo demostraron las insurrecciones populares que siguieron a eventos como la invasión norteamericana

del puerto de Veracruz en 1914 y la llamada “expedición punitiva” comandada por el general John Pershing en 1916.

Esta situación explicaría no sólo por qué le atrajo tantos problemas al PLM su colaboración con revolucionarios estadounidenses, sino por qué los relatores de aquellos hechos veían detrás del internacionalismo magonista, la amenaza del expansionismo estadounidense. *¿Se apoderará Estados Unidos de América de Baja California?*, surge de este contexto. Sería tal vez mejor decir que se alimenta de este contexto, pues no fue escrito sino hasta 1920, cuando la agitación revolucionaria ya no era una excusa para justificar la confusión en torno del carácter de la expedición magonista a Baja California. Su autor, el historiador Rómulo Velasco Ceballos, también periodista, escribía para los diarios conservadores de *El imparcial* y *El Universal*, enemigos declarados de la Revolución, por lo que no es de sorprender que su obra se haya apegado tan estrictamente a la tesis del filibusterismo, misma que para 1920 bien pudo haber sido fácilmente desmentida, si se hubiera tenido la voluntad de hacer una investigación mínimamente imparcial.

Por tanto, no es sorpresa que una obra que aborda la invasión de Baja California desde una postura nacionalista y reaccionaria, se haya permitido equivocarse en cuanto a la caracterización de los revolucionarios magonistas que intentaron hacer de la Baja California su base de operaciones a inicios de 1911.

Una vez conjurado el miedo de la conquista total de México por parte de Estados Unidos, hacia mediados del siglo XX comienzan los historiadores a dar cuenta del magonismo en otros términos; ahora parece menos complicado estudiar la actividad magonista a través de los conceptos de la lucha de clases, y no del nacionalismo mexicano de principios de siglo. No solamente sucede un cambio de época, sino un cambio en la intención de los estudios históricos; como señala Mendiola, no es posible simplemente comprender a los historiadores basándonos en lo que argumentan “sino que es necesario pasar por el ‘quién’ del que habla para comprender lo que dice” (Mendiola, 2000, p. 513).

Y el *quién* detrás de los estudios sobre el magonismo es generalmente el historiador que, por un lado, parece simpatizar con la firmeza de RFM en sus convicciones, pero no con tales convicciones, con contadas excepciones, como la de José Revueltas; el mérito de Revueltas al descubrir a profundidad la concepción de la lucha de clases detrás del movimiento magonista no es atribuible a la mayoría de historiadores que para entonces escriben, pues a mediados del siglo pasado, aún existe entre los historiadores de la Revolución mexicana la certeza de que las conquistas revolucionarias “aún están por llegar”; el historiador, ahora enquistado en el gobierno “revolucionario”, funciona como un “parásito”, literalmente, como diría Mendiola, pues “no se puede observar a sí mismo” (Mendiola, 2000, p. 518), no es capaz de ver que su interpretación es resultado de su posición misma.

Los funcionarios del gobierno revolucionario de la primera mitad del siglo XX vieron en el magonismo un soporte de su propio gobierno, las fórmulas políticas que ahora se hallaban integradas en la Constitución; los militantes de partidos marxistas, como José Revueltas, ven en el magonismo las raíces históricas de la conciencia socialista en México, y ven en ello la posibilidad de contar con un partido político de clase; los movimientos autogestivos del país ven en RFM un símbolo de resistencia y de lucha por la vida; los historiadores ven en la lucha del Partido Liberal Mexicano la oportunidad de contar una historia, de publicar un libro. Por eso no basta observar al magonismo, hay también que observar a quien lo observa, y desde dónde lo observa, para entender los distintos resultados a los que lleva dicha observación.

Ya hemos apuntado que, aunque la mayor parte de los historiadores confiesan al inicio de sus investigaciones, estar buscando aportar elementos para el rescate del magonismo, terminan enredándose entre lo que consideran los aspectos positivos y los negativos de este, ofreciendo finalmente una especie de *neutralización* del mismo; como lectores, terminamos quedándonos con la percepción de que el magonismo *estuvo bien pero no tan bien, mal pero no tan mal*; este resultado no es reconocido como tal por sus creadores, pero se manifiesta, entre otras cosas, desde el momento en que el historiador no se plantea continuar trabajando el tema; desde

nuestro punto de vista, esto implica un reconocimiento de la poca importancia que le conceden a su difusión; solamente el historiador Jacinto Barrera Bassols mantiene un proyecto vigente y constante para la difusión del magonismo, de ahí en fuera, ningún otro historiador refrenda con acciones de divulgación su presunto compromiso con RFM.

Observando a sus observadores y el contexto desde el que nos escriben, podemos descubrir todo tipo de detalles, no sólo sobre el contexto mismo, sino sobre los cambios que experimentan sus observaciones, por ejemplo, como señala Samaniego en su artículo "*Enrique Flores Magón vs. Enrique Flores Magón...*" (2019), este veterano del PLM, después de haber sostenido tan alto como el propio Ricardo la bandera del anarquismo, sustituyó la defensa de este por la lucha por el reconocimiento de sus contribuciones a la Revolución, en términos de lo que se logró, y no de lo que pudo haberse logrado; el reconocimiento por parte del Estado mexicano llegó a constituir un asunto más importante que la defensa del anarquismo para Enrique; esta sustitución, entre otros factores, abonó decisivamente al olvido del anarquismo como componente de la Revolución mexicana. Aquí tenemos, irónicamente por parte de uno de sus otrora principales sostenedores, un precedente para la tergiversación del magonismo por parte de los historiadores cercanos al Estado.

El olvido del anarquismo por parte de estos historiadores, está explicado por situaciones como esta; explicado, más no justificado; pues como ya advertimos, la mayoría de los historiadores de RFM prefieren no tener nada que ver con el tema del anarquismo (no porque no lo mencionen, pues sí lo hacen, sino por el nulo esfuerzo por comprenderlo).

Para Carrillo Azpéitia, el magonismo fue la primera organización política del proletariado nacional, cuyo mérito consiste en demostrar que no es solamente necesario, sino útil, organizarse aún en las condiciones de lucha más penosas; "es el sembrador, el gran movimiento precursor que quitó las trabas puestas por el porfiriato al desarrollo nacional" (Carrillo, 1945, pp. 62-63). Luchar y organizarse, es una de las lecciones que Carrillo recoge de entre las cenizas del magonismo, una

interpretación de carácter estatalista y no anarquista, sin embargo una evaluación positiva.

Carrillo corona esta interpretación señalando que México, hacia 1945, se hallaba a punto de convertirse en un pueblo “libre, próspero, bien alimentado y educado”; esta esperanza, sostenida cuando menos durante los primeros sesenta años del siglo XX por los veteranos de la Revolución, alimentó el desprecio al anarquismo, al que se miraba con desconfianza, como un riesgo para la edificación de tan ansiado paraíso.

Sin dudas, el México de mediados de siglo parecía encaminarse a ese futuro soñado por los revolucionarios, de este contexto resulta comprensible la actitud de los historiadores de esta época, también de ahí deriva el renovado interés por conocer la obra de Magón, pues ya para entonces se le reconocía como uno de los grandes aportadores de los principios de justicia social expresados en la Constitución. Este optimismo, aunque no sobreviviría al siglo XX, explica la forma en que se abordó e interpretó el magonismo durante estos años.

Por esta evidente razón, las interpretaciones sobre el magonismo hechas a mediados del siglo XX por antiguos revolucionarios han quedado prácticamente superadas, no obstante algunas de sus conclusiones hayan sido alimentadas por el propio Enrique Flores Magón; obras como las de Carrillo Azpéitia, González Monroy, Amezcua, Padua y en general aquellas escritas por revolucionarios que ocuparon puestos en el gobierno entre 1911 y la década de los 50's, presentan por igual este problema: el de creer que la Revolución había elegido el camino correcto (claro está, porque eran ellos precisamente quienes lo habían elegido) y por tanto el magonismo había ya cumplido su tarea histórica, ya no sería necesario en adelante; este género de interpretaciones han quedado rebasadas, pues basan sus conclusiones en el supuesto glorioso porvenir de la nación mexicana, que, de sobra está decir, nunca ocurrió de la manera en que ellos lo esperaban.

Está bastante claro; los revolucionarios que consideraron peligroso al magonismo no pueden autoobservarse sencillamente porque ya no se encuentran con vida, pero

esta excusa no vale para quienes escriben, todavía al día de hoy, llegando a conclusiones parecidas. En su artículo “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, Alfonso Mendiola explica también cómo el historiador, con su quehacer, no explica el pasado (no puede hacerlo, puesto que no estuvo presente en ese pasado), lo que explica son observaciones sobre ese pasado (Mendiola, 2000, p. 511).

Resulta profundamente irónico pensar que los historiadores revolucionarios no estaban explicando el pasado, sino el futuro, pues anclan sus conclusiones no en lo vivido, sino en el porvenir; pero en fin, haciendo de lado este fenómeno no debidamente reportado por los historiadores (de los historiadores) del magonismo, pasemos a exponer el argumento central de Mendiola.

Escribir Historia, consiste en un acto reflexivo, no solamente no puede desprenderse de las observaciones de los observadores previos, sino de la observación de uno mismo; de la proyección de los propios deseos: dependiendo de esto, la conclusión irá en uno u otro sentido: la diferencia entre una u otra interpretaciones no varía principalmente debido a las fuentes consultadas, sino debido al autor de esas interpretaciones y a las interpretaciones que a su vez consultó; aquello que se escribió en el pasado sigue dejando una sombra palpable sobre el presente. Por eso las obras de los historiadores del magonismo son tan similares unas a las otras.

Otro hecho que deriva de la observación de observaciones, es el descubrimiento de que irónicamente, los historiadores del magonismo raras veces atienden a lo escrito por el propio Magón; claro, no decimos que todos los historiadores hayan hablado sin conocimiento de causa, pero vaya que lo hicieron sin conocimiento adecuado y profundo de la causa. Las obras completas de Ricardo Flores Magón, como ya señalamos, no fueron publicadas sino hasta el año 2000, siendo así, entonces no podemos evitar preguntarnos: ¿qué fue lo que leyeron los historiadores del magonismo para poder escribir? Sin duda, los textos de Magón ya estaban disponibles antes de que Jacinto Barrera los compilara, pero resulta imposible para nosotros, en tanto lectores de los historiadores del magonismo, sacudirnos la impresión de que estos escribieron sin siquiera haber leído a Magón, o leyendo

únicamente los textos básicos del magonismo (como los manifiestos de 1906, 1908 y 1911, más algunos pocos artículos publicados en *Regeneración*).

Claro que desde principios del siglo XX se conocen los textos escritos por RFM y su círculo más cercano de revolucionarios, pero innumerables documentos de su correspondencia secreta, de su estancia en la cárcel y de su contacto con otros revolucionarios no han sido sino muy recientemente publicados. En el caso de autores como Lomnitz o Padilla, sin duda sus investigaciones están ampliamente documentadas, sin embargo, no se superan las inercias comunes, como la censura a la réplica de RFM a sus adversarios o la ausencia de la explicación de los conceptos asociados a la lucha de clases.

Como puede deducirse de nuestro sistema de citas, la bibliografía sobre Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano, es escasa; vemos también, que nuestro autor más citado ha sido el historiador Claudio Lomnitz, y no es esto algo casual, pues siendo la obra de Lomnitz, no sólo la más reciente de las que hemos utilizado, sino también la más premiada, publicitada y quizá la más vendida, hemos querido llamar la atención sobre el hecho de que, aunque se nutre de todo el legado de la bibliografía magonista, si se le observa desde una óptica militante, sus aportaciones se sienten realmente insuficientes; observándole sin embargo con la mirada de un historiador, cumple con lo que promete de manera satisfactoria.

Claro, repetimos, no es nuestra intención que se tache a todos los historiadores del magonismo como simples sensacionalistas que escriben para vender, y que haya que desecharlos así sin más; lo que sí queremos decir es que un historiador honesto debería, por lo menos, recomendar la lectura de Ricardo Flores Magón, antes que la de su propio texto, pues de no hacerlo, podría incluso parecer que, pese a las buenas intenciones que pueda tener el autor, existe un intento de censura a RFM, muy parecido al que en su tiempo ejercieron Díaz, Madero o Carranza.

El libro *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón* (2016), nos parece una publicación necesaria, puesto que aporta tanto información poco conocida (como el hecho de que Enrique Flores Magón miente deliberada en sus memorias) como

interesante (pues podemos encontrar en sus páginas datos pocas veces dichos sobre la vida cultural y las costumbres de los hombres y mujeres que vivieron la Revolución); publicación necesaria, más no por ello, exenta de comentarios.

Antes que nada, Claudio Lomnitz pertenece a la lista de autores que han dedicado una sola obra, o sólo un par de ellas, a la historia del PLM (lo mismo que Salvador Hernández Padilla, Armando Bartra, etc); si bien esto no es definitivo (puesto que el libro se presentó hace poco tiempo), Lomnitz no es un autor que haya hecho *carrera* dentro del magonismo: ha escrito varios libros ya sobre temas diversos, y constantemente publica artículos para revistas y periódicos, ocupándose de otros temas.

Aunque una somera lectura de la obra general de Lomnitz deja ver rápidamente que se trata de, por decir lo menos, un autor progresista, no es quizá lo que podríamos considerar un autor militante; Lomnitz considerándose a sí mismo de izquierda, adopta siempre una postura crítica ante temas como el nacionalismo, la memoria histórica, las relaciones entre los países, el narcotráfico, el Estado, etcétera; sin embargo, cuando aborda los problemas sociales, evita dentro de lo posible identificar al responsable como sistema económico, sobreponiéndole nombres y apellidos de funcionarios públicos. Para Lomnitz el problema no parece ser el capitalismo, sino la mala administración del mismo; si bien su propuesta política no es la de la completa libertad del mercado respecto de la regulación gubernamental, tampoco plantea la necesidad de trasladar el gobierno de las manos de una clase social a las de otra.

Lomnitz es un historiador crítico y de formación antropólogo, lo cual es apreciable en *El regreso del camarada...*, pero no es revolucionario, lo cual es igualmente apreciable en su obra. Veamos alguna de las dificultades que le significa tratar de seguirle el paso a los revolucionarios pelemistas:

“(A Camilo Arriaga, mientras se hallaba en EU en 1904) Sin dinero, deprimido y sin ánimo [...] muy pronto no le quedó otra alternativa que comenzar a negociar un pacífico regreso a México. Ante un ejemplo como ése y los sacrificios que los exiliados ya habían hecho, el grupo (es decir, la Junta) se comprometió

definitivamente con la revolución como la única opción honrosa” (Lomnitz, 2016, p. 310).

Con esta cita, podemos notar cómo Lomnitz no cree que la lucha contra el capitalismo emprendida por la Junta haya sido parte de un compromiso real, sino de una alternativa a la deshonra. Claro que el honor juega un papel importante en la conducta de los revolucionarios, pero esto no quiere decir que no se pueda adoptar sinceramente el anticapitalismo como bandera.

Consideramos necesario analizar de manera particularmente extendida la obra de Lomnitz por dos razones principales: primero, porque a diferencia de las obras escritas a mediados del siglo pasado, no tiene la intención de enfocarse sobre el asunto de la campaña de Baja California, ni de rendir un forzado homenaje a los magonistas; segundo, porque se trata de un libro muy vendido, y que parece además una interpretación novedosa, “moderna” del magonismo. Derivado de su lectura, nos parece necesario señalar que esta obra no debe ser considerada como la antesala del *regreso del camarada Ricardo Flores Magón*; pues no solamente sus conclusiones nos han parecido, en ocasiones, insuficientes, sino porque esta no es una tarea que pueda ser alcanzada por medio de la mera publicación de un libro.

No solamente los historiadores de la revolución mexicana, incluso los historiadores del magonismo, difícilmente consiguen elaborar un balance positivo del magonismo, (pues tienen que meter en el mismo saco la propuesta reformista de los primeros años y el anarquismo de sus años posteriores); las comparaciones que implícita o explícitamente se hacen entre los diferentes actores de la revolución, han sido hechas de una manera acusadamente parcial, en detrimento de la propuesta magonista, por ejemplo, cuando se considera un error la actitud de RFM para con Madero, pero en cambio, la Decena Trágica, es presentada más como una consecuencia de la virulenta reacción huertista, antes que de un error de Madero. Este tipo de sesgos, como dijimos, inevitables la mayoría de los casos, tiene más que ver con quien observa que con quien es observado.

Como ya declaramos, la intención del presente trabajo consiste en demostrar que el magonismo es, antes que nada, una práctica, y no un simple objeto del

conocimiento histórico; una práctica que pone énfasis sobre tres de los elementos indispensables para la superación del Capitalismo: la educación popular, la organización partidaria, y el uso de la violencia revolucionaria. Es por esto que el magonismo resulta más *útil* a quienes buscan en él una guía para la acción, como es el caso de José Revueltas y Rubén Trejo, y de tipo anecdótico para los historiadores.

Para esto, coincidimos con el punto de vista de López Bárcenas: si el magonismo no logró sus objetivos, no fue porque estos fueran inalcanzables, utópicos, sino porque la correlación de fuerzas no lo permitió (López, 2013); ya fuera por sus propios errores o por las condiciones de la lucha, el magonismo no alcanzó a reunir en tiempo y forma los elementos necesarios para llevar a cabo su proyecto.

Esta sigue siendo nuestra conclusión, presentada ya al inicio de nuestro trabajo: el estudio del magonismo histórico, debe ir acompañado irremisiblemente de la práctica del magonismo vivo; tal vez la exigencia parezca demasiado para la academia, pero descansa sobre un principio básico: leer a Magón y establecer nuestras conclusiones sobre él, sin permitirle expresarse en la práctica política actual, es un acto que constituye una falta en sí mismo. Mientras no se comprenda que para poder rescatar el magonismo se le debe poner en práctica, los errores y sesgos de interpretación jamás serán superados.

Es por esto que, obra tras obra escrita por los historiadores del magonismo, se convierten una tras otra en una parecida a la anterior, que a su vez servirá de modelo a una posterior, por un hecho básico: pues quien conoce por primera vez al magonismo como teoría, y no como práctica, estará probablemente condenado a reproducirlo como teoría y no como práctica. Así, historias se repiten, repiten sus fuentes, repiten sus conclusiones, repiten la incomprensión de las motivaciones de la lucha anticapitalista.

En el texto que hemos citado, señala Guha (2002) cómo es que, incluso la historiografía de izquierda, al abordar las rebeliones campesinas no logra comprender la importancia del elemento religioso en las luchas de los indios; en el

caso de la historiografía magonista sucede algo similar: el historiador (no militante) se muestra *incapaz* de comprender el componente anticapitalista de la lucha revolucionaria, considerándolo en la mayoría de los casos como una terquedad incomprensible.

Igualmente concluimos que, aquellos historiadores que han menospreciado el magonismo haciendo de la ideología marxista su argumento, cometen un error de procedimiento; en primer lugar porque en aquel tiempo no existía un Partido Comunista formal (pues fue fundado hasta 1919), como para juzgar que el magonismo constituía una desviación del mismo; en segundo, porque el análisis marxista del magonismo (representado principalmente por Hernández Padilla, Adolfo Gilly y Armando Bartra) parte del error de descalificarlo de facto por ser anarquista, sin tomarse el debido cuidado de realizar un análisis más profundo (cuidado que sí tomó, por ejemplo, José Revueltas, siendo también marxista).

Como se sabe, para un marxista, un programa político y una estrategia anarquistas son, por decir lo menos, equivocadas, por no decir irrealizables; por estas razones resulta natural entender que a los ojos de un marxista, el anarquismo magonista no debe menos que ser pasado por alto, tal como parece hacer por ejemplo Adolfo Gilly (1971).

El análisis marxista de la Historia, al contacto con la historia del PLM, autodenominado anarquista, produce resultados irregulares, esto cuando no prefiere desestimar su importancia; y no es para menos, pues como ya sabemos, fueron precisamente los anarquistas mexicanos agrupados en la Casa del Obrero Mundial quienes en su alianza con el carrancismo derrotaron a los ejércitos campesinos durante los enfrentamientos militares de 1915, sin embargo, como también ya sabemos, los anarquistas de la COM no incluían a los anarquistas del PLM, quienes siguieron caminos totalmente distintos.

Por ende, un análisis marxista de la Revolución mexicana que meta en un mismo saco a todos los anarquistas mexicanos, está cometiendo una generalización errónea, puesto que si del PLM se puede decir que su línea táctica los llevó al

aislamiento, no actuaron de la misma manera que los anarquistas de la COM quienes se aliaron con los partidos burgueses. Tenemos pues, al menos en esta época y lugar, dos tipos de anarquismos.

De este modo, descalificar el magonismo escudándose en el marxismo constituye un error inadmisibles, puesto que es ni más ni menos que el marxista mexicano más importante del siglo XX, José Revueltas, quien pone como tarea de la más alta importancia al proletariado mexicano, la necesidad de conocer la obra de Magón; es uno de los primeros voces en alzarse contra los detractores de RFM: todo aquel que, alegando ser marxista promueva el olvido de la obra de Ricardo Flores Magón, se verá forzado a decir de sí mismo que, en cuanto teórico marxista, está por encima de José Revueltas.

También a lo largo de esta investigación, hemos percibido con sobrada claridad que son los historiadores que militan en alguna organización política de izquierda quienes se han acercado mejor al magonismo, quienes mejor han sabido interpretarlo, pues recurrieron a él en búsqueda de respuestas a las preguntas que le plantea su propia práctica política cotidiana; Rubén Trejo, Francisco López Bárcenas o José Revueltas representan los mejores acercamientos a la obra de RFM desde la óptica de un militante, por lo que sus obras merecen ser consultadas, pues ofrecen una lectura teórico-práctica del magonismo.

Por ejemplo, Trejo, militante político escribe: “Los liberales realizaron una lectura adecuada de la coyuntura nacional: no integrarse al nuevo régimen, pues significaría aceptar y someterse a la dirección de los sectores burgueses. Apostar todo a la revolución campesina y a los trabajadores” (Trejo, 2005, p. 176); como se ve, esta opinión (refiriéndose al rechazo del gobierno de Madero por parte de RFM) es radicalmente opuesta a la expresada por los historiadores no militantes; resalta también el hecho de que Trejo es el único de los historiadores que citamos que sí leyó a José Revueltas.

Resumiendo, nuestra recomendación no consiste en convocar a no leer a los historiadores del magonismo, pero sí a que, antes que leerlos, conocer directamente

la obra de Ricardo Flores Magón (cosa que deberían hacer los historiadores mismos), y esto es imperativo, ya que habiendo leído a los historiadores y después al propio RFM, uno no puede evitar la sensación de que, probablemente, los historiadores hayan obtenido sus conclusiones de otros historiadores, y no de la lectura de fuentes directas; incluso cuando leemos a historiadores tan profesionales como Claudio Lomnitz o Salvador Hernández Padilla, conociendo de antemano la obra de Ricardo, resulta complicado quitarse la sensación de que, quizá no sólo no hayan comprendido debidamente a Magón, sino que tal vez no leyeron la mayor parte de su obra, pues sólo así podrían justificarse todas las ausencias y omisiones.

Los historiadores de Ricardo Flores Magón, como sugerimos al inicio de nuestra investigación, no han logrado comprenderlo y, como sugiere la obra de Claudio Lomnitz, podrían continuar por algún tiempo sin entenderlo; la historiografía del magonismo no se encuentra en su mejor momento, pero no se debe esto a que sus historiadores sean poco capaces o poco diestros para la investigación histórica, sino a que adolecen francamente de la formación política necesaria para valorarlo, y para cumplir este requisito hay que ir antes que nada, a consultar el décimo capítulo de *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* (1962). Hay que recordar, no obstante, que si nuestro acercamiento al magonismo se da exclusivamente en calidad de historiador, en ese caso no tenemos nada que reprocharles a sus historiadores.

En febrero de 1909, estando en prisión RFM, fue visitado por el cónsul mexicano Antonio Lozano, quien le ofreció, en nombre de Porfirio Díaz, todo tipo de garantías, a cambio de que abandonara su labor revolucionaria, Ricardo no aceptó, se mantuvo fiel a sus convicciones, como lo haría el resto de su vida; al respecto de este evento, Hernández Padilla no vierte ninguna palabra de reconocimiento, lo que sí hace, es señalar que la carta que con motivo de esta visita escribió RFM a Elizabeth Throwbridge, tenía únicamente la intención de “impresionarla” (Hernández, 1984, p. 177); mientras sigamos produciendo este tipo de interpretaciones que, en lugar de señalar que sí es posible luchar contra el capitalismo aún en las condiciones más adversas, acusan a Ricardo Flores Magón

de guiar sus actividades revolucionarias por un mero afán de “impresionar”, de no caer en la “deshonra”, no habremos hecho mucho de importancia a favor del magonismo.

Esperamos que nuestra argumentación no sea tomada como una ofensa por los historiadores, sino como una recomendación a reconocer las propias limitaciones, y una guía para superarlas, después de todo, incluso los anarquistas “más avanzados”, contemporáneos a Magón, fueron incapaces de comprenderlo; equivocarse en la interpretación del magonismo en aquella época, significó quizá la prolongación de la dominación capitalista por un siglo más, equivocarse en la actualidad no requiere más que de una honesta rectificación. Es común que se conmine a RFM a admitir sus errores en la conducción del movimiento revolucionario, pero pocos son los historiadores que se dirigen a otros historiadores para proponerles que sean autocríticos, y no exclusivamente críticos.

Como ya señalamos, sostiene Mendiola que los historiadores “no explicamos el pasado”, sino “observaciones sobre el pasado” (2000, p. 510); es por eso que la tradición bibliográfica escrita hasta ahora sobre el magonismo significa un lastre para quienes en el presente intentan acercarse al tema, y terminan así repitiendo gran parte de lo que hasta ahora se ha dicho; la mejor fórmula, a nuestro parecer, para producir trabajos más libres y capaces de aportar mayor riqueza y variedad en interpretaciones sobre la obra de RFM, consiste en volver a la fuente original.

Si bien es cierto que hoy día, y aún de aquí a que exista la vida humana, el magonismo será necesario, Magón no escribió para las generaciones futuras, el magonismo entendido como objeto de estudio exclusivo de los historiadores es políticamente impotente, una mera curiosidad; es muy poco lo que los historiadores hemos podido hacer por el magonismo; todavía no ha empuñado la pluma el historiador que sugiera: “Magón tuvo razón, lo que los revolucionarios no consiguieron por las armas, no lo consiguieron después, en ningún congreso, ni asamblea, ni partido...”; no se ha atrevido el historiador a señalar: “Magón tenía razón al intentar confrontar al gobierno de Venustiano Carranza, pues aunque urgía interrumpir la restauración porfirista llevada a cabo por Victoriano Huerta, en los

años venideros sería imposible empujar el constitucionalismo a la izquierda, como bien pronto lo comprendieron, Francisco J. Múgica, Lucio Blanco, Felipe Carrillo Puerto...”

¿Por qué no, en lugar de lanzar a Magón injurias recicladas o inventadas, reconocemos nuestras limitaciones en tanto historiadores?; el primer paso para rectificar un error consiste en reconocerlo; por supuesto, no significa esto que caigamos en la equivocación de suponer que en todo momento el magonismo haya tenido razón (de ser así, probablemente habría resultado vencedor, y no vencido), lo que sí supone, es que aun reconociendo sus errores, tengamos la voluntad de rescatar todos sus aspectos positivos, y aportar lo que a nuestro juicio le haga falta.

Por ejemplo, aunque Rafael Carrillo Azpéitia (1945) no se muestra de acuerdo con el magonismo en la mayoría de los casos, no obstante escribe, refiriéndose a los llamados de Ricardo a impedir la posible intervención norteamericana en los años 1910-1911:

Es indudable que Flores Magón sobreestimaba las posibilidades y las fuerzas proletarias existentes en nuestro país, y que por ello le asignaba objetivos muchísimo más altos de los que era dable a la revolución mexicana alcanzar. Pero si sus alertas hubiesen sido escuchadas, ello hubiera permitido un reforzamiento de la conciencia de la clase del proletariado, y un engrandecimiento poderoso del movimiento obrero y del movimiento campesino y del surgimiento de un gran Partido de la clase obrera (Carrillo, 1945, p. 39).

He aquí una de las pruebas de que no se necesita considerar al magonismo como una teoría y una práctica completamente perfectas para poder tomar de él lo que necesitamos (pero primero debemos, en efecto, necesitarlo). Por supuesto Magón nunca fue ni se consideró un avanzado teórico, no estuvo exento de cometer errores, incluso llegó a no darse cuenta de algunos de ellos; por ejemplo, aunque condenó la intención del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR) de implantar la dictadura del proletariado en Rusia, cuando Carranza acusó en 1916 a los trabajadores huelguistas de querer sustituir la tiranía capitalistas por la *tiranía de los trabajadores*, Magón salió en defensa de esta *tiranía* (Barrera, 2015, p. 150). También ha sido puesto de relieve por los historiadores, el error de Magón al considerar a Villa como una fuerza burguesa más, privándose a sí mismo de la

oportunidad de tener alguna influencia en el ejército popular más poderoso de la Revolución.

No decimos que Magón no haya cometido equivocaciones, decimos que pese a los errores, puso el énfasis en un asunto fundamental para lograr las transformaciones que no fueron (y también las que no fueron) logradas en la revolución: es necesario involucrar en el conocimiento de sus problemas a la clase obrera, y confiar a ella la resolución de sus propios problemas.

Independientemente del desenlace final de cada una de las fuerzas que participaron en la Revolución mexicana, más allá de vencedores y vencidos, el magonismo representa la mejor herencia que nos ha legado esta parte de nuestra historia; ligado al zapatismo, el magonismo constituye una herramienta teórico-práctica invaluable para entender y transformar nuestra realidad, en caso de que así lo deseemos.

Independientemente de los errores cometidos, de las “impurezas” en su teoría que deban ser limadas, el magonismo nos ofrece respuestas útiles a las preguntas urgentes de nuestra era: ¿cómo organizarse, para qué?, ¿cómo identificar si un programa político nos representa o no?, ¿quiénes son los verdaderos creadores de la riqueza y el progreso?, ¿es posible vencer sin el concurso de la violencia?, ¿podemos confiar nuestro destino colectivo a una persona, a un grupo, a un partido? Respuestas a estas y muchas otras preguntas, se encuentran distribuidas a lo largo de la obra escrita de RFM, pero para poder valorar el magonismo, necesitamos sentir la necesidad de darles respuesta.

Si bien la Revolución mexicana logró conquistas importantes, las más grandes conquistas, las que quedaron pendientes no pudieron ser alcanzadas en parte por la imposibilidad del magonismo para difundirse en tiempo y forma, y esta tarea, que sigue pendiente, se retrasará en la medida en que continuemos sobreexplotando la dimensión histórica de RFM, a costa de su utilidad política actual; el magonismo no logró sus metas en el pasado, pero hoy día se le sigue presentando la oportunidad de lograrlas.

No queremos decir que la investigación sobre el magonismo sea un campo que deba negarse a los historiadores, no necesariamente; pues si por un lado hemos señalado cómo numerosos historiadores han fallado a la hora de ofrecernos los logros o aportaciones del magonismo, es también historiador Jacinto Barrera Bassols, quien ha hecho de las mayores contribuciones al conocimiento y rescate del magonismo.

Con todo, es muy poco realmente lo que sabemos sobre Ricardo Flores Magón, no sabemos por ejemplo que el Programa de 1906 fue resultado de un ejercicio democrático en el que se pedía a los miembros del Partido que vertieran sus propuestas, no sabemos tampoco que es el Partido, en su conjunto, y no exclusivamente Magón, quien preparó la insurgencia; esta información, y más, ya está disponible en las Obras Completas, y los historiadores del magonismo ya no tienen justificación para no consultarlas.

Es notorio, ya lo hemos mencionado, que las obras de los historiadores del magonismo son muy parecidas entre sí, generalmente citan las mismas fuentes bibliográficas (con excepción de los trabajos que realmente abonan a la recuperación del magonismo, como la obra de Revueltas y de Jacinto Barrera), obtienen conclusiones muy similares, incluso parece que no consultan la obra escrita de RFM para realizar sus investigaciones; recordemos que las obras completas, compiladas por Jacinto Barrera Bassols, no aparecieron sino hasta la década de los 2000, y es probable que hasta entonces, la mayoría de los historiadores del magonismo no hayan tenido acceso a los documentos que consideramos más importantes para la comprensión del magonismo, y cuya consulta resulta indispensable (principalmente los tomos referentes a los años de 1911 y 1912).

Al inicio de nuestra investigación, creíamos que la obra de RFM no había sido revisada desde la óptica de un militante de izquierdas (con la excepción de unos pocos, como Revueltas), pero tras la revisión de los materiales producidos por los historiadores parece ser que la obra escrita de Magón no sólo no fue revisada por el ojo de un militante, sino que no fue revisada en absoluto, y esto, gravísimo de por

sí, sería la explicación más optimista a la cuestión de por qué los historiadores no han dado derecho de réplica a Magón; si no ha sido que los historiadores no han leído las obras completas de RFM, la otra explicación que nos queda, sería que las han censurado.

Reiteramos nuestra consideración de que cada historiador que pretenda acercarse al estudio del magonismo debería reflexionar en sus conclusiones, sobre si su objeto de estudio le parece útil o inútil, y por qué. Y si se le considera útil, entonces hay que hacer esfuerzos por recuperarlo. Por supuesto la mayoría de historiadores no coincidirá con este juicio, porque durante nuestra formación se nos enseña precisamente a “relatar el pasado como sucedió”; sin embargo, tenemos que entender que el magonismo no es un objeto que deba analizarse *in situ*, sino un proyecto inconcluso, que nos planta en la cara el dilema sobre si consideramos que debe continuar o debe ser clausurado definitivamente.

A nuestra consideración, después de haber leído la obra escrita de Ricardo Flores Magón, y no solamente la de sus historiadores, la asociación del magonismo a conceptos como el idealismo, el utopismo, el aventurerismo o el sectarismo, parecen no gozar de argumentación seria, pues quienes mejor han contraargumentado teóricamente la propuesta del magonismo (José Revueltas sigue siendo el caso icónico de ello, el caso ignorado), hacen hincapié en sus aportaciones, antes que en sus limitaciones. La explicación de sus motivaciones, la caracterización del Capitalismo mexicano, los esfuerzos por lograr un movimiento consciente así como por concientizar el movimiento que no se hallaba bajo su bandera, la relación del magonismo con el zapatismo y el lugar tan importante que este ocupó en el corazón y la mente de Ricardo Flores Magón, etcétera: son todas estas contribuciones que el magonismo puede hacer a quien lo requiera, y leyendo sus textos, seguimos encontrando en RFM más y más aportaciones de los que parecen haber dado cuenta sus historiadores.

CONCLUSIÓN

Tras la Revolución francesa, el liberalismo como ideología conquistó un lugar principal en las universidades; cuando las élites económicas e intelectuales se dieron cuenta de que el cambio político sería en adelante una constante, el liberalismo fue instrumentado como una forma de dar cauce a esos cambios, de manera que estos no fueran tan bruscos, como lo proponían los marxistas. Las universidades, desde entonces y hasta el día de hoy, aunque cumplen el papel de impulsores del cambio social, buscan asegurarse de que este no tome caminos alternativos.

Este hecho (Wallerstein, 1998, p. 27), es observable en la investigación que hemos realizado: aunque las universidades en México fomentan el pensamiento crítico, este no suele abordar cauces no institucionales: aunque se da la libertad para la crítica de nuestro pasado porfirista y ahora también del más reciente pasado priísta, no fácilmente se permite a los universitarios plantear o plantearse vías alternativas para la transformación social; las propuestas marxistas, entre las cuales colocamos al magonismo, no terminan bien posicionadas cuando cruzan caminos con la Academia.

El relato de la revolución mexicana creado por el Partido Revolucionario Institucional (expresado con fidelidad por el historiador José C. Valadés), aunque feroz contra los derrotados porfiristas, no menos hace contra sus opositores de izquierdas, primero derrotándolos por las armas, despojándolos después de una ideología propia; como consecuencia de esta estrategia, el oficialismo intenta convertir al magonismo a la ideología liberal, pues lo presenta como un movimiento político encargado de aportar algunas de las ideas que posteriormente serían integradas en la Constitución Política, y no como un movimiento antisistémico.

La conquista del pensamiento en las universidades por parte del liberalismo trajo sin embargo una consecuencia positiva: el surgimiento de los movimientos sociales. Así como los detentadores del poder político y económico se dieron cuenta de que la necesidad de cambio derivada de la Revolución en Francia no podría ser

contenida, las sociedades que a pesar del cambio continuaron sufriendo explotación y pobreza se dieron cuenta a su vez de que el cambio social propuesto por las universidades sería o muy lento, o insuficiente, y construyeron como alternativa los movimientos sociales, inspirados por el marxismo y los pensadores marxistas (Wallerstein, 1998, p. 24).

En la historia de la revolución mexicana, Ricardo Flores Magón fue uno de quienes representaron el movimiento social, frente al movimiento liberal encabezado por Madero y sus sucesores; también en la actualidad, la influencia del magonismo forma parte del movimiento social mexicano, frente al liberalismo representado por los partidos democrático-burgueses; haciendo eco de las observaciones de Wallerstein, podemos concluir que toca a los movimientos sociales recuperar de la Revolución mexicana lo que los historiadores no pueden, o no quieren.

Como observamos en nuestro primer capítulo, la ideología liberal se manifiesta principalmente en el afán de los historiadores por encontrar maneras de desacreditar las propuestas magonistas basándose en el uso de adjetivos descalificadores; aunque los historiadores dedican bastantes esfuerzos a señalar las deficiencias del magonismo en el campo de batalla y en el terreno teórico, hacen prácticamente nada por explicar a sus lectores cómo podrían componerse dichas fallas, es decir, no comparten la propuesta anticapitalista de Magón; no desean que triunfe, que se reforme, que mejore. Para el liberalismo⁷, la propuesta anticapitalista siempre va a aparecer como algo que tiene que esperar; la humanidad nunca parece estar preparada para un cambio de tal magnitud, esto, cuando no es presentada como algo indeseable o peligroso. Esta actitud es la que parece estar detrás de muchos de los trabajos de los historiadores de Flores Magón.

No hay que olvidar que las más recientes investigaciones sobre el magonismo se escriben cien años después de terminado el conflicto armado, no hay razón para que estas sigan escribiéndose a manera de justificación o respuesta a los

⁷ No confundamos aquí el tratamiento que Wallerstein da al liberalismo como ideología, con el liberalismo como la facción revolucionaria representada por el Partido Liberal Mexicano.

magonistas derrotados; no tenemos que seguir *justificando* al maderismo, tomando como fuente principal de nuestras investigaciones la voz de los vencedores; podemos hacer verdaderas aportaciones al magonismo a partir de la libertad que ahora tenemos para analizar detenidamente lo que a su vez puede aportarnos, y al mismo tiempo de la responsabilidad que tenemos para con los que necesitan de una herramienta teórico-práctica para transformar su realidad.

El conflicto armado presentó a todos los actores de la época escenarios que no siempre les hicieron tomar las mejores decisiones (incluso Zapata y Magón en un momento confiaron la dirección del movimiento revolucionario a Pascual Orozco, quien no fue proletario, ni representante de esta ideología), de ello muchos no estuvieron conscientes, lo que ocasionó malentendidos, traiciones, errores y situaciones varias que impidieron la correcta interpretación del magonismo por parte de quienes en su momento entraron en contacto con él, pero esto no es aplicable para los historiadores: tenemos margen de acción suficiente para presentar argumentos mejor elaborados que los que, al calor de la agitación revolucionaria, presentaron sus críticos y detractores.

Para nosotros, como ya justificamos de la mano de José Revueltas, Magón no fue un revolucionario sectario, pero si aún haya quien así lo considere, ¿por qué destacar esto como un defecto, y además intentar presentarlo como una condición insuperable? Ni radicales, ni sectarios, ni idealistas, ni violentos: como historiadores, tenemos que presentar a los magonistas como revolucionarios conscientes, revolucionarios que haciendo un análisis concreto de la situación concreta recurrieron al empleo de las armas porque su momento así lo requirió, y en efecto así lo podemos comprobar si revisamos los acontecimientos de la época. Si la violencia revolucionaria es o no un elemento rescatable para el presente, es algo que como historiadores no nos toca decidir. Ni revolucionarios utópicos, ni aventureros: revolucionarios con motivaciones personales y sociales explicables, justificables o no; revolucionarios a quienes, incluso manejándonos dentro de la máxima academicista de relatar el pasado “como realmente sucedió”, les quedamos

aun a deber, pues no nos hemos dado a la tarea pendiente de escuchar y hacer escuchar sus razones.

Otra conclusión que no deja de llamarnos la atención es que resulta evidente que los historiadores del magonismo se basan prácticamente en los mismos textos: principalmente en el programa del Partido Liberal Mexicano de 1906, el Manifiesto de 23 de Septiembre de 1911 y en los textos escritos por revolucionarios pelemistas que terminaron volteando la espalda a Magón; esto no nos parece un ejercicio incorrecto, pero sí incompleto; puede sin embargo haber diversas explicaciones para esto y toca a cada historiador explicar sus razones; en nuestro caso, en este trabajo han sido pocos los fragmentos que hemos citado debido a que nuestra intención ha sido poner de relieve la censura, intencionada o no, ejercida sobre el derecho de réplica de RFM respecto de algunas de sus decisiones, y algunos otros pocos fragmentos que, a nuestro parecer, exponen las razones que demuestran que el magonismo ofrece múltiples herramientas para la formación política desde una perspectiva pedagógica.

¿Cuáles son las razones que animan a los historiadores a seleccionar unos textos de Magón sí y otros no? Es posible y así parece ser en muchos de los casos, que los historiadores no hayan tenido acceso a muchos de los documentos que fueron apenas recientemente publicados por Jacinto Barrera Bassols. Esto no justifica sin embargo que haya quienes consideren irrelevante la réplica de Magón a sus detractores, además de que antes de la publicación de Barrera muchos de esos documentos se hallaban ya disponibles en diversos sitios de internet. Permitir a los sujetos históricos que abordamos, expresar sus propios puntos de vista, es algo que no podemos pasar por alto.

Una conclusión más que obtenemos de haber analizado cómo se ha escrito la historia del magonismo, es que esta quizá deba ser reescrita; no solamente porque la mitad de los textos se escribieron hace más de 50 años (lo cual los hace ya prácticamente inaccesibles), sino porque la mayoría de ellos adolecen del problema que acabamos de señalar: una visión decisivamente sesgada y con la intención de encuadrar el magonismo dentro de las conquistas de la revolución. Aunque

actualmente se puede acceder a prácticamente todos los textos escritos por RFM (compilados por Barrera Bassols y por otra parte disponibles en el sitio archivomagon.net) los historiadores siguen sin citar a muchos de ellos. Sobre la razón de esto no podemos sino generar hipótesis, ¿se debe simplemente a la falta de espacio para ello dentro de sus trabajos, a que no los consideran relevantes, o a auténtica censura? Sus lectores deberán obtener sus propias conclusiones.

¿Cuál fue la opinión de Ricardo Flores Magón sobre la firma de los Tratados de Ciudad Juárez? ¿Cuáles son las razones que Magón dio para oponerse no sólo a Porfirio Díaz, sino a todos los sucesivos gobiernos revolucionarios? ¿Existe siquiera respuesta a estas preguntas? Hay muchos elementos y momentos en el magonismo de los cuales no tenemos información, y no porque no exista, sino porque los historiadores no la hemos reportado aún. Toda esta información está ya compilada por Barrera Bassols, no debemos sin embargo confiarnos de ello, pues sigue siendo una obra de difícil acceso, y de una cantidad de páginas tal, que definitivamente disuadirá a cualquier lector casual; aún hay pues mucho trabajo pendiente.

No hemos querido terminar este trabajo pasando por alto la oportunidad de resaltar algunas de las aportaciones al magonismo hechas por los historiadores que hemos leído: Armando Bartra ha hecho decisivos trabajos para la difusión del magonismo, sus obras, basadas principalmente en la reproducción de artículos de *Regeneración*, lograron una amplia difusión, contándose por miles las diferentes reimpresiones de sus trabajos; Claudio Lomnitz recupera para la historia importantes aspectos de la vida de Práxedes Guerrero el revolucionario más querido por RFM, una historia olvidada por muchos, pero que es interesante y aportadora en muchos sentidos. No obstante estos esfuerzos, la historiografía en torno de RFM y el PLM se encuentra en un evidente marasmo, no sólo porque la mayoría de sus textos se encuentran ya acosados por las lepismas, sino porque la producción actual es escasa, y la mayor parte no llega al público.

Esperemos que las próximas producciones sobre Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano den origen a un “cuarto momento” en la historiografía del magonismo, un cuarto momento que busque ser más comprensivo, que busque dialogar y debatir con sus sujetos históricos y con sus lectores, que sea retomada no sólo por historiadores, sino también por activistas, militantes políticos, y lectores que estén dispuestos a pasar de la teoría a la práctica.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

Abad de Santillán, Diego. *Ricardo Flores Magón, el apóstol de la revolución social mexicana*. México, DF. Grupo Cultural Ricardo Flores Magón. 1925. 132 p.

Amezcuca, Jenaro. *¿Quién es Flores Magón y cuál es su obra?* México, DF. Editorial Avance. 1943. 103 p.

Barrera Bassols, Jacinto. *Obras completas. Ricardo Flores Magón*. México. CONACULTA. 2000-2018. XVIII Tomos.

Bartra, Armando. *Regeneración 1900-1918. La corriente más radical de la revolución mexicana de 1910 a través de su periódico de combate*. México. Ediciones Era. 5ª reimpresión. 1991. 437 p. (Primera edición en 1977)

Carrillo Azpéitia, Rafael. *Ricardo Flores Magón: esbozo biográfico*. México. Sin editorial. 1945. 64 p.

Cliff, Tony. *Lenin. La construcción del partido, 1893-1914*. España. Ediciones El Viejo Topo. 2010. 445 p.

Cockcroft, James D. *Precursores intelectuales de la revolución mexicana (1900-1913)*. México. Siglo XXI editores. 19ª edición. 1997. 290 p. (Primera edición, en inglés, 1968)

Condés Lara, Enrique. *Atropellado amanecer. El comunismo en el tiempo de la revolución mexicana*. México. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. 2015. 569 p.

Freire Paulo. *Pedagogia do oprimido*. Paz e terra. Brasil. 2017. 64ª edición. 256 p.

Gilly, Adolfo. *La revolución interrumpida*. México. Ediciones El Caballito. 1971. 367 p.

Gómez-Quiñones, Juan. *Las ideas políticas de Ricardo Flores Magón*. México. Ediciones Era. 1977. 253 p. (Primera edición, en inglés, 1973)

González Monroy, Jesús. *Ricardo Flores Magón y su actitud en la Baja California*. México. Editorial Academia Literaria. Testimonios documentales de México. 1962. 181 p.

González Ramírez, Manuel. *Epistolario y texto de Ricardo Flores Magón*. México. FCE. 2ª reimpresión. 1976. 260 p. (Primera edición, 1964)

Hernández Padilla, Salvador. *El magonismo: historia de una pasión libertaria 1900/1922*. México. ERA. 3ª reimpresión. 1999. 255 p. (Primera edición, 1984)

Kaplan, Samuel. *Pelemos contra la injusticia, Enrique Flores Magón, precursor de la Revolución Mexicana: cuenta su historia a Samuel Kaplan*. México. LibroMex. 1960. 267 p.

Lenin, Vladimir Ilich. *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*. Moscú. Editorial Política del Estado. 1946. 136 p.

Lomnitz, Claudio. *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón*. México. Ediciones Era. 2016. 718 p.

López Bárcenas, Francisco. *Rebeldes solitarios. El magonismo entre los pueblos mixtecos*. México. Desinformémonos Ediciones. 2013. 133 p.

Martínez, Pablo L. *El magonismo en Baja California (documentos)*. México. Editorial "Baja California". 1958. 63 p.

Martínez, Pablo L. *Sobre el libro Baja California heroica, contra la defensa de una falsedad histórica*. México. Sin editorial. 1960. 63 p.

Ojeda, Abelardo y Mallén, Carlos. *Ricardo Flores Magón. Su vida y su obra frente al origen y las proyecciones de la Revolución Mexicana*. México, DF. Cuadernos de Cultura Popular. No. 66. El hombre en la historia. SEP. 1967. 123 p.

Padua, Cándido Donato. *Movimiento revolucionario 1906 en Veracruz. Relación cronológica de las actividades del P. L. M. en los ex cantones de Acayucan, Minatitlán, San Andrés Tuxtla y centro del país.* Tlalpan, México. Sin editorial. 1941. 196 p.

Revueltas, José. *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza.* México. Ediciones Era. Obras completas. 4ª reimpresión. 1987. 247 p. (Primera edición, 1962)

Salmerón, Pedro. *Breve historia del villismo.* México. Crítica. 2018. 342 p.

Trejo, Rubén. *Magonismo: utopía y revolución, 1910-1913.* México. Editorial Cultura Libre. Colección Voces de la Resistencia. 2005. 277 p.

Turner, Ethel Duffy. *Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano.* Michoacán, México. Editorial Erandi del Gobierno del Estado. 1960. 439 p.

Valadés, José C. *Historia general de la revolución mexicana.* México. SEP. Ediciones Gernika. 1985. X tomos.

Velasco Ceballos, R. *¿Se apoderará Estados Unidos de América de Baja California? La invasión filibustera de 1911.* México. Imprenta Nacional. 1920. 197 p.

Wallerstein, Immanuel. *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos.* México. Siglo XXI editores. 1998. 309 p.

TESIS Y TESISINAS

Arizpe Pita, Amada Iliana. *Aspectos educativos en Ricardo Flores Magón.* Tesis de licenciatura en pedagogía. UNAM. 2004. México. 172 p.

Cruz Méndez, Jesús Ángel. *Ricardo Flores Magón, la evolución de su pensamiento.* Tesina de licenciatura en economía. UNAM. 2010. México. 73 p.

Galicia Gallareta, Horacio. *El derecho de vivir en Ricardo Flores Magón.* Tesis de licenciatura en filosofía. UNAM. 2010. México. 78 p.

Paz Rincón, César. *La vigencia del pensamiento de Ricardo Flores Magón en la realidad mexicana*. Tesis de licenciatura en sociología. UNAM. 2014. México. 148 p.

Peña Hernández, Manuel. *Anarquismo y revolución: teoría y práctica del magonismo. 1900-1922*. UMSNH. Tesis de Licenciatura. 1999. México. 167 p.

Pérez Cortés, Juan Carlos. *Revisión teórica de los principios económico-filosóficos de Ricardo Flores Magón en su etapa anarquista 1903-1910*. Tesina de licenciatura en economía. UNAM. 2009. México. 60 p.

Ponce Rascón, Manuel. *La ética política de Ricardo Flores Magón*. Tesis de licenciatura en filosofía. UNAM. 2008. México. 93 p.

Sáenz Romero, Pablo Quetzal. *La evolución del pensamiento económico de Ricardo Flores Magón hasta el Manifiesto del 23 de Septiembre de 1911*. Tesis de licenciatura en economía. UNAM. 2010. México. 147 p.

ARTÍCULOS

Gómez Quiñonez, Juan. *Sin frontera, sin cuartel. Los anarcocomunistas del PLM, 1900-1930*. En: Tzintzun. México. IIH-UMSNH. Enero-Junio 2008. No. 47. Págs, 161-196.

Guha, Ranahit. *La prosa de la contrainsurgencia*. En: "Las voces de la historia y otros estudios subalternos". Editorial Crítica. Barcelona. 2002. Págs, 43-93.

Mendiola, Alfonso. *El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado*. En: "Historia y Grafía". Universidad Iberoamericana. México. 2000. No. 15. Págs, 181-208.

Pagés, Pelai. *Introducción a la historia. Epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*. Editorial Barcanova. Barcelona. 1983. Págs: 43-71.

Samaniego López, Marco Antonio. *"El magonismo no existe": Ricardo Flores Magón*. En: Estudios de historia moderna y contemporánea de México. México. UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas. 2015. No 49. Pags, 33-53.

Samaniego López, Marco Antonio. *Enrique Flores Magón vs. Enrique Flores Magón. Una modificación discursiva con impacto historiográfico*. Instituto de Investigaciones Históricas. UABC. En: Relaciones Estudios de Historia y Sociedad. México. 2019. Págs, 193-218.

Samaniego López, Marco Antonio. *El poblado fronterizo de Tijuana, Emiliano Zapata y la rivoluzione da tavolo*. En: Historia Mexicana. Colegio de México. México. 2017. Págs, 1123-1175.